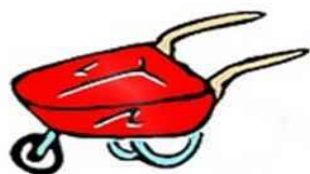


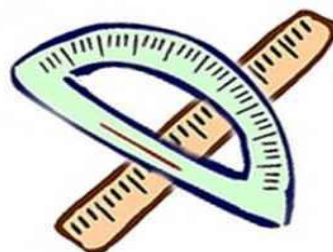
UN



AMOR



SIN



CONTRATTO



MARCELA BALLURI

UN



AMOR



SIN



CONTRATO



MARCELA BALLURI

MARCELA BALLURI

UN AMOR SIN CONTRATO

Jane estaba acostumbrada a meter la pata, era el precio de tener ese carácter del

demonio. Pero arrojarle una cerveza a ese estúpido peón y decir frente a él que el jefe

era un bueno para nada, había sido un error de los gordos...

Básicamente porque el estúpido peón y el jefe bueno para nada eran la misma persona.

Ahora tendrá que lidiar con él hasta que el trabajo acabe, tratando de salir victoriosa

en cada pelea ya que él parece empeñado en cabrearla y seducirla a partes iguales.

Un momento, ¿seducirla? Bah, si eso que sentía en el estómago no eran mariposas,

segura como el infierno que eran parásitos y ¡solo eso!

Epílogo

1

Decididamente, aquella mujer se merecía una segunda mirada. Había razones mucho más

básicas, que el hecho de que ella fuera una de las pocas mujeres que había en la obra. Era natural

que los ojos de un hombre se vieran atraídos por las formas femeninas, especialmente cuando

éstas se encontraban en lo que aún era un dominio predominantemente masculino. Era cierto que

había muchas mujeres que se ponían un casco para trabajar en la construcción y, mientras

supieran cómo clavar un clavo o colocar un ladrillo, a Nate no le importaba cómo se abotonaran

las camisas. Sin embargo, había algo en aquella mujer que atrapaba su mirada.

Estilo. Aunque iba vestida con ropa de trabajado y estaba de pie sobre un montón de

escombros, se podía afirmar que tenía estilo. Mientras ella se balanceaba sobre los gastados

tacones de sus botas, Nate llegó a la conclusión de que, también, tenía seguridad en sí misma, lo

que lo atraía tanto, bueno, casi tanto, como el encaje negro o la seda blanca.

A pesar de todo, no tenía tiempo de permanecer sentado, especulando sobre el tema.

Había realizado el viaje desde Florida a Arizona, con un retraso de una semana, para

hacerse cargo de aquel proyecto y tenía que ponerse al día con muchos asuntos. La mañana había

sido muy ajetreada, con muchas distracciones. El ruido de los hombres y de las máquinas,

órdenes que se gritaban y se cumplían, grúas levantando pesadas vigas de metal para formar el

esqueleto de un edificio donde antes solo había piedras y tierra, el vivo color de aquellas rocas y

tierra bajo los poderosos rayos del sol, incluso la creciente sed de Nate. No obstante, no le

importaban las distracciones.

Había pasado tiempo más que suficiente en las obras como para poder mirar más allá de los

escombros, para vislumbrar lo que, para los no iniciados, podría parecer sólo confusión o incluso

destrucción. En vez del sudor y del esfuerzo, él veía las posibilidades.

Sin embargo, en aquellos instantes, sólo podía observar a la mujer. Allí también había

posibilidades.

Se dio cuenta de que era alta, aproximadamente de un metro sesenta y cinco de estatura con

sus botas de trabajo, y delgada más que esbelta. Parecía tener unos hombros fuertes, que llevaba

enfundados en una camiseta amarilla que estaba empapada de sudor por la espalda. Como

arquitecto, Nate apreciaba las líneas limpias y frugales. Como hombre, le gustaba el modo en el

que aquellos vaqueros raídos se le ceñían a las caderas. Bajo un casco tan llamativo como la

camiseta, se adivinaba una trenza corta y gruesa del color de la madera de caoba pulida, la que,

por cierto, era una de sus favoritas para trabajar por su belleza y rico color.

Se colocó las gafas de sol sobre el puente de la nariz sin dejar de observarla de la cabeza a

los pies. Decididamente, se merecía una segunda mirada. Admiró el modo en que se movía, sin

desperdiciar gestos, mientras se inclinaba para mirar a través del taquímetro de un topógrafo.

Tenía el bolsillo trasero del vaquero rozado en una delgada línea. Nate dedujo que aquello

significaba que se metía la cartera en aquel bolsillo. Decidió que era una mujer práctica. Un

bolso no haría más que estorbar en la obra.

No tenía la piel frágil y pálida de una pelirroja, sino un cálido y dorado bronceado que,

probablemente, se debía al tórrido sol de Arizona. Fuera de donde fuera, le gustaba, igual que le

gustaban los rasgos angulosos de su rostro. La barbilla, de aspecto algo duro, se contrarrestaba

con unos elegantes pómulos. Ambos se veían equilibrados por una boca suave y sin pintar.

Nate no podía verle los ojos a causa de la distancia y de la sombra que le proyectaba el

casco sobre el rostro, pero su voz era firme y clara. Parecía mucho más apropiada para noches

tranquilas y nebulosas que para calurosas tardes como aquélla.

Enganchó los dedos en los bolsillos de los vaqueros y sonrió. Sí, efectivamente las

posibilidades eran ilimitadas.

Sin darse cuenta de que Nate la estaba observando, Jane frunció el ceño y se pasó un brazo

por la húmeda frente. Aquel día, el sol era implacable. A las ocho de la mañana ya era abrasador.

El sudor le caía por la espalda, se evaporaba y volvía a empaparla en un ciclo constante con el

que ella ya había aprendido a vivir.

Una sólo se podía mover a una cierta velocidad con aquel calor. Sólo se podía levantar una

cantidad limitada de metal y se podía picar un número reducido de piedras cuando la

temperatura superaba con creces los treinta grados. A pesar de los barriles de agua y de las

tabletas de sal, cada día representaba una dura batalla. Hasta el momento, estaban saliendo

adelante, pero... No. Se recordó que no podía haber “peros”. La construcción de aquel complejo

turístico era el proyecto más importante que había realizado en su carrera y no iba a estropearlo.

Era su trampolín.

A pesar de todo, podría haber asesinado a Tim Thornway por comprometer a

Construcciones Thornway, y a ella misma, a unos plazos tan ajustados. Las cláusulas de

penalización eran atroces y, como Tim solía hacer siempre, había delegado la responsabilidad,

para evitar dichas cláusulas, directamente sobre los hombros de Jane.

Se irguió como si en realidad pudiera sentir el peso. Haría falta un milagro para finalizar el

proyecto a tiempo y dentro del presupuesto pactado. Dado que ella no creía en milagros,

aceptaba las largas horas de trabajo y las interminables jornadas que aún le quedaban.

Construiría aquel complejo turístico y lo terminaría a tiempo, aunque ella misma tuviera

que ponerse a trabajar con martillos y sierras. Sin embargo, mientras observaba cómo una viga de

metal se erguía majestuosamente en el aire, se prometió que aquélla sería la última vez.

Cuando finalizara aquel proyecto, cortaría todos sus vínculos con Thornway y comenzaría

una andadura en solitario.

Estaba en deuda con ellos por haberle dado una oportunidad, por haber tenido suficiente fe

en ella como para permitirle ascender de ingeniera adjunto a estructural. No lo olvidaría nunca,

pero su lealtad había sido para Thomas Thornway. Dado que él ya no estaba, haría todo lo que

estuviera en su mano para evitar que Tim arruinara el negocio, aunque no pensaba pasarse el

resto de su carrera haciendo de niñera para él.

Tras pensar en una de las bebidas que había almacenadas en la nevera, se acercó para

supervisar la colocación de las vigas.

Charlie Gray, el entusiasta ayudante que prácticamente le habían encasquetado a Nate,

estuvo a punto de tirarle de la camisa.

—¿Quiere que le diga a la señorita Wilson que estás aquí? —le preguntó.

—En este momento está ocupada —respondió Nate. Sacó su paquete de cigarrillos y

rebuscó en un par de bolsillos hasta que encontró las cerillas.

—El señor Thornway quería que se conocieran.

—Ya tendremos tiempo de ello —repuso Nate. Encendió una cerilla y, automáticamente,

curvó los dedos a su alrededor, a pesar de que no había ni una pizca de

viento.

—No asistió a la reunión de ayer, por lo que...

—Sí...

El hecho de que no hubiera asistido a la reunión no haría que Nate perdiera el sueño. El

diseño del complejo turístico era suyo, pero, cuando surgieron sus problemas familiares, su socio

se había ocupado de gran parte de las tareas preliminares. Al mirar de nuevo a Jane, pensó que

había sido una pena.

A pocos metros de allí estaba aparcado un tráiler. Nate se dirigió hacia él, con Charlie

pisándole los talones. Sacó una cerveza de una nevera y, mientras entraba en el interior del

tráiler, en el que los ventiladores portátiles luchaban contra el calor, tiró de la anilla.

Afortunadamente, allí dentro parecía que la temperatura descendía unos grados.

—Quiero volver a ver los planos del edificio principal.

—Sí, señor. Los tengo aquí mismo —dijo Charlie mientras tomaba el tubo en el que se

encontraban los planos—. En la reunión... —añadió, tras aclararse la garganta— la señorita

Wilson señaló algunos cambios que quiere realizar, desde el punto de vista de una ingeniera, por

supuesto.

—¿De verdad?

Sin mostrar preocupación alguna, Nate se apoyó sobre los estrechos cojines de un sofá

cama. Afortunadamente, el sol había deslucido la llamativa tapicería verde anaranjada hasta

darle una tonalidad más inofensiva. Miró a su alrededor para buscar un cenicero y, al final, se

conformó con una taza vacía. A continuación, desenrolló los planos. Le gustaba aquel proyecto.

El edificio tendría forma de cúpula, coronado por unas vidrieras en el vértice superior. Las

plantas de oficinas rodearían el atrio central, lo que daría una sensación de amplitud. Sitio para

respirar. ¿De qué servía ir al oeste si uno no tenía sitio para respirar?

Cada despacho contaría con un cristal tintado muy grueso para combatir la luminosidad del

sol, al tiempo que permitía una visión sin restricción alguna del complejo turístico y de las

montañas.

En la planta baja, el vestíbulo se curvaría en un semicírculo para que resultara más

accesible desde la entrada, desde el bar de dos niveles y desde la cafetería acristalada.

Los clientes podrían tomar los ascensores de cristal o la escalera para subir

una planta y

poder comer en uno de los tres restaurantes o podrían subir un poco más y explorar las salas.

Nate dio un largo trago a su cerveza mientras inspeccionaba el proyecto. Lo veía como una

especie de matrimonio entre lo moderno y lo antiguo. No veía nada que pudiera cambiarse en el

diseño básico, como tampoco nada que él permitiera que se cambiara.

Jane Wilson iba a tener que aguantarse. Cuando oyó que la puerta del tráiler se abría,

levantó la mirada. Al ver que era Jane la que entraba, Nate decidió que era mucho mejor

viéndola de cerca. Estaba algo sudada, cubierta de polvo y, por lo que parecía, muy enfadada.

Nate estaba en lo cierto en esto último. Jane se había cansado de tener que ir a buscar a los

trabajadores que se tomaban descansos no programados.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó mientras Nate volvía a llevarse la lata

a los labios—. Ahí fuera necesitamos a todo el mundo —añadió. Le arrebató la cerveza antes

de que él pudiera beber—. Thornway no te paga para que te pases el día sentado. Además, nadie

de este proyecto bebe durante el horario de trabajo.

Dejó la cerveza sobre la mesa antes de que pudiera sentir la tentación de

aliviar su reseca

garganta con ella.

—Señorita Wilson...

—¿Qué? —le espetó a Charlie. Tenía la paciencia hecha trizas—. Usted es el señor Gray,

¿verdad? Un momento, por favor —añadió. Se secó la húmeda mejilla con la manga de la

camiseta—. Mira, compañero —le dijo a Nate—, a menos que quieras que te demos los papeles

de la liquidación, es mejor que te levantes y te presentes a tu capataz.

Él le sonrió con insolencia. Jane sintió que unas palabras muy poco profesionales le

acudían a los labios. Las reprimió con el poco control que aún le quedaba, igual que hacía con la

necesidad de golpearle aquella arrogante mejilla con el puño.

Tenía que admitir que era un tipo muy atractivo. Los hombres con esa clase de aspecto

siempre pensaban que podían quitarse los problemas de encima con una sonrisa... y normalmente

era así. No con Jane. Sin embargo, ella era consciente de que no le serviría de nada amenazar a

un empleado.

—Tú no debes estar aquí —añadió. Con un gesto de frustración, le arrebató los planos—,

como tampoco tienes derecho alguno a mirar estos planos.

—Señorita Wilson... —volvió a decir Charlie, aquella vez con cierta desesperación.

—¿Qué, maldita sea? ¿Ha conseguido ya que ese ilustre arquitecto suyo salga de la bañera,

Gray? A Thornway le interesa ver cómo su proyecto avanza según los plazos previstos.

—Sí, verá...

—Un momento —lo interrumpió ella. Una vez más, se volvió a Nate—. Mira, te he dicho

que te muevas. Hablas mi idioma, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—Entonces, muévete.

Él lo hizo, pero no tal y como Jane había esperado. Perezosamente, como un gato que se

estira antes de saltar desde el alféizar de una ventana, desplegó su cuerpo. Tenía unas piernas

muy largas. No parecía un hombre temeroso de perder su trabajo. Tomó la cerveza que Jane

había dejado en la mesa y le dio un trago. Entonces se levantó, se apoyó contra la nevera y

sonrió.

—Eres muy alta, ¿verdad, pelirroja?

Jane tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse boquiabierta. Tal vez el

negocio de la

construcción fuera cosa de hombres, pero ninguno de los obreros con los que Jane trabajaba

había tenido hasta entonces el descaro de mostrarse condescendiente con ella, al menos no

delante de sus narices. Aquel hombre estaba despedido. Con o sin retraso, fuera o no del

sindicato, iba a redactarle los papeles del despido personalmente.

—Recoge tus cosas, métete en tu coche y lárgate de aquí, imbécil —le espetó. Volvió a

arrebatarle la cerveza y aquella vez le vertió el contenido de la lata en la cabeza.

Afortunadamente para Nate, ya no estaba muy llena—. Díselo a tu representante del

sindicato.

—Señorita Wilson... —susurró Charlie. Se había quedado muy pálido y le temblaba la voz

—.

No lo comprende...

—Vete de aquí, Charlie —dijo Nate con voz suave mientras se pasaba los dedos por el

húmedo cabello.

—Pero...

—Vete.

—Sí, señor —dijo Charlie.

Se marchó rápidamente.

Por eso y porque había llamado “señor” a aquel atractivo vaquero, Jane empezó a sospechar

que había cometido un error. Automáticamente, tensó los hombros.

—Creo que no nos han presentado —dijo Nate. Se quitó las gafas de sol que había llevado

puestas hasta entonces. Ella vio que él tenía los ojos marrones, de un suave marrón dorado.

No estaban teñidos de ira o vergüenza. Más bien, la observaban con cierta neutralidad—.

Soy Nate Johnson. El arquitecto.

Podría haber tratado de balbucir algo. Podría haberse disculpado. Podría haberse echado a

reír por el incidente y haberle ofrecido otra cerveza. Se le ocurrieron las tres opciones, pero, por el

modo tranquilo y firme con el que él la miraba, las rechazó todas.

—Ha sido muy amable de su parte haber pasado por aquí —susurró.

Nate decidió que era una mujer muy dura, a pesar de los ojos color avellana y de la

atractiva boca. Ya se había encontrado con mujeres duras antes.

—Si hubiera sabido la cálida recepción que me encontraría, habría venido antes.

—Lo siento, tuvimos que dejar que se fuera la Orquesta.

Como quería salvar su orgullo, trató de rodearlo y dejarlo atrás, pero descubrió rápidamente

que, si quería llegar a la puerta, al sofá o a cualquier otro sitio, tendría que pasar justo por su

lado. No cuestionó por qué aquella perspectiva no le apetecía. Él era un obstáculo y los

obstáculos eran para derribarlos. Levantó la barbilla muy ligeramente, justo lo suficiente como

para poder mirarlo a los ojos.

—¿Alguna pregunta?

—Sí, unas cuantas —respondió Nate—. ¿Siempre vierte cerveza por encima de la cabeza

de sus hombres?

—Depende del hombre.

Una vez más, Jane trató de avanzar, pero se encontró aprisionada entre el frigorífico y él.

Nate sólo había tenido que girarse para conseguirlo, se tomó un momento para mirarla a los

ojos. En ellos no vio miedo ni incomodidad, sino tan sólo una furia que le hizo querer volver a

esbozar una sonrisa.

—Tenemos muy poco espacio, señorita Wilson.

Tal vez ella fuera una ingeniera, una profesional que había luchado mucho para llegar a la

posición en la que se encontraba y que conocía todos los resortes, pero seguía siendo una mujer y

era muy consciente de la presión que el cuerpo de Nate ejercía contra el de ella. Fuera cual fuera

la que podría haber sido su reacción, el gesto de diversión que vio en los ojos de él lo anuló por

completo.

—¿Son suyos todos esos dientes? —le preguntó, muy tranquilamente.

—Desde la última vez que lo comprobé, sí —respondió él, sin comprender.

—Si quiere que siga siendo así, apártese de mí.

A Nate le habría gustado besarla en aquel momento, tanto por la admiración que sentía por

el coraje que ella había mostrado como por su gusto. Aunque era un hombre impulsivo, sabía

también cómo cambiar de táctica y tomar el camino más largo.

—Sí, señorita.

Cuando se apartó, Jane lo rodeó y pasó a su lado. Habría preferido dirigirse directamente

hacia la puerta sin detenerse, pero se sentó en el sofá y volvió a extender los planos.

—Supongo que Gray ya lo habrá informado de la reunión que se perdió.

—Sí —dijo Nate. Tomó asiento y notó que, por segunda vez, estaban muy cerca el uno del

otro. Sus muslos se tocaban, vaquero contra vaquero, músculo contra

músculo—. Me ha dicho

que usted quería cambiar algunas cosas.

—He tenido problemas con el diseño básico desde el principio, señor Johnson. No lo he

ocultado.

—He visto la correspondencia. Usted desea un diseño arquitectónico típico del desierto.

—No recuerdo haber utilizado la palabra “típico”, pero hay buenas razones para el estilo

arquitectónico de esta región.

—También hay buenas razones para probar algo nuevo, ¿no le parece? — dijo él, mientras

se encendía otro cigarrillo—. Barlow y Barlow desean un diseño a la última. Un complejo que

contenga todo lo necesario y que sea lo suficientemente exclusivo como para atraer a la clientela

más selecta. Querían algo diferente de lo que se puede encontrar en los complejos turísticos que

hay por todo Phoenix. Y eso es precisamente lo que yo voy a darles.

—Con unas modificaciones...

—No habrá cambios, señorita Wilson.

Jane estuvo a punto de apretar los dientes. Aquel hombre no sólo se estaba comportando de

un modo arrogante, sino que, además, la enfurecía el modo en el que

pronunciaba la palabra

“señorita”.

—Por alguna razón —replicó ella, tranquilamente—, hemos tenido la mala suerte de

haber sido elegidos para trabajar juntos en este proyecto.

—Debe de haber sido el destino —murmuró él.

—Voy a ser muy sincera con usted, señor Johnson. Desde el punto de vista de una

ingeniera, su proyecto apesta.

Nate le dio una calada a su cigarrillo y dejó escapar el humo muy lentamente. Notó que ella

tenía unos reflejos de color ámbar en los ojos. Parecía que aquellos ojos no parecían decidir si

querían ser grises o verdes. Ojos taciturnos. Sonrió.

—Ése es su problema. Si no es usted lo suficientemente buena, Thornway le podrá asignar

el proyecto a otra persona.

Jane apretó los puños. La idea de hacerle tragar los planos tenía un cierto atractivo para

ella, pero se recordó que estaba comprometida con aquel proyecto.

—Soy lo suficientemente buena, señor Johnson.

—En ese caso, no deberíamos tener ningún problema. ¿Por qué no me informa de los

progresos que se han hecho?

Jane estuvo a punto de decirle que ése no era su trabajo, pero estaba vinculada por un

contrato, un contrato que no le dejaba mucho margen de error. Pagaría la deuda que tenía con

Thornway, aunque aquello significara trabajar codo con codo con aquel arquitecto arrogante de

la costa este.

—Como probablemente ha visto ya, las explosiones controladas se produjeron tal y como

estaba previsto. Afortunadamente, pudimos reducirlas al mínimo para preservar la integridad del

paisaje.

—Ésa era la idea.

—¿Sí? —repuso ella. Miró los planos y a continuación a Nate—. En cualquier caso,

habremos finalizado la estructura del edificio principal para finales, de semana. Si no se

realizan cambios...

—No los habrá.

—Si no se realizan cambios —repitió Jane, apretando los dientes—, cumpliremos los

plazos del primer contrato. El trabajo en las cabañas individuales no comenzará hasta que el

edificio principal y el balneario estén bajo techado. El campo de golf y las pistas de tenis no son

parte de mi trabajo, por lo que tendrá que hablar con Kendall sobre ellos, al igual que sobre la

jardinería y la decoración de exteriores.

—Muy bien. ¿Sabe si se han encargado ya los azulejos del vestíbulo?

—Soy ingeniera, no proveedor. Marie López se encarga de ese tema.

—Lo tendré en cuenta.

En vez de asentir con la cabeza, Jane se levantó y abrió la nevera. Estaba bien surtida de

refrescos, zumos y agua embotellada. Tras tomarse su tiempo para decidirse, se decantó por el

agua. Se dijo que tenía sed. Aquel gesto no tuvo nada que ver con el hecho de querer poner

distancia entre ellos. Sólo fue un beneficio colateral. Aunque sabía que no era muy cortés por su

parte, retiró el tapón de la botella y bebió sin ofrecerle a él.

—¿Qué? —le preguntó, al darse cuenta de la intensidad con la que él lo observaba.

—¿Es porque soy hombre, arquitecto o vengo del este?

Jane tomó otro largo sorbo del agua. Sólo hacía falta pasarse un día al sol para darse

cuenta del paraíso que podía encontrarse en una botella de agua.

—Tendrá que explicarse.

—¿Desea escupirme a la cara porque soy hombre, arquitecto o vengo del este? —repitió

Nate.

Jane no se habría sentido molesta por la pregunta si él no hubiera sonreído mientras se la

formulaba. Hacía menos de una hora que lo conocía, pero ya le había echado media docena de

maldiciones por aquella sonrisa. Se apoyó sobre la mesa y lo miró fijamente.

—No me importa su sexo.

Él siguió sonriendo, pero algo rápido y peligroso se reflejó en sus ojos.

—Veo que le gusta mostrarle trapos rojos a un toro, Wilson.

—Sí —replicó ella. Aquella vez fue su turno para sonreír—, pero, para terminar mi

respuesta, los arquitectos son a menudo artistas pomposos y temperamentales que ponen sus egos

sobre el papel y que esperan que los ingenieros y los constructores los mantengan para la

posteridad. Eso puedo entenderlo, e incluso respetarlo, cuando el arquitecto se fija en el medio

ambiente y crea para éste en vez de para sí mismo. En cuando al hecho de que usted sea del este,

ése podría ser el mayor de los problemas. Usted no comprende el desierto, las montañas ni esta

tierra. A mí no me gusta que usted decida lo que la gente de por aquí tiene que tener en su tierra

bajo un naranjo a más de dos mil kilómetros de aquí.

Como Nate estaba más interesado en ella que en defenderse a sí mismo, no mencionó el

hecho de que había viajado en tres ocasiones al lugar donde se iban a desarrollar las obras.

Había realizado gran parte del diseño justo casi en el mismo lugar en el que se encontraba

sentado en aquellos instantes en vez de en su despacho.

—Si no quiere construir, ¿por qué se dedica a ello?

—Yo no he dicho que no quiera construir —respondió ella—, pero nunca he creído que

fuera necesario destruir para poder hacerlo.

—Cada vez que mete una pala en la tierra, retira un poco de tierra. Eso es vida.

—Cada vez que se mete una pala en la tierra para retirar un poco de tierra, se debería

pensar en lo que se va a dar a cambio. Es cuestión de moralidad.

—Ingeniera y filósofa... —dijo él. Observó cómo un airado rubor empezó a reflejarse en las

mejillas de Jane—. Antes de que me vierta eso sobre la cabeza, digamos que estoy de acuerdo con

usted hasta cierto punto, pero aquí no vamos a poner plástico y neón. Tanto si está de acuerdo

con mi diseño como si no, es mi diseño. Su trabajo es hacerlo realidad.

—*Sé cuál es mi trabajo.*

—*En ese caso —observó Nate, mientras empezaba a enrollar los planos—, ¿qué le parece*

si vamos a cenar?

—*¿Cómo ha dicho?*

—*Cenar —repitió él. Cuando terminó de enrollar los planos, los metió en el cilindro y se*

levantó—. Me gustaría cenar con usted.

—*No, gracias —repuso Jane. Aquélla le parecía la invitación más ridícula que había*

escuchado nunca.

—*¿Está casada?*

—*No.*

—*¿Tiene pareja?*

—*Eso no es asunto suyo.*

—*Salta muy rápidamente, pelirroja —comentó Nate—. Eso me gusta.*

—*Y usted es muy descarado, Johnson. Eso no me gusta —replicó. Se acercó a la puerta y*

puso una mano sobre el pomo—. Si tiene alguna pregunta que tenga que ver con la construcción,

estaré por aquí.

Nate no tuvo que hacer un gran esfuerzo para colocarle la mano en el hombro.

—Yo también —le recordó.

—Ya cenaremos juntos en otra ocasión. Me parece que me debe usted una cerveza.

Tras mirarlo fijamente durante unos segundos, Jane abrió la puerta y se marchó.

Nate Johnson no era lo que ella había esperado. Era muy atractivo, algo a lo que podía

enfrentarse. Cuando una mujer se introducía en un territorio tan masculino, lo más probable era

que se encontrara con un hombre atractivo de vez en cuando. Sin embargo, Johnson parecía uno

más de la cuadrilla en vez de ser socio de uno de los estudios de arquitectura más importantes del

país. Su cabello rubio oscuro, con las puntas más claras, era demasiado largo.

Su fuerte constitución, con fuertes músculos y piel bronceada, sus anchas y callosas

manos...

Todo era más propio de uno de los obreros. Había sentido la fuerza de aquellas manos.

Además, estaba la voz, lenta y cálida.

Se ajustó mejor el casco cuando se acercó a la estructura metálica del edificio. Algunas

mujeres habrían encontrado muy atractiva aquella voz. Ella no tenía tiempo para dejar que la

sedujera la suave cadencia de aquel acento sureño o una arrogante sonrisa. En realidad, no tenía

mucho tiempo para pensar en sí misma como mujer.

Él la había hecho sentirse como una.

Frunció los ojos para protegérselos del sol y observó cómo las vigas iban colocándose en su

lugar. No le preocupaba que Nate Johnson la hubiera hecho sentirse femenina. Demasiado a

menudo, "femenina" significaba "indefensa" y "dependiente". Jane no tenía intención de ser ninguna de las dos cosas. Había trabajado demasiado durante demasiado tiempo para ser

autosuficiente. Decidió que un par de palpitaciones... sí, eso habían sido, palpitaciones... no iban

a afectarla en absoluto.

Deseó que la lata de cerveza hubiera estado llena.

Con una triste sonrisa observó cómo colocaban la siguiente viga. Había algo muy hermoso

en ver cómo crecía un edificio. Pieza a pieza, nivel a nivel. Siempre le había fascinado ver cómo

algo fuerte y útil tomaba forma... de igual modo que le había molestado ver la tierra destruida

por el progreso. Nunca había sido capaz de resolver aquel conflicto de sentimientos y por eso

había elegido una profesión que le permitía tener parte en el desarrollo y procurar que el progreso

se realizaba con integridad.

Sin embargo, aquel edificio... Sacudió la cabeza. Aquel proyecto le parecía la fantasía de un

intruso. La cúpula, las curvas, las espirales... Jane se había pasado muchas noches en vela en su

mesa de diseño, con regla y calculadora, tratando de encontrar un sistema de apoyo satisfactorio.

Los arquitectos no se preocupaban por temas tan mundanos, sino tan sólo de la estética. Todo

era ego. Construiría aquel maldito edificio y lo haría bien, pero no por eso tenía que gustarle.

Con el sol abrasándole la espalda, se inclinó sobre el taquímetro. Habían tenido que

encontrar soluciones para la montaña y para un lecho muy inestable de piedra y arena, pero las

medidas y el emplazamiento estaban muy bien calculados. Sintió un gran orgullo cuando

comprobó ángulos y grados. Apropiada o no, aquella estructura iba a contar con un trabajo de

ingeniería impecable.

Lo importante era precisamente eso, la perfección. Durante la mayor parte de su vida había

tenido que conformarse con segundos platos. Su preparación profesional, sus conocimientos y su

habilidad estaban muy por encima de eso. No tenía intención de volver a conformarse con

segundos platos. Ni para ella ni para su trabajo.

Notó el aroma de él y sintió un hormigueo en la nuca. Jabón y sudor. Todo el mundo en la

obra olía a jabón y a sudor. Entonces, ¿por qué estaba tan segura de que Nate Johnson estaba a

sus espaldas?

—¿Algún problema? —preguntó, sin apartarse del tránsito.

—No lo sabré hasta que mire. ¿Le importa?

—Por supuesto que no.

Jane se apartó del taquímetro y, cuando él se inclinó sobre el aparato, enganchó los dedos

en los bolsillos traseros de los pantalones. Esperó. No encontraría discrepancia alguna, aunque

supiera cómo reconocerla. Cuando oyó un grito, se dio la vuelta y vio a dos miembros de la

cuadrilla discutiendo. Sabía que el calor tenía un modo muy desagradable de caldear el mal

genio. Dejó que Nate siguiera inspeccionando la obra y se acercó a los hombres.

—Es un poco temprano para eso —dijo tranquilamente, cuando vio que uno de los

hombres agarraba al otro por la pechera de la camisa.

—Este mal nacido estuvo a punto de arrancarme los dedos con esa viga.

—Si este idiota no sabe cuándo tiene que apartarse, se merece perder unos

cuantos dedos.

—Basta ya —les ordenó Jane.

—Yo no tengo por qué aguantarme con lo que éste...

—Tal vez no —lo interrumpió Jane—, pero sí tendrás que aguantarte con lo que te diga

yo.

Ahora, tranquilízate o ve a darte un paseo. Si los dos queréis sacudiros fuera de vuestra

jornada de trabajo, por mí podéis hacerlo, pero no voy a consentir que lo hagáis cuando estéis

trabajando. Si lo hacéis, quedaréis despedidos. Tú —añadió, señalando al hombre que le pareció

más volátil de los dos—, ¿cómo te llamas?

El hombre dudó durante un instante. A continuación contestó.

—Rodríguez.

—Bueno, Rodríguez, ve a tomarte un descanso o échate un poco de agua fría sobre la

cabeza —dijo. Se dio la vuelta, como si no le quedaran dudas de que el hombre iba a obedecer

inmediatamente—. ¿Y tú?

—Swaggart.

—Muy bien, Swaggart, regresa a tu trabajo. Y yo tendría un poco más de respeto por las

manos de mi compañero si estuviera en tu lugar, a menos que quieras contarte tú los dedos y ver

que te faltan.

Rodríguez lanzó un bufido al escuchar aquellas palabras, pero obedeció a Jane y se dirigió

al lugar en el que se encontraban los barriles de agua. Satisfecha, Jane le hizo un gesto al

capataz y le indicó que mantuviera a los dos hombres separados durante unos pocos días.

Cuando regresó al lado del taquímetro, casi se había olvidado de Nate. Él aún se

encontraba allí, al lado del aparato, pero no estaba mirando a través de él. Tenía las piernas

separadas y las manos apoyadas sobre las caderas mientras la observaba. — ¿Siempre se mete en

una pelea?

—Cuando es necesario.

Se bajó las gafas para estudiarla, antes de volver a colocárselas rápidamente.

—¿Nadie ha conseguido que se le olviden nunca ese tipo de costumbres?

Jane no habría sabido contestar por qué tuvo que reprimir una sonrisa, pero consiguió

hacerlo.

—Todavía no.

—Bien. Tal vez yo seré el primero.

—Puede intentarlo, pero haría mucho mejor en concentrarse en este proyecto. Es más productivo.

Nate sonrió muy lentamente.

—Puedo concentrarme en más de una cosa a la vez. ¿Y usted?

En vez de responder, Jane sacó un pañuelo y se limpió la nuca.

—¿Sabe una cosa, Johnson? Su socio me pareció un hombre sensato.

—Lewis es efectivamente muy sensato —respondió Nate. Antes de que ella pudiera

impedírselo, le arrebató el pañuelo de las manos y le secó las sienes—. La vio a usted como una

perfeccionista.

—¿Y qué es usted? —replicó. Tuvo que resistir el impulso de quitarle el pañuelo. Había

algo relajante, demasiado relajante, en aquella caricia.

—Eso tendrá que juzgarlo por sí misma —dijo. Se volvió para mirar el edificio. Los

cimientos eran fuertes, los ángulos perfectos, pero aquello sólo era el comienzo—. Vamos a

trabajar juntos durante bastante tiempo.

—Yo puedo soportarlo si usted también puede —repuso ella. En aquel momento sí que le

arrebató el pañuelo. Volvió a metérselo en el bolsillo.

—Jane... —dijo, pronunciando el nombre como si estuviera experimentando con un sabor

—.

Estoy deseando hacerlo —añadió. Ella se sobresaltó cuando él le rozó una mejilla con el

dedo pulgar. Nate se quedó muy satisfecho con aquella reacción y sonrió—. Hasta muy pronto.

“Imbécil”, pensó Jane, mientras avanzaba por los escombros tratando de ignorar el

cosquilleo que sentía en la piel.

2

Unos días después, Jane pensó que si había algo que no necesitaba, era que la apartaran de

su trabajo para asistir a una reunión. Tenía a los mecánicos trabajando en el edificio principal, a

los remachadores en el balneario y debía ocuparse de las rencillas que aún existían entre

Rodríguez y Swaggart. No era que aquellos asuntos no pudieran seguir adelante sin ella, pero le

parecía que podía ocuparse de ellos mejor que nadie. Sin embargo, allí estaba, en el despacho de

Tim, esperando que él apareciera.

Nadie tenía que decirle lo justos que andaban para terminar el proyecto. Sabía

perfectamente lo que tenía que hacer para conseguir que el contrato se terminara a su debido

tiempo. Todos los momentos de su existencia estaban dedicados a su trabajo.

Se pasaba todos los días sudando en la obra, con las cuadrillas y los supervisores,

ocupándose de todos los detalles, por pequeños que éstos fueran.

Por las noches, se tumbaba en la cama al atardecer o se ponía a trabajar hasta las tres de la

mañana, acicateada por el café y la ambición. El proyecto era mucho más suyo que de Tim

Thornway. Se había convertido en algo personal de un modo que no podía explicar. Para ella, era

un tributo al hombre que había tenido la suficiente fe en ella como para empujarla y hacer que

no se conformara con segundos platos. En cierto modo, aquél era el último trabajo que iba a

realizar para Thomas Thornway y quería que fuera perfecto.

No la ayudaba mucho tener un arquitecto que pedía materiales que disparaban los costes y

que provocaba retrasos inevitables. A pesar de Nate Johnson, de sus lavabos de mármol y de sus

azulejos de cerámica, Jane iba a conseguir sacar adelante aquel proyecto. Es decir, si no tenía

que abandonar constantemente su puesto de trabajo para acudir a reuniones interminables.

Con impaciencia, se dirigió a la ventana. Estaba desperdiciando el tiempo y había pocas

cosas que la enojaran más que el desperdicio de cualquier clase. Tras mirar al reloj, decidió que no

iba a permanecer allí de brazos cruzados durante mucho tiempo más.

Aquél había sido el despacho de Thomas Thornway. Tim había realizado una serie de

cambios en la decoración. Había puesto plantas, cuadros y una gruesa alfombra de color salmón.

El viejo Thornway había preferido utilizar las alfombras oscuras, para que no se notara el polvo

y la suciedad. Sin embargo, al contrario que Thomas, Tim no visitaba con frecuencia las obras ni

le pedía a su capataz que se reuniera con él allí.

Jane decidió no seguir pensando en el tema. Evidentemente, Tim dirigía la empresa de un

modo diferente. Era su negocio y podía hacer lo que quisiera. El hecho de que ella hubiera

admirado y apreciado tanto al padre no significaba que tuviera que criticar al hijo.

No podía evitarlo. A Tim le faltaban el empuje y la compasión que habían formado parte de

su padre. Con Thomas Thornway, se construía por el amor a la construcción. Con Tim

Thornway, siempre se estaba pensando en los beneficios económicos.

Si Thomas estuviera todavía vivo, Jane no estaría pensando en dejar la empresa. No

sentiría remordimiento alguno cuando llegara la hora de marcharse. Más bien al contrario, sólo

sentía excitación y nerviosismo. Fuera lo que fuera lo que ocurriera a continuación, lo haría por

sí misma.

Reconocía que la idea resultaba tan aterradora como apremiante. Todo era desconocido

para ella. Como Nate Johnson.

Aquel pensamiento era ridículo. Él no era aterrador ni apremiante. Tampoco

era

desconocido. Sólo era un hombre, algo molesto por cierto, por la frecuencia con la que aparecía

por la obra. Era la clase de hombre que sabía que resultaba muy agradable mirarlo y que

explotaba aquel sentimiento.

Jane había conocido antes a tipos como Nate. De hecho, podía considerarse afortunada por

haber caído presa solo una vez de un rostro hermoso y unas palabras agradables. Algunas

mujeres no aprendían nunca y volvían a caer una y otra vez en la trampa. Su madre era una de

ellas. A Jessie Wilson le habría bastado mirar una sola vez a un hombre como Nate para

lanzarse. Afortunadamente la hija no se parecía nada en eso a su madre. Jane no sentía un

interés personal por Nate Johnson y casi no podía tolerarlo profesionalmente. Cuando él entró

en el despacho minutos más tarde, Jane se preguntó por qué sus pensamientos y sus sentimientos

no parecían concordar.

A los pocos segundos, Tim entró también en el despacho.

—Jane, siento haberte tenido esperando —dijo Tim, con una sonrisa—. El almuerzo se

extendió más de la cuenta.

—Me interesa mucho más saber por qué me has hecho venir de la obra — replicó ella,

frunciendo el ceño. La hora a la que debería haberse celebrado esa reunión era su hora para

comer.

—Pensé que nos hacía falta un cara a cara —comentó él, tras tomar asiento.

Inmediatamente, les indicó a Jane y a Nate que hicieran lo mismo.

—Has visto los informes.

—Por supuesto —respondió Tim—. Tan completos como siempre. Esta noche voy a cenar

con Barlow padre. Me gustaría darle algo más que datos y cifras.

—Pues puedes darle las objeciones que yo tengo con respecto al diseño interior del edificio

—replicó Jane, tras mirar brevemente a Nate.

—Pensaba que ya habíamos solucionado ese tema.

—Tú me has preguntado —repuso Jane, encogiéndose de hombros—. Puedes decirle que se

debería haber terminado el cableado de la estructura principal para finales de semana. Es un

proceso complejo, dado el tamaño y la forma del edificio. Además, va a costarle a su empresa una

fortuna.

—Tiene una fortuna —comentó Nate—. Creo que les interesa más el estilo que ahorrar en

la factura de la electricidad.

—Por supuesto —apostilló Tim. Aquel proyecto iba a reportarle muchos beneficios—. He

examinado los planos y te puedo asegurar que nuestro cliente recibe sólo lo mejor, tanto en

materiales como en capacidad profesional.

—Te sugiero que le digas que venga a verlo él mismo —dijo Jane.

—Bueno, no creo que...

Nate lo interrumpió.

—Estoy de acuerdo con la señorita Wilson. Es mejor que venga ahora y diga si hay algo

que no le gusta en vez de que lo haga más tarde, cuando todo esté plasmado en hormigón.

Tim frunció el ceño.

—Ya se han aprobado los planos.

—Las cosas siempre tienen un aspecto diferente sobre el papel —observó Nate mientras

miraba a Jane—. Algunas veces, la gente se sorprende mucho cuando ve el proyecto terminado.

—Naturalmente se lo sugeriré —dijo Tim—. Jane, en tu informe he visto que sugieres

extender el descanso para almorzar para que sea de una hora.

—Sí. Quería hablar contigo al respecto. Después de unas semanas en la obra, he visto que

hasta que el tiempo nos dé un respiro, los hombres van a necesitar un descanso más largo a

mediodía.

—Tienes que comprender lo que supone en términos de tiempo y dinero un aumento de

treinta minutos —replicó Tim.

—Y tú tienes que comprender que los hombres no pueden trabajar bajo ese sol sin un

descanso adecuado. Las tabletas de sal no son suficientes. Tal vez estemos en marzo y tal vez se

esté muy bien en el interior de un edificio cuando uno se está tomando un segundo Martini, pero

allí este calor es asfixiante.

—A esos hombres se les paga para que suden —le recordó Tim—. Creo que estarás de

acuerdo conmigo en que será mejor para ellos que tengan los edificios bajo techado para cuando

llegue el verano.

—No podrán hacerlo si se desploman por agotamiento o insolación.

—Creo que aún no se me ha informado de que haya ocurrido algo así.

—Todavía no —afirmó Jane, tratando de contenerse—. Tim, necesitan más descanso.

Trabajar bajo ese calor agota a un hombre. Te debilita, te hace cometer descuidos y entonces

vienen las equivocaciones... equivocaciones que pueden resultar muy peligrosas.

—Yo pago a un capataz para que se ocupe de que nadie cometa equivocaciones.

Jane se puso de pie. Estaba lista para explotar cuando la voz de Nate se lo impidió.

—¿Sabes una cosa, Tim? Los hombres suelen extender de todos modos el tiempo que tienen

para comer. Si les das treinta minutos más, se sentirán bien, agradecidos. La mayoría no se

tomará más. Terminarás consiguiendo que se haga la misma cantidad de trabajo y tendrás el

aprecio de tus hombres.

—Tiene sentido —admitió Tim—. Lo tendré en cuenta.

—Hazlo —replicó Nate. Entonces, se puso de pie—. Yo voy a regresar a la obra con la

señorita Wilson. Así podremos hablar de cómo podemos trabajar más estrechamente juntos.

Gracias por el almuerzo, Tim.

—De nada.

Antes de que Jane pudiera hablar, Nate la había tomado por el codo y la estaba sacando del

despacho. Cuando consiguió zafarse de él, ya estaban delante de los ascensores.

—No necesito que me muestre el camino —le espetó.

—Bueno, señorita Wilson, parece que, una vez más, no estamos de acuerdo
—repuso él.

*Entró en el ascensor con Jane y apretó el botón del aparcamiento—. En mi
opinión, le*

vendría muy bien algunos consejos sobre cómo manejar a los mentecatos.

—No necesito que... —dijo Jane. Rápidamente se interrumpió y miró a Nate.
El gesto

*divertido que vio en sus ojos le hizo esbozar una sonrisa—. Supongo que se
refiere a Tim.*

—¿Acaso he dicho yo eso?

—Tengo que asumir que sí, a menos que estuviera hablando sobre sí mismo.

—Elija usted.

—Me lo pone muy difícil.

*En aquel momento, el ascensor llegó a la planta en la que se encontraba el
aparcamiento.*

*Jane extendió la mano para evitar que la puerta se volviera a cerrar y
empezó a estudiar a*

*Nate. En sus ojos se adivinaba una aguda inteligencia y una gran seguridad
en sí mismo. Ella*

estuvo a punto de suspirar, pero prefirió salir del ascensor.

—¿Se ha decidido ya? —le preguntó Nate, tras salir él también.

—Digamos que ya sé cómo ocuparme de usted.

—¿Cómo será eso? —quiso saber él.

Los tacones de las botas de ambos resonaban mientras avanzaban entre los coches.

—¿Ha oído hablar de los postes de tres metros?

—Vaya, no me parece que ése sea un comentario muy amistoso.

—Sí —dijo Jane. Se detuvo delante de un todoterreno. Tenía muchos arañazos y estaba

cubierto de polvo. Tenía los cristales tintados para combatir el duro sol. Sacó las llaves—.

¿Está seguro de que quiere ir a la obra? Podría dejarlo en su hotel.

—Tengo un ligero interés por este proyecto.

—Como usted quiera.

Cuando Nate se sentó en el interior del vehículo, echó hacia atrás el asiento hasta que casi

pudo estirar las piernas. Jane se sentó detrás del volante y arrancó el motor. La radio y el aire

acondicionado se pusieron a funcionar inmediatamente. La música sonaba muy alta, pero ella no

se molestó en bajarla. Sobre el salpicadero se veían una serie de imanes decorativos, que a su vez

sujetaban trozos de papel en las que había unas notas garabateadas. Por lo que Nate podía

distinguir, ella tenía que comprar pan y leche y comprobar cincuenta toneladas de hormigón.

¿Llamar a “mongo”? No. Entornó los ojos y lo intentó de nuevo. A su madre. Tenía que llamar a

su madre.

—Bonito coche —comentó él cuando el vehículo se detuvo a trompicones en un semáforo.

—Necesita una puesta a punto, pero no he tenido tiempo de hacerlo.

Nate estudió la mano de Jane cuando ella metió la primera marcha y volvió a arrancar. Era

larga y esbelta, completamente acorde con el resto de su cuerpo. Llevaba las uñas muy cortas y

sin pintar. Tampoco portaba joyas. Nate se podía imaginar a aquellas manos sirviendo delicadas

tazas de té... igual que cambiando las bujías del coche.

—Entonces, ¿cómo te ocuparías de Tim?

—¿Cómo dices? —preguntó Nate. Había estado perdido en su pequeña fantasía.

—Tim, ¿cómo te ocuparías de él? —reiteró Jane mientras se dirigían hacia el sur de

Phoenix.

—Con sarcasmo no, pelirroja —dijo—. Personalmente, no me importa, pero creo que

encontrarás que cuando tengas que tratar con Thornway, el aceite tiene más efecto que el

vinagre.

—Ese hombre no reconocería el sarcasmo ni aunque lo tuviera delante de las narices.

—Tal vez en nueve de diez ocasiones no, pero es, precisamente, la décima la que podría

meterte en un lío. Antes de que lo digas, ya sé que no te importa tener algunos problemas.

Muy a su pesar, Jane sonrió. No puso objeción alguna cuando él bajó el volumen de la

radio.

—¿Conoces a esos caballos de desfile que llevan anteojeras para que puedan seguir el

camino y no miren a su alrededor ni los asuste la gente que los rodea?

—Sí, y también he visto que Thornway lleva esas anteojeras para que pueda seguir el

camino y recoger sus beneficios sin distracción alguna. Tú quieres mejores condiciones de trabajo

para los hombres, mejores materiales... Lo que sea. Por eso, tienes que aprender a ser sutil.

—No puedo.

—Claro que puedes. Eres mucho más inteligente que Thornway, pelirroja, así que estoy

seguro de que sabes cómo ser mucho más lista que él.

—Me pone enferma. Cuando lo pienso... Hace que me ponga furiosa y, cuando me enfado,

no puedo evitar expresar lo que pienso.

—Lo único que tienes que hacer es utilizar el denominador común. Con Thornway, es el

beneficio. Tú quieres que los hombres tengan media hora más para almorzar, por lo que no debes

decirle que es para beneficio de los obreros. Lo que tienes que decirle es que conseguirá mayor

eficiencia y, por lo tanto, mayores beneficios, pero para él.

Jane frunció el ceño durante unos instantes y entonces suspiró.

—Supongo que tengo que darte las gracias por haberlo convencido.

—Muy bien. ¿Qué te parece si cenamos juntos?

—No —replicó ella, tras mirarlo a los ojos. —¿Por qué no?

—Porque tienes un rostro hermoso —respondió ella. Cuando Nate sonrió, ella le dedicó la

más breve de las sonrisas—. Y yo no confío en los hombres que tienen un rostro hermoso.

—Tú también tienes un rostro hermoso y yo no hago sentir culpable por ello.

—Ahí está la diferencia entre tú y yo, Johnson —replicó Jane. Su sonrisa se había hecho

mucho más amplia.

—Si cenáramos juntos, podríamos encontrar muchas otras.

—¿Y por qué íbamos a querer encontrar otras?

—Ayuda a pasar el tiempo. ¿Qué te parece si...?

Nate se interrumpió cuando vio que Jane daba un volantazo. Ella lanzó una maldición y,

tras controlar el coche, lo condujo al arcén de la carretera.

—Hemos pinchado —anunció, muy enojada—. Hemos pinchado y yo ya voy con retraso...

Con eso, salió del coche tras dar un portazo y se dirigió a la parte trasera del vehículo

maldiciendo con una facilidad admirable. Cuando Nate se reunió con ella, ya había sacado la

rueda de repuesto.

—Ésa no parece estar en mejor estado —comentó él, tras mirar el neumático.

—Necesito cambiarlas todas, pero creo que ésta aguantará un poco —dijo ella.

Sacó el gato y lo colocó en su sitio sin dejar de lanzar maldiciones. Nate estuvo a punto de

ofrecerse para cambiarle la rueda, pero recordó lo mucho que le gustaba verla trabajar. Se

enganchó los pulgares en el cinturón y se mantuvo en un segundo plano.

—En el lugar del que yo vengo, los ingenieros ganan mucho dinero. ¿Has pensado alguna

vez en comprarte un coche nuevo?

—Este me sirve muy bien —replicó ella, mientras sacaba la rueda que tenía el pinchazo y

colocaba la otra.

—Esta rueda no tiene dibujo alguno —comentó Nate.

—Probablemente.

—De probablemente nada. Te aseguro que yo tengo más dibujo en la suela de mis

zapatillas deportivas. ¿No sabes que es una locura conducir con unas ruedas tan gastadas como

éstas?

Y el resto no están mucho mejor —añadió, tras examinar las otras tres.

—He dicho que necesito cambiarlas todas. No he tenido tiempo de hacerlo.

—Pues hazlo.

Nate se había colocado detrás de ella. Jane, desde el suelo, lo miró por encima del hombro.

Ya está bien.

—Cuando trabajo con alguien que es tan descuidado a nivel personal, tengo que

preguntarme si será lo mismo a nivel profesional.

—Yo no cometo errores en mi trabajo —replicó ella, mientras apretaba los tornillos—.

Puedes comprobarlo.

Se puso de pie. Se sintió más enojada que sorprendida cuando él le dio la vuelta para que lo

mirara. No le importaba estar cerca de Nate Johnson, sino sentirse tan cerca.

—¿Cuántos errores cometes fuera del trabajo?

—No muchos.

Jane sabía que debía apartarse de él. Las señales de alarma no dejaban de iluminarse

delante de ella. Estaban frente a frente. Podía ver fácilmente la fina capa de sudor que cubría el

rostro de Nate igual que podía ver, tanto si quería como si no, el deseo que se reflejaba en los ojos

de él.

—No me gusta discutir con una mujer que tiene una llave inglesa en la mano —dijo. Se la

quitó y la colocó sobre el parachoques.

—Esta tarde va a ir un inspector a la obra.

—A las dos y media. Tienes tiempo —afirmó Nate, tras hacer girar la muñeca de Jane y

comprobar la hora que era.

—No tengo tiempo propio. El tiempo es de Thornway. Si tienes algo que quieras decir,

hazlo, pero tengo trabajo que hacer.

—En este momento no se me ocurre nada —dijo él, sin soltarle la mano. El pulgar

acariciaba suavemente la parte interior de la muñeca de Jane—. ¿Y a ti?

—No —respondió ella. Trató de alejarse de él, pero Nate tiró con fuerza de la mano e hizo

que se chocara violentamente contra su torso—. ¿Cuál es tu problema, Nate?

—No lo sé... Hay un modo de descubrirlo —susurró. Le había colocado la

mano que tenía

libre sobre el rostro—. ¿Te importa?

Casi sin dejar de hablar, Nate bajó los labios hasta los de ella. Jane no estuvo segura de lo

que la hizo retirarse en el último momento. Levantó una mano y la apretó con firmeza contra el

torso de Nate, a pesar de estar saboreando la calidez del aliento de él sobre sus propios labios.

—Sí —dijo, aunque sabía que era una mentira. No le habría importado. De hecho, había

estado deseando sentir y saborear la boca de él sobre la suya.

—No tendría que haber preguntado —afirmó él, después de dar un paso atrás—. La

próxima vez no lo haré.

Jane comprendió que iba a echarse a temblar en cualquier momento. La aturdió entender

que, en cualquier instante, su cuerpo iba a traicionarla y que, una vez más, no sería por ira.

Rápidamente, se inclinó sobre el neumático.

—Te sugiero que te busques otra persona con la que jugar, Nate.

—No lo creo —afirmó él. Le quitó el neumático de las manos y lo guardó en la parte

trasera del coche. Antes de que Jane pudiera hacerlo, retiró el gato y lo recogió también.

Tratando de tranquilizarse, ella se dirigió hacia la puerta del vehículo. Le sudaban las

palmas de las manos. Cuando se acomodó tras el volante, se las secó contra las perneras de los

vaqueros e hizo girar la llave del contacto.

—No me pareces la clase de hombre que sigue llamando a una puerta cuando no abre

nadie.

—Tienes razón —dijo él, mientras se acomodaba también en el asiento—. Después de un

rato, me limité a abrirla yo solo —añadió. Con una sonrisa, volvió a subir el volumen de la

radio.

El inspector había ido temprano. Jane se maldijo, pero no se torturó demasiado por ello

dado que el cableado había pasado la inspección. Paseó por el edificio, que ya estaba cobrando

vida, y subió a la segunda y tercera plantas, para supervisar la colocación del aislante. Todo

funcionaba como el engranaje de un reloj. Debería haberse sentido más que satisfecha.

Sin embargo, en lo único en lo que podía pensar era que había estado en el arcén de una

carretera con los labios de Nate a un centímetro de los suyos.

Cuando estaba sobre una plataforma a seis metros del suelo se recordó que

era ingeniera, no

una romántica. Desplegó un plano y se puso a estudiar el sistema de refrigeración. Aquello iba a

robarle mucho tiempo y energías durante los próximos días. No tenía tiempo ni ganas de volver a

pensar lo que habría sentido si hubiera besado a Nate Johnson.

Pasión. Pasión y excitación. Ninguna mujer podía observar aquella boca y no ver el daño

que podría hacerle a su sistema nervioso. Ya había destrozado el suyo y sin establecer contacto

alguno. Probablemente Nate lo sabía. Los hombres como él siempre sabían el efecto que eran

capaces de producir en una mujer. No se les podía culpar por ello, pero se podía y debía,

evitarlos.

Lanzó otra maldición y enrolló los planos. No pensaría en él ni en lo que habría ocurrido si

ella le hubiera dicho “sí” en vez de “no”, o si hubiera guardado silencio y se hubiera dejado llevar

por el instinto en vez de por el razonamiento.

Además, tenía que empezar a pensar en los ascensores. No faltaba mucho para que tuvieran

que instalarlos. Había trabajado muy duro durante mucho tiempo con otro ingeniero en el

diseño. Lo que en aquellos momentos sólo estaba en papel sería realidad

muy pronto, subiendo y

bajando por las paredes, cristal reluciente completamente silencioso.

Algunos hombres podían provocar precisamente eso, que el corazón de una mujer subiera y

bajara, que el pulso le latiera con fuerza, aunque sólo ella pudiera oírlo. Por mucho que se

esforzara por fingir que no estaba ocurriendo, en el fondo estaría subiendo y bajando tan

rápidamente que provocaría un accidente inevitable. Y no había nada que se pudiera hacer al

respecto.

Maldito fuera. Maldito fuera por haber dado aquel paso y haberla convertido en una mujer

vulnerable. Jane no podía olvidar el modo en que había sentido su mano en la de él, el modo en

que los ojos de Nate la habían observado. Ya sólo podía especular, pero haría bien en recordar

que la culpa de todo aquello había sido de Nate Johnson.

Bajó la mirada y lo vio en el suelo, hablando con Charlie Gray. Nate señalaba la pared

posterior, en la que la falda de la montaña se convertía en parte del edificio, o mejor dicho, en la

que el edificio se convertía en parte de la montaña. Allí habría enormes paneles de cristal

curvado para formar el techo que amoldarían la línea de las rocas a la de la

cúpula. Jane ya

había decidido que aquella solución sería ostentosa y poco práctica, pero, tal y como se le había

dicho, su trabajo era plasmar los planos, no darles su aprobación.

Nate sacudió la cabeza por algo que Gray le dijo y levantó un poco la voz, aunque Jane no

pudo distinguir lo que decía. Evidentemente, Nate estaba molesto, algo que le a ella le gustaba.

Bajó utilizando las escaleras temporales. Tenía que comprobar los progresos del balneario y

los trabajos de excavación de las primeras cabañas. Justo en aquel momento, escuchó un grito

procedente de un piso superior. Tuvo tiempo suficiente de ver cómo una placa de metal caía

hacia ella antes de que alguien la agarrara por la cintura y la apartara a un lado.

La placa aterrizó a pocos centímetros de sus pies, levantando mucho polvo y provocando

un fuerte estruendo. Si le hubiera caído encima, en aquellos momentos estaría de camino al

hospital.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó una voz masculina. Los brazos aún le rodeaban la

cintura y estaba apretada contra el cuerpo fuerte de un hombre. No tuvo que levantar el rostro

para saber de quién se trataba.

—Sí —susurró—. Estoy bien. Deja que me...

—¿Quién diablos es responsable de esto? —gritó Nate, sin soltar a Jane.

En aquel momento, dos hombres bajaron rápidamente por la escalera, con los rostros tan

pálidos como el de él.

—Se nos escapó. Dios, señorita Wilson, ¿se encuentra usted bien? Había una caja eléctrica

sobre el suelo, tropecé y la placa se me escapó.

—No me ha dado —dijo Jane. Trató de apartarse de Nate, pero no tuvo fuerzas para

hacerlo.

—Subid ahí y aseguraos de que los suelos y las plataformas están libres de objetos. Si hay

más descuidos, los responsables serán despedidos.

—Sí, señor.

El martilleo que se estaba produciendo en los pisos superiores, y que se había interrumpido

en seco, se reanudó con más vigor.

—Mira, me encuentro bien —musitó Jane, a pesar de que se sentía muy temblorosa—. Yo

puedo ocuparme de los hombres.

—Cállate —replicó él. Tuvo que contenerse para no tomarla en brazos—.

Estás tan

pálida como un cadáver. Siéntate —añadió, tras señalarle una caja.

Como las piernas de Jane parecían de goma, la joven no discutió.

—Toma —dijo Nate antes de ponerle un vaso de agua en la mano.

—Gracias, pero no tienes por qué molestarte.

*—No, claro. Te dejo aquí como si no hubiera ocurrido nada —le espetó él.
Aquellas*

*palabras no le habían salido del modo en el que había deseado, pero se
sentía furioso y muerto de*

miedo. Había estado tan cerca... Si no hubiera mirado en aquella dirección...

—. Podría haberme

*quedado inmóvil viendo cómo te aplastaba esa placa, pero me pareció una
pena que el hormigón*

se manchara de sangre.

*—No quería decir eso —comentó ella, tras terminarse el agua. Sabía que
Nate había*

*evitado que sufriera lesiones muy graves. Le habría gustado darle las
gracias y lo habría hecho si*

*él no hubiera mostrado una actitud tan arrogante—. Creo que yo misma me
habría podido*

apartar.

—Muy bien. La próxima vez me ocuparé sólo de mis asuntos.

*—Hazlo —replicó. Aplastó el vaso de plástico entre los dedos y lo tiró a un
lado. Se*

levantó, tratando de soportar la sensación de mareo que se había apoderado de ella. A pesar de

que los martillos habían reanudado su actividad, sabía que todo el mundo los estaba mirando—.

No hay necesidad de montar tanto jaleo.

—No tienes ni idea del jaleo que puedo montar, Wilson. Si estuviera en tu lugar, haría que

el capataz les inculcara a esos hombres algunas nociones sobre seguridad laboral.

—Lo haré. Ahora, si me perdonas, tengo que volver a mi trabajo.

Cuando Nate la agarró por el brazo, sintió la ira que atenazaba sus dedos. Lo agradeció,

dado que eso la hacía a ella mucho más fuerte. Lentamente, giro la cabeza para poder mirarlo.

Vio que él estaba completamente furioso, mucho más de lo que podrían expresar las

palabras.

“Es su problema”, se dijo Jane.

—No pienso repetir que te mantengas apartado de mí, Johnson.

Nate esperó un instante hasta que estuvo seguro de que iba a hablar con tranquilidad, a

pesar de que, mentalmente, aún podía escuchar el aterrador sonido de la placa de metal chocando

contra el suelo.

—Eso es algo sobre lo que podemos ponernos de acuerdo, pelirroja. No me vuelvas a decir

que me mantenga alejado de ti.

La soltó. Después de dudar durante un momento, Jane se marchó.

Mientras observaba cómo ella se alejaba, Nate pensó que, aunque Jane se lo dijera, no le

iba a servir de nada.

3

Tenía otras cosas en las que pensar. Nate dejó que el agua caliente de la ducha le cayera

sobre la cabeza y se recordó una vez más que Jane Wilson no era problema suyo. Aunque,

indudablemente era un problema, no era suyo.

Lo mejor era evitar a las mujeres tan complicadas como ella, particularmente cuando tenían

un aspecto muy femenino que contrastaba con un temperamento demasiado vivo. El proyecto

Barlow ya le estaba dando suficientes quebraderos de cabeza. No necesitaba añadirla a ella a la

lista.

No obstante, resultaba tan fácil mirarla... Nate sonrió y apagó el grifo de la ducha. Fácil

de mirar no significaba fácil de manejar. Normalmente, le gustaban los desafíos, pero, en

aquellos momentos, tenía demasiado entre manos. Dado que su socio se había casado y estaba

esperando su primer hijo, Nate tenía que hacer todo lo posible para sacarlo adelante. Con una

empresa floreciente, aquello significaba trabajar más de doce horas al día. Además de supervisar

la construcción del complejo turístico, tenía que hacer y recibir

innumerables llamadas

telefónicas y tomar incontables decisiones.

No le importaba la responsabilidad ni las largas jornadas de trabajo, al contrario, se sentía

agradecido por ellas. No hacía falta mucho para recordarle el niño que había crecido en una

granja embarrada entre Georgia y Florida. Aquel niño siempre había deseado mucho más y el

hombre en el que se había convertido había luchado mucho por conseguirlo.

Se enrolló una toalla a la cintura y salió de la ducha. Tenía un cuerpo esbelto y el torso

bronceado. Seguía trabajando en el exterior, aunque ya sólo lo hacía por decisión propia y no por

necesidad. Había una casa junto a un lago de Florida que estaba a medio construir. Estaba

decidido a terminarla él mismo, ya que no por falta de fondos, sino más bien por cuestión de

orgullo.

Tenía mucho dinero y nunca había negado que disfrutaba de los beneficios que le

proporcionaba. Sin embargo, había crecido trabajando con las manos y le resultaba imposible

terminar con aquel hábito. Se corrigió. No quería terminar con aquel hábito. Había veces en las

que nada le gustaba más que sentir el tacto de un martillo o un trozo de

madera.

Se pasó los dedos por el cabello mojado. Estaban cubiertos de callos, tal y como lo habían

estado desde la infancia.

Entró en el dormitorio de su suite, que era casi tan grande como la casa en la que había

crecido.

Se había acostumbrado al espacio, a los pequeños lujos, pero no los daba por sentado. Al

crecer en medio de una extrema pobreza, había aprendido a apreciar lo bueno de la vida, la

buena comida y el buen vino. Tal vez los apreciaba más que alguien que había nacido formando

parte de esa buena vida, pero prefería no pensarlo.

El trabajo, el talento y la ambición eran las claves a las que debía añadirse un poco de

buena suerte. Nate recordaba que la suerte podía cambiar, así que nunca evitaba el trabajo.

Había recorrido un largo camino desde que pasó de escarbar en el barro a ganarse la vida.

En aquellos momentos podía soñar, imaginar y crear, mientras no olvidara que hacer

realidad los sueños suponía ensuciarse las manos. Era capaz de colocar ladrillos o mezclar

cemento si era necesario. Durante los años que pasó en la universidad había

estado trabajando

como peón. Aquellos años le había dado no sólo una visión muy práctica sobre la construcción de

edificios sino también un profundo respeto por los hombres que sudaban para crearlos.

Esto lo hizo pensar en Jane. Ella comprendía perfectamente a los obreros de la

construcción. Nate sabía muy bien que muchas de las personas que trabajaban dibujando planos

se olvidaban de los hombres que clavaban los clavos y levantaban las paredes de ladrillo. Jane

no. Con aire pensativo, se puso un albornoz pensando que iba a llamar al servicio de

habitaciones para comer en la suite. Jane Wilson. Habría hecho cualquier cosa para conseguir

treinta minutos más para los hombres. También era capaz de interponerse entre dos obreros para

evitar que se pelearan o de verter cerveza sobre la cabeza de un empleado insubordinado. Ese

recuerdo lo hizo sonreír. No se bebía en el trabajo. Jane Wilson decía muy en serio todo lo que

proclamaba.

A Nate le gustaba eso. Prefería la franqueza a la sutileza, tanto en el trabajo como en su

vida personal. Jane no era la clase de mujer que se dejara llevar por los juegos de seducción o por

las indirectas. Decía “sí” o “no” tal y como lo sentía.

Igual que había hecho sobre el arcén de aquella carretera... Le había dicho “no”, aunque a él

le parecía que le había querido decir “sí”. Resultaría muy interesante descubrir las razones de

aquella contradicción. Era una pena que sólo pudiera encajar a Jane en su vida profesional.

Se habrían podido divertir mucho los dos juntos. El problema era que ella estaba demasiado

tensa como para relajarse y dejarse llevar. Tal vez sería más justo decir que ella era demasiado

sincera como para tomarse la intimidad de un modo tan casual. No podía culparla, y eso suponía

una razón más para que mantuvieran su relación exclusivamente a nivel profesional.

Había demasiada fricción. La fricción normalmente llevaba a las chispas y las chispas al

fuego. En aquel momento, Nate no tenía tiempo para apagar fuegos.

Miró el reloj que tenía sobre la mesilla de noche y calculó la hora que sería en el este. Era

demasiado tarde para llamar por teléfono. Eso significaba que tendría que levantarse a las cinco

para poder hacer todas las llamadas necesarias entre las seis y las siete de la mañana.

Se encogió de hombros y decidió que lo que sí podía hacer era llamar al servicio de

habitaciones para que le llevaran algo de cenar y poder acostarse temprano. Acababa de tomar el

teléfono cuando sonó el timbre de su puerta.

Si había alguien que nunca habría esperado que se presentara allí, ésa era Jane.

Tenía una bolsa de supermercado sobre una cadera—Llevaba el cabello suelto y éste se le

rizaba vivamente sobre los hombros. Esa fue la primera vez que Nate la vio sin trenza y sin

horquillas. Aún iba vestida con unos vaqueros y una camiseta, pero había cambiado las botas de

trabajo por unas zapatillas deportivas. La siguiente sorpresa era que estaba sonriendo.

—Hola —dijo ella. Era ridículo, pero nunca se había sentido tan nerviosa en toda su vida.

—Hola. ¿Pasabas por aquí? —preguntó Nate, tras apoyarse sobre el marco de la puerta.

—No exactamente. ¿Puedo entrar?

—Claro —respondió él. Se hizo a un lado para franquearle el paso.

A sus espaldas, Jane escuchó que la puerta se cerraba. El corazón se le sobresaltó.

—Es muy bonito —comentó, mientras observaba el salón de la suite. Tras unos instantes,

se armó de valor y se dio la vuelta—. Quería disculparme.

—¿Por qué?

Jane apretó los dientes. Durante el camino, se había preparado para la posibilidad de que él

no se lo pusiera fácil.

—Por haber sido grosera y desagradecida esta tarde.

—¿Sólo esta tarde?

Le resultó muy difícil tragar el veneno que la inundó por dentro, pero sabía que debía

disculparse.

—Sí. Estamos hablando de un momento determinado. Tú me ayudaste esta tarde y yo me

mostré desagradecida y grosera. Me equivoqué y, cuando es así, me gusta pensar que sé admitirlo

—añadió. Sin decir nada más, se acercó al mostrador que separaba el salón de la cocina

americana—. Te he traído unas cervezas.

—¿Para que me las beba o para que me las eche por la cabeza? —preguntó él al ver que

Jane sacaba un pack de seis botellas.

—Eso depende de ti —respondió ella. Sin poder evitarlo, esbozó una sonrisa. Los labios se

le suavizaron como por arte de magia. Nate sintió que el corazón se le detenía—. No sabía si

habías cenado, así que te he traído una hamburguesa y unas patatas fritas.

—¿Me has traído la cena?

—Sólo es una hamburguesa —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Jane sacó la hamburguesa y el platillo de plástico que contenía las patatas fritas. Por

mucho que le doliera, iba a pronunciar las palabras.

—Aquí tienes —añadió—. Quería darte las gracias por haber actuado tan rápidamente

esta tarde. No sé si habría conseguido apartarme a tiempo, pero no estamos hablando de eso. El

hecho es que tú te aseguraste de que yo no resultara herida y yo no te di las gracias en su

momento. Supongo que estaba más asustada de lo que quería admitir.

Nate se acercó a ella. Jane tenía en las manos la bolsa vacía y no hacía más que doblarla y

desdoblarla. Aquel gesto le demostró, más que las palabras, lo mucho que le había costado ir

hasta el hotel. Le quitó la bolsa de las manos y la dejó sobre el mostrador.

—Podrías haber escrito todo esto en una nota y habérmela metido por debajo de la puerta,

pero supongo que ése no es tu estilo —dijo. Resistió la necesidad de tocarle el cabello, sabiendo

que sería una equivocación para ambos. Pero si lo hacía sólo querría tocarla todavía más y Jane

parecía estar lista para salir corriendo a la primera de cambio. Por eso, decidió tomar una botella

de cerveza—. ¿Te apetece una?

Jane dudó durante un instante. Parecía que, después de todo, Nate iba a ponérselo fácil.

—Claro.

—¿Quieres media hamburguesa?

—Creo que podría comérmela de un bocado —comentó ella, más relajada y sonriente.

Acababan de negociar una tregua. Compartieron la hamburguesa y las cervezas en la

terraza.

Allí había un pequeño jacuzzi incrustado en el suelo y unas flores rojas y naranjas que

subían por las paredes envolviéndolos en su suave fragancia. El sol estaba poniéndose y el aire se

había vuelto más fresco.

—Todas las comodidades del hogar —comentó ella.

—No del todo —respondió él, pensando en su casa, en la que todo estaba sin terminar—,

pero es lo más cercano.

—¿Viajas mucho?

—Lo suficiente. ¿Y tú?

—En realidad no. Bueno, suelo hacerlo por el Estado y he ido a Utah en un par de

ocasiones. Me gustan los hoteles.

—¿De verdad?

—Sí. Me gusta poder darme una ducha y salir y regresar para ver que ya han cambiado las

toallas, llamar al servicio de habitaciones y cenar en la cama. Ese tipo de cosas. Seguro que a ti

también te gustan. No me pareces el tipo de persona que pudiera seguir haciendo algo con lo que

no disfrutara.

—No me importa viajar, pero me gusta saber que tengo un lugar al que poder regresar. Eso

es todo.

Jane lo entendía perfectamente, aunque le sorprendió que él sintiera aquella necesidad.

—¿Has vivido siempre en Florida?

—Sí. No puedo decir que me guste mucho la nieve o el tiempo gélido del norte. Me gusta el

sol.

—A mí también. Aquí sólo llueve un par de veces al año. En realidad, la lluvia es un

acontecimiento. Sin embargo, he de reconocer que me gustaría ver el océano.

—¿Cuál de ellos?

—El que sea.

—Para llegar a la costa oeste basta un vuelo muy corto.

—Lo sé, pero siempre me imaginé que necesitaba una razón mucho más importante para

realizar el viaje.

—¿Vacaciones?

—Durante los últimos años, he estado trabajando muy duro. Tal vez ésta sea la época de

la liberación femenina, pero aún quedan barreras que derribar cuando eres ingeniera y mujer a la

vez.

—¿Por qué decidiste hacerte ingeniera?

—Siempre me gustó saber cómo funcionan las cosas... o lo que las hace funcionar mejor.

Se me daban bien los números y me gusta la lógica que tienen. Si los pones juntos y aplicas

la fórmula adecuada, siempre vas a conseguir la respuesta correcta.

—La respuesta correcta no es siempre la mejor.

—Eso es lo que piensa un artista. Precisamente por eso, un arquitecto necesita un buen

ingeniero para que le haga seguir el camino adecuado.

Nate tomó un trago de cerveza y le dedicó una sonrisa.

—¿Es eso lo que tú estás haciendo, pelirroja? ¿Me estás haciendo seguir el camino

adecuado?

—No me resulta fácil, como por ejemplo con el diseño del balneario.

—Ya sabía yo que sacarías ese tema.

Relajada por la agradable comida, Jane ignoró el sarcasmo que había en su voz.

—La cascada de la pared este. Pasaremos por alto el hecho de que es un detalle muy poco

práctico.

—¿Tienes algo en contra de las cascadas?

—Estamos en el desierto, Johnson.

—¿Has oído hablar alguna vez de los oasis?

Jane suspiró, decidida a ser paciente. La noche era muy agradable, la comida había sido

muy buena y la compañía era mucho más agradable de lo que había imaginado.

—Te concederé ese pequeño capricho.

—Gracias a Dios.

—Pero, si lo hubieras puesto en la pared oeste, tal y como yo te sugerí...

—En la pared oeste no aporta nada. Allí se necesitan ventanas para que dejen entrar la

luz de la tarde y las puestas de sol. Además, las vistas son mejores por el oeste.

—Yo hablo de la logística. Piensa en la fontanería.

—Eso te lo dejo a ti. Eres tú la que tiene que pensar en la fontanería. Yo

pensaré en la

estética y nos llevaremos muy bien.

—Nate, lo que quiero decir es que este proyecto hubiera podido resultar la mitad de difícil

con unos cuantos ajustes sin importancia.

—Si te asusta el trabajo duro, deberías haber elegido otra profesión —replicó él.

Jane levantó la mirada y lo observó con los ojos entornados y llenos de ira.

—No me asusta el trabajo duro y se me da muy bien lo que hago —repuso—. Son las

personas como tú, las que vienen con unos egos desorbitadas y se niegan a hacer cambios, las que

hacen que las cosas sean imposibles.

—No es mi ego desorbitado lo que me impide realizar cambios —dijo Nate, tratando de

mantener la tranquilidad—. Si los hiciera, no estaría llevando a cabo el trabajo para el que se

me contrató.

—Tú lo llamas integridad profesional. Yo lo denomino ego.

—Y te equivocas —replicó él, con engañosa tranquilidad—. Una vez más.

—¿Me estás diciendo que cambiar esa estúpida cascada del este al oeste, hubiera puesto en

un compromiso a tu integridad?

—Sí.

—Ése es el comentario más ridículo que he escuchado en toda mi vida, pero es típico —

repuso Jane. Se levantó y empezó a pasear arriba y abajo por la terraza—. Dios sabe que es

típico. Algunas veces creo que los arquitectos se preocupan más por el color de la pintura que por

los puntos de apoyo.

—Tienes la mala costumbre de generalizar, pelirroja.

—No me llames pelirroja —musitó ella—. Estaré encantada cuando este proyecto haya

terminado y esté sola. Entonces, podré escoger al arquitecto con el que quiero trabajar.

—Buena suerte. Tal vez te resulte difícil encontrar a uno que esté dispuesto a soportar tus

rabietas y tus tonterías.

Jane se dio la vuelta. Tenía muy mal genio. No iba a negarlo ni a disculparse por ello, pero,

en cuanto al resto...

—Yo no tengo tonterías. No creo que sea una tontería realizar una sugerencia que

ahorraría un montón de metros de tuberías. Sólo un arquitecto egocéntrico y testarudo como tú

lo vería de ese modo.

—Tienes un grave problema, señorita Wilson —dijo, disfrutando del modo en el que ella se

tensaba al escuchar el modo en el que pronunciaba la palabra “señorita”—. Tienes una mala

opinión de la gente de mi profesión, pero, mientras sigas con la tuya, tendrás que aguantarte con

nosotros.

—No todos los arquitectos son unos idiotas. En Arizona hay arquitectos excelentes.

—Entonces, eso significa que son sólo los arquitectos del este los que no son de tu agrado.

—Para empezar, no tengo ni idea de por qué Tim creyó que tenía que contratar a un

estudio de otro estado, pero, dado que lo hizo, voy a hacer todo lo posible por trabajar contigo.

—Eso debería incluir mejorar tus modales —afirmó Nate. Dejó la cerveza sobre la mesa y

se puso de pie. Tenía el rostro cubierto por las sombras, pero Jane estaba segura de que estaba

muy enfadado—. Si tienes más quejas, ¿por qué no me las dices ahora que estamos a solas?

—Muy bien. Lo haré. Me enfureció que no te molestaras en acudir a ninguna de las

reuniones preliminares. Yo estaba en contra de contratar a un estudio del este, pero Tim no quiso

escucharme. El hecho de que no estuvieras complicó aún más las cosas.

Mientras tanto, yo tengo

que ocuparme de Gray, que no hace más que morderse las uñas y siempre está buscando códigos o

revolviendo papeles. Entonces, te presentas, comportándote como el gallo del corral, negándote a

modificar ni una sola línea de tu maravilloso proyecto.

Nate dio un paso al frente. Salió de las sombras, y Jane notó, inmediatamente, que estaba

muy enfadado. Era mala suerte que el mal genio lo hiciera aún más atractivo.

—En primer lugar, tuve una muy buena razón para no asistir a las reuniones preliminares.

Razones personales de peso que no tengo porqué discutir contigo. El que tu jefe contratara

a mi estudio, a pesar de tus objeciones, es problema tuyo, no mío.

—Prefiero pensar que fue una equivocación de Thornway y no mía.

—Bien. En cuanto a Gray, tal vez sea muy joven y resulte algo pesado, pero también

trabaja muy duro.

De repente, Jane se sintió muy avergonzada. Se metió las manos en los bolsillos.

—No era mi intención...

—Olvídalo —dijo Nate mientras su último paso lo dejó tan peligrosamente cerca de Jane,

que sus cuerpos casi se rozaron—. Y yo no me contoneo como si fuera el gallo del corral.

Jane sintió unas ridículas ganas de echarse a reír, pero algo que vio en los ojos de Nate le

advirtió que era lo más peligroso que podía hacer. En vez de eso, tragó saliva y levantó ambas

cejas.

—¿Quieres decir que no lo haces a propósito?

—No, simplemente digo que no lo hago. Tú, por otro lado, te pones el casco y esas botas

con punta de acero y te dedicas a pasearte por toda la obra tratando de demostrar lo dura que

eres.

—Yo no tengo que demostrarle nada a nadie. Simplemente realizo mi trabajo

—replicó

ella.

—En ese caso, es mejor que cada uno hagamos el nuestro.

—Muy bien. Hasta mañana.

Jane empezó a darse la vuelta para dirigirse hacia la puerta, pero Nate la agarró por el

brazo. Él no sabía qué lo había empujado a hacerlo, a detenerla cuando, que ella se marchara

habría sido lo mejor para ambos. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Ya la había cogido del

brazo. Sus rostros estaban muy cerca y sus cuerpos el uno frente al otro.

La fricción entre ellos había hecho saltar la chispa... no, más bien docenas de chispas. A

Nate le pareció sentir cómo le abrasaban la piel. El calor que emanaba de ellas era rápido y

peligroso, pero controlable. Si él las avivaba, arderían y entonces...

“Al diablo”, pensó mientras cubría la boca de Jane con la suya.

Ella estaba preparada. El deseo había sido evidente desde el primer momento. Era lo

bastante sincera como para admitir que el deseo había existido desde el principio. Sin embargo, a

pesar de estar lista, no le sirvió de nada.

Debería haber sabido controlar su reacción, algo que siempre había sido capaz de hacer.

Se había aferrado a él, pero no podía recordar haber extendido las manos. Su cuerpo se

apretaba contra el de Nate sin que ella pudiera acordarse de haberse movido. Cuando separó los

labios, fue tanto para pedir como para invitarlo. La brusca respuesta de Nate fue exactamente

lo que ella deseaba.

Él la estrechó contra su cuerpo, sorprendido de que la necesidad pudiera enardecerse tan

rápidamente. Otra sorpresa. Lo que se encendió entre ellos provenía de ambos. Jane no había

protestado ni se había resistido, sino que había respondido con la misma fuerza y pasión que él

estaba empleando. Sin poder evitarlo, le agarró el cabello entre las manos y la tomó tan

posesivamente como le pedía su propia necesidad.

Le mordisqueó los labios. El profundo y gutural gemido que ella exhaló resultó tan

estimulante como el modo en el que acariciaba la lengua de Nate con la suya. Él se concedió

libertad plena para recorrerle el cuerpo con las manos, para probar, atormentar y poseer. El

cuerpo de ella temblaba contra el suyo y se apretaba contra él.

Jane sabía que debía detenerse y pensar, pero no le resultaba posible. El pulso le latía en las

venas y sus músculos parecían estar hechos de agua. ¿Cómo iba a poder pensar cuando el sabor

de Nate se extendía por todo su cuerpo, llenándola plenamente?

Cuando se separaron, estaban sin aliento. Jane estaba tan dispuesta como él cuando se

unieron para un último largo y apasionado beso. Al volver a separarse, permanecieron muy cerca.

Él tenía las manos apoyadas sobre los hombros de Jane. Ella sobre los brazos de Nate. La ira

había desaparecido para dar paso a la pasión.

—¿Qué vamos a hacer sobre esto? —preguntó Nate.

Jane sólo pudo sacudir la cabeza. Era demasiado pronto para pensar y demasiado tarde

para no hacerlo.

—¿Por qué no te sientas?

—No —contestó ella, antes de que Nate pudiera conducirla a una silla—. No quiero

sentarme. Tengo que marcharme.

—Todavía no. Tenemos que resolver esto, Jane.

—Nada de esto debería haber ocurrido.

—No se trata de eso.

—Yo creo que se trata precisamente de eso —afirmó ella. La frustración la llevó a mesarse

el cabello con los dedos—. No debería haber ocurrido, pero lo ha hecho. Ahora todo ha

terminado. Creo que los dos somos lo suficientemente sensatos y demasiado profesionales como

para dejar que esto se interponga en nuestra relación laboral.

—¿De verdad? —preguntó Nate. Tendría que haberse imaginado que ella trataría el

asunto como si fuera un pedido de hormigón equivocado—. Tal vez tengas razón. Tal vez, pero

serías una idiota si piensas que no volverá a ocurrir.

—Si ocurre, simplemente nos ocuparemos de ello... separadamente de nuestra relación

profesional.

—En eso estamos de acuerdo. Lo que ha ocurrido ahora no tiene nada que ver con nuestra

relación profesional, pero eso no va a evitar que te desee durante el horario laboral.

Jane sintió un escalofrío por la espalda.

—Mira, Nate, esto ha sido un... algo momentáneo. Tal vez nos sentíamos atraídos, pero...

—¿Tal vez?

—Está bien. Mira, tengo que pensar en mi futuro. Los dos sabemos que no hay nada más

difícil ni más incómodo que relacionarse sentimentalmente con un compañero de trabajo.

—La vida es muy dura. Mira, pelirroja, me gustaría dejar algo muy claro. Te he besado y

tú me has besado a mí. Y me ha gustado. Voy a querer besarte otra vez y muchas más. Lo que no

voy a hacer es esperar a que a ti te resulte conveniente.

—¿Acaso tienes que tomar tú todas las decisiones? —le espetó ella—. ¿Dar todos los

pasos?

—Muy bien.

—No, no está muy bien —replicó ella, absolutamente furiosa—. Eres un canalla

arrogante.

Te he besado porque quería hacerlo, porque me apetecía. Si te vuelvo a besar, será por las

mismas razones, no porque tú hayas decidido que ése es el momento y el lugar. Si me acuesto

contigo, será por las mismas razones. ¿Me has comprendido?

Jane era maravillosa. Molesta, pero maravillosa. Consiguió no volver a tomarla entre sus

brazos. Se limitó a sonreír. Cuando una mujer era tan explícita, no se podía discutir.

—Perfectamente... Me alegro de que te haya gustado —añadió mientras le colocaba un

mechón detrás de la oreja.

El sonido que a ella se le escapó entre los dientes parecía indicar cualquier cosa menos

complacencia. Aquello sólo provocó que la sonrisa de Nate fuera mucho más amplia. En vez de

darle un puñetazo en el rostro, Jane se limitó a apartarle la mano y se dirigió a la puerta.

—Jane.

—¿Qué? —repuso ella, tras abrirla de par en par.

—Gracias por la cena.

Cerró de un portazo. Entonces, fue cuando Nate se echó a reír. Diez segundos más tarde,

oyó cómo se cerraba la puerta principal de la suite. Siguiendo un impulso, se despojó del

albornoz y, tras poner el temporizador del jacuzzi, se introdujo en las cálidas y burbujeantes

aguas. Esperaba que así pudiera deshacerse de los dolores que ella le había dejado y aclarar su la

mente lo suficiente como para poder pensar.

4

Trabajo. Jane decidió que, desde ese momento y hasta que terminara el proyecto,

mantendría con Nate una relación estrictamente profesional. De ingeniera a arquitecto.

Hablarían de detalles de su trabajo. Con un poco de suerte, no hablarían de nada en

absoluto.

Lo que había ocurrido en la terraza de la suite se había debido a un ataque temporal de

locura heredada. Estaba claro que se parecía a su madre mucho más de lo que había querido

admitir. Un hombre atractivo, un poquito de polvo de estrellas y ¡bum! Estaba lista para hacer

el ridículo.

Tomó la carpeta que le entregó el capataz, examinó los papeles y los firmó. Había llegado

hasta ese momento de su vida sin permitir que, las debilidades congénitas, se la arruinaran.

Tenía la intención de seguir así. Tal vez había heredado aquel pequeño defecto de su madre,

pero, al contrario que la dulce y eternamente optimista Jessie, no tenía intención de dejarse

llevar por el romanticismo para acabar de bruces contra el suelo. Aquel

momento de debilidad

había pasado y todo había vuelto a la normalidad.

Se pasó la mañana entre el balneario y el edificio principal, con una breve visita al lugar en

el que se estaban llevando a cabo los trabajos de excavación de las cabañas. Los trabajos en las

tres secciones del proyecto avanzaban de acuerdo con los plazos. Además, tuvo una conversación

telefónica con el ingeniero mecánico de Thornway, tras la cual Jane decidió ir a las oficinas de la

empresa para examinar los prototipos del ascensor y del techo mecanizado que se iba a colocar

sobre la piscina. Disfrutaba tanto con aquellos aspectos de su trabajo como lo hacía con la

elaboración de planos.

Ninguna de las personas con las que trató aquel día habrían podido adivinar los

pensamientos que la distraían y la atenazaban bajo su competente comportamiento exterior. El

que buscara constantemente a Nate con la mirada, era porque no quería que la sorprendiera

totalmente desprevenida. A mediodía, creyó que no aparecería, y enmascaró la desilusión en

forma de alivio.

Pasó la hora del almuerzo en el tráiler con una botella de zumo de naranja

bien frío, una

bolsa de patatas fritas y los planos. Desde la conversación que había tenido con el ingeniero

mecánico, había decidido que había algunos problemas para calcular la dinámica del tejado que

Nate quería sobre la piscina. Si no fuera por la cascada que él había insistido en que cayera

desde la pared hasta uno de los rincones de la piscina... Jane sacudió la cabeza. Era un

maniático de las cascadas. Bueno, básicamente, era un maniático. Y eso la ayudó pensar que era

un arquitecto con delirios de grandeza en vez de un hombre que podía arrebatarse el sentido

común a una mujer con un beso.

Decidió que iba a darle su tejado de cristal, sus cascadas, sus espirales y sus cúpulas. Iba a

utilizar aquel diseño alocado para lanzar su propia carrera.

Como casi nunca estaba satisfecha, realizó un boceto de algunos de los detalles y llevó a

cabo unos nuevos cálculos. Se recordó que su trabajo no consistía en aprobar lo que realizaba,

sino realizar lo que aparecía en los planos.

Cuando la puerta se abrió, no se molestó en levantar la mirada.

—Cierra la puerta rápidamente, ¿quieres? Vas a dejar que entre el calor.

—Sí, señora.

Aquella voz hizo que Jane levantara la cabeza inmediatamente. Vio cómo Nate entraba

por la puerta del tráiler.

—No creí que te veríamos hoy por aquí.

Él simplemente sonrió y se hizo a un lado para dejar paso a Tim Thornway y William

Walton Barlow. Al verlos, Jane se puso inmediatamente de pie.

—Jane... —dijo Tim—. *W.W. supongo que recordarás a la señorita Wilson, nuestra*

ingeniera de estructuras.

—Por supuesto, por supuesto —respondió el interpelado, un hombre de baja estatura,

cabello blanco y ojos astutos. Rápidamente extendió la mano—. Un Barlow nunca olvida un

rostro hermoso.

—Me alegro de volver a verlo, señor Barlow —repuso Jane, sin hacer ningún gesto.

—*W.W. creyó que había llegado el momento de que viniera a echar un vistazo a la obra —*

explicó Tim—. Por supuesto, no queremos interrumpir...

—*Yo no sé mucho sobre cómo se levantan mis empresas —comentó Barlow —, aunque sí*

sé cómo dirigirlas. Sin embargo, me gusta lo que he visto. Me gustan las

curvas y los arcos.

Muy elegante. Barlow y Barlow se inclina siempre por las operaciones con clase.

Jane no prestó ninguna atención a la sonrisa que Nate tenía en los labios y rodeó la mesa.

—Ha escogido un día muy caluroso para venir de visita, señor Barlow. ¿Le apetece tomar

algo frío? ¿Un té? ¿Un zumo?

—Tomaré una cerveza. Nada ayuda mejor a tragar el polvo que una cerveza bien fría.

Nate abrió la pequeña nevera y sacó unas botellas.

—Estábamos a punto de mostrarle a W.W. los progresos del balneario.

—¿Sí? —preguntó ella. Sacudió la cabeza cuando se le ofreció una cerveza, aunque estuvo

a punto de esbozar una sonrisa cuando vio que Tim aceptaba torpemente una botella—. Vienen

en buen momento. Acabo de calcular los detalles finales del tejado de la piscina. Creo que

Lafferty y yo hemos solucionado la mayoría de los problemas estaba mañana por teléfono.

Barlow miró los planos y los papeles cubiertos de cifras y de cálculos.

—Eso os lo dejaré a vosotros. Los únicos números que se me dan bien son los de mi

talonario de cheques. Sin embargo, me alegra ver que sabe lo que tiene que hacer, señorita Wilson

—dijo Barlow, tras dar un trago de la cerveza—. Thornway siempre dijo que usted tenía la

cabeza sobre los hombros. Unos hombros muy bonitos, por cierto —añadió, guiñándole un ojo.

En vez de enfurecerla, aquel gesto la hizo sonreír. Aquel hombre tenía la edad suficiente

para ser su abuelo y, por muy multimillonario que fuera, tenía un cierto encanto.

—Gracias. Él también habló siempre muy bien de usted.

—Lo echo de menos —comentó Barlow. Bueno, empecemos con nuestra visita, Tim. No

hay que desperdiciar el tiempo.

—Por supuesto —afirmó Tim. Dejó a un lado inmediatamente la cerveza que ni siquiera

había tocado—. Esta noche voy a dar una pequeña cena en honor del señor Barlow, Jane. A las

siete. Tú acompañarás al señor Johnson.

Dado que no era una pregunta, Jane abrió la boca con la intención de presentar una

excusa.

Antes de que pudiera hacerlo, Nate tomó la palabra.

—Yo iré a recoger a la señorita Wilson —dijo—. ¿Por qué no os dirigís al balneario?

Estaremos enseguida con vosotros.

—¿Por qué no te aflojas esa maldita corbata, Tim? —le preguntó Barlow, mientras salían

del tráiler—. Te podría estrangular con este calor.

Nate cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—Efectivamente, son unos hombros muy bonitos. Por lo que he podido ver.

—No es necesario que vayas a recogerme esta noche.

—No —dijo él. La estudió atentamente, sin saber si aquel rechazo lo divertía o lo enojaba.

No había dormido bien y sabía que la culpa recaía precisamente sobre aquellos bonitos

hombros, que, en aquellos momentos, estaban preparados para atacar—. Sin embargo, lo haré.

Jane se dijo que se lo permitía sólo por motivos de trabajo y que como tal debía pensar en

ello.

—Muy bien. Necesitarás mi dirección.

—Bueno, creo que podré encontrarte, pelirroja —afirmó Nate, con una sonrisa—. Igual

que tú me encontraste a mí.

Dado que él había sacado el tema, Jane decidió que lo mejor sería enfrentarse a lo ocurrido

la noche anterior.

—Me alegro de que tengamos un minuto a solas. Así podremos aclarar las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó él, alejándose de la puerta para acercarse a ella
—. En la granja

teníamos una mula que también era algo asustadiza.

—Yo no soy asustadiza. Simplemente creo que tienes la impresión equivocada.

—Tengo la impresión correcta —afirmó Nate. Extendió la mano para jugar con la

punta de la trenza de Jane—. Sé perfectamente lo que siente tu cuerpo cuando está contra el

mío.

Es una impresión muy normal y agradable.

—Todo fue un error.

—¿El qué?

—Lo de anoche —respondió Jane. Decidió que iba a comportarse de un modo tranquilo y

razonable—. Nunca debería haber ocurrido.

—¿De verdad crees eso?

—Supongo que nos dejamos llevar por el momento. Lo mejor que podemos hacer es

olvidarlo y seguir con nuestras vidas.

—Muy bien —afirmó él. Jane vio la sonrisa de Nate, pero no se dio cuenta de lo fría que

era

— *Nos olvidaremos de lo ocurrido anoche.*

Contenta por la facilidad con la que se había solucionado el problema, Jane sonrió también.

— *Muy bien, en ese caso, ¿por qué no...? Se interrumpió cuando notó que él la estrechaba*

contra su cuerpo y le cubría la boca con la suya. Notó que el cuerpo se le tensaba. De sorpresa.

De furia. Aquello era lo que deseaba creer. En aquel beso no había nada de la suave y sensual

exploración de la noche anterior. Aquel beso era osado y brillante como el sol que relucía al otro

lado de las ventanas. Igual de tórrido. Trató de liberarse de él, pero no pudo hacerlo. Los

músculos de Nate parecían de acero. Se encontró presa de un abrazo que amenazaba casi tanto

como prometía.

A Nate no le importaba. Ella podía hablar todo lo que quisiera con aquella voz tan

razonable sobre los errores. Había cometido muchos errores antes. Tal vez Jane fuera el mayor de

ellos, pero no iba a echarse atrás. Recordó lo que había sentido al tenerla entre sus brazos la

noche anterior y comprendió que nunca había sentido nada parecido por otra mujer. No iba a

consentir que todo aquello cayera en el olvido.

—Basta —consiguió decir ella, antes de que él volviera a besarla.

Se estaba ahogando y sabía que nada podría salvarla. Ahogándose contra los labios de

Nate, en sensaciones, en anhelos, en deseos. ¿Por qué se aferraba a él cuando sabía que todo

aquello era una locura? ¿Por qué respondía a aquel beso cuando sabía que sólo podía conducir al

desastre?

A pesar de todo, tenía rodeado el cuerpo de Nate con los brazos, los labios separados y su

corazón latía al ritmo del de él. Aquello era mucho más que una tentación, mucho más que una

rendición. Lo que sentía en aquellos momentos no era la necesidad de dar, sino la de tomar.

Cuando se separaron, ella respiró profundamente y colocó una mano sobre la mesa para

recuperar el equilibrio. En aquel momento comprendió que se había equivocado. En los ojos de

Nate había ira, furia y determinación, además de un deseo que parecía pegarla al suelo. Sin

embargo, cuando él habló, lo hizo con voz suave.

—Parece que vamos a tener otro punto de referencia, pelirroja —comentó. Se dirigió hacia

la puerta—. Hasta las siete.

Aquella tarde Jane pensó, al menos una docena de ocasiones, en una buena

excusa y

comenzó a marcar el número del hotel de Nate. Pero en cada una de ellas la detuvo saber que, si

realizaba aquella llamada, estaría reconociendo, no solo la relación entre ellos, sino su cobardía,

que ella reconocía, pero que consentiría que él viera.

Mientras revolvía en el armario, recordó que tenía que hacerlo. En realidad, aquella cena

no era más que una reunión de negocios en la que todos llevarían un traje de noche y tomarían

canapés en el elegante jardín de Tim. Era necesario demostrar a Barlow que su arquitecto y su

ingeniera eran capaces de pasar una velada juntos.

Tenía que poder soportarlo. Dejando a un lado la atracción sexual, Nate Johnson era su

socio en aquel proyecto. Si no podía estar a su lado, ni controlar lo que él le hacía sentir, no

podría ocuparse de su trabajo. Ningún arrogante arquitecto de la costa este iba a hacer que

admitiera que no podía enfrentarse a lo que la vida pudiera depararle.

Mientras se decidía entre dos vestidos, pensó con cierta satisfacción que, cuando estuvieran

allí, habría tanta gente que no tendría que hablar con él. Seguramente Nate y ella sólo

intercambiarían unas pocas palabras.

Cuando él llamó a su puerta, consultó el reloj y lanzó una maldición. Había malgastado

tanto tiempo hablando sola que ya era la hora y no se había vestido. Se ajustó el cinturón de la

bata y salió del dormitorio para abrir la puerta.

Nate observó atentamente la bata de algodón y sonrió.

—Bonito vestido.

—Voy algo retrasada —musitó ella— Ve tú sin mí.

—Esperaré.

Sin esperar su invitación, entró en el salón e inspeccionó el apartamento. Jane tal vez fuera

una mujer que tenía que ocuparse de datos y cifras muy precisos, pero vivía en el caos. Había

cojines amontonados sobre el sofá, revistas apiladas sobre una silla... y todo tenía una espesa

capa de polvo, menos una colección de cristales que colgaban al lado de la ventana y que

capturaban los últimos rayos del sol.

—No tardaré mucho —le dijo Jane—. Si quieres algo de beber, la cocina está por ahí.

Entró en su dormitorio y echó el pestillo de la puerta. Estaba tan guapo... No era justo que

tuviera un aspecto tan sexy, tan seguro de sí mismo, tan perfecto... Se pasó las manos por el

cabello que tenía que peinarse. Ya era lo suficientemente malo que él tuviera tan buen aspecto

con la ropa de trabajo, pero que estuviera aún mejor con una chaqueta de color crema que

resaltaba su cabello rubio y su bronceada piel... No era justo. Ni siquiera vestido formalmente

para una cena perdía su masculino atractivo. ¿Cómo iba ella poder deshacerse de aquella

atracción cuando, cada vez que lo veía, estaba mucho más guapo?

Se enfrentó de nuevo a su armario. Decidió que iba a luchar contra la atracción que sentía

por él. Eso significaba que, si iba a jugar con fuego, tendría que vestirse para la ocasión.

Nate encontró la cocina tan desordenada como el salón. Estaba claro que no se pasaba

mucho tiempo cocinando y parecía demostrarlo el que tuviera una lata de galletas y otra llena de

bolsas de té sobre la placa vitrocerámica.

Encontró una botella de vino en el frigorífico, junto con un tarro de mantequilla de

cacahuete y un huevo solitario. Después de rebuscar en los armarios, localizó dos copas

completamente diferentes y una novela de terror.

Se tomó un sorbo del vino y sacudió la cabeza. Esperaba tener la oportunidad de enseñarle

algo sobre los mejores caldos. Llevó las dos copas al salón escuchando atentamente los sonidos

que provenían del dormitorio. Aparentemente, Jane estaba buscando algo y estaba abriendo

todos los cajones para encontrarlo. Mientras tomaba un poco de vino, estudió sus fotografías.

Había algunas suyas, una muy formal en la que parecía sentirse muy incómoda con un traje

de organza de color rosa. En otra estaba con una rubia muy atractiva. Dado que la rubia tenía

los mismos ojos que ella, Nate se preguntó si sería una hermana mayor. Había más de la rubia,

una con lo que podría haber sido un traje de novia, y otra de Jane con casco. Había fotografías

de varios hombres, pero el único al que Nate reconoció fue a Thornway padre. Se preguntó si

alguno de los hombres sería su padre. Entonces, se dio la vuelta. Los ruidos procedentes del

dormitorio habían cesado.

—Me he servido una copa de vino —gritó—. ¿Quieres la tuya?

—No... Sí, maldita sea.

—Deduciré que es que sí —dijo Nate. Se acercó a la puerta y la abrió.

Había algo muy especial en una mujer alta y esbelta con un vestido negro. Algo que hacía

que la boca de un hombre se hiciera agua. El vestido tenía un profundo

escote y un adorno

plateado que se repetía de nuevo sobre el bajo, justo donde la falda le rozaba las rodillas. Las

piernas iban cubiertas con unas medias ahumadas y transparentes. Sin embargo, lo que estaba

dándole problemas a Jane era la espalda. Le estaba costando abrocharse los corchetes que le

llegaban hasta la cintura.

—Se ha atascado algo.

“Mi corazón”, pensó Nate. Si ella lo atraía con un casco y una camiseta sudada, ¿cómo no

iba a hacerlo en aquellos instantes?

—Permíteme —dijo. Pasó por encima de unas pesadas botas de trabajo y unas sandalias

negras que no eran más que unas pocas tiras de cuero.

—Estas cosas están diseñadas para que una tenga que pelearse con ellas al quitárselas y al

ponérselas.

—Sí —comentó Nate. Le entregó a ella las dos copas y trató de no pensar en el hecho de

que sería más interesante ayudarla a quitarse aquel vestido negro que a ponérselo—. Tienes los

corchetes torcidos.

—Eso ya lo sé —replicó ella, con impaciencia—. ¿Lo puedes solucionar?

Nate levantó la mirada. Las miradas de ambos se cruzaron en el espejo que había sobre la

cómoda. Por primera vez desde que la conoció, vio que Jane se había aplicado lápiz de labios.

Tenía la boca húmeda, madura, sugerente...

—Probablemente. ¿Qué te has puesto?

—Creo que resulta evidente —contestó Jane—. Un vestido negro con corchetes

defectuosos.

—Me refería al perfume.

—No lo sé —dijo, mientras él se concentraba en los corchetes de la cintura—. Me lo

compró mi madre.

—Voy a tener que conocer a tu madre.

—¿Has terminado ya?

—No —repuso Nate. Le rozó la espalda con las yemas de los dedos y tuvo el placer de ver

la reacción que se producía en ella a través del espejo—. Eres muy sensible, Jane.

—Es muy tarde —replicó ella. Se dio la vuelta rápidamente.

—En ese caso, creo que un par de minutos más no tendrán importancia alguna —susurró.

Deslizó las manos sobre la cintura de ella. Para defenderse le colocó las dos copas contra el

pecho. Él las tomó pacientemente y las colocó sobre la cómoda que ella tenía a sus espaldas

—. Tienes un pésimo gusto para el vino.

—Sé la diferencia que hay entre el tinto y el blanco —afirmó. Levantó las manos hasta

colocarlas encima de los hombros de Nate al notar que él volvía a rodearle la cintura con las

suyas.

—Eso es como decir que tú eres una mujer y yo un hombre. Hay mucho más que eso —

musitó. Inclino la cabeza y empezó a mordisquearle suavemente los labios—. Mucho más...

—Nate, no estoy preparada para esto...

—¿Para qué?

—Para lo que está ocurriendo. Para ti y para lo que siento.

Nate le miró atentamente el rostro. Jane le había dado vía libre. Los dos lo sabían. En vez

de presionarla, le dio más espacio.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—No sé cómo responder a esa pregunta. No haces más que arrinconarme.

—Es cierto—admitió él. Se apartó de ella y esperó a que se pusiera las sandalias—. Jane...

—añadió. Cuando ella lo miró, le tomó la mano—. Esto no es el final. Me da la sensación

de que esto va a llegar muy lejos.

Ella estaba completamente segura de que tenía razón. Eso era precisamente lo que le

preocupaba.

—Tengo la costumbre de querer saber cómo va a terminar una cosa antes de empezarla,

Nate. Contigo, no veo un final muy claro, así que no estoy segura de querer comenzar nada...

—Pelirroja —dijo él, tras llevarse la mano de Jane a los labios—. Ya lo has hecho.

Cuando llegaron a la mansión Thornway, la fiesta estaba en todo su esplendor. El bufé

estaba a rebosar de comida mexicana y el vino y las margaritas fluían entre los invitados. Más

allá del enorme rancho que Tim había construido para su esposa, había unos maravillosos

jardines que rodeaban la piscina.

Los invitados estaban repartidos por el césped y la terraza de la casa. Lo mejor de la

sociedad de Phoenix estaba presente en aquella fiesta. Jane había decidido encontrar

inmediatamente un rincón tranquilo. Le gustaba construir edificios para los miembros de la clase

dirigente, pero no sabía cómo socializar con ellos.

—Un Chablis —explicó Nate mientras le entregaba a Jane una copa—. Es de

California.

Buen color, aroma penetrante y mucho cuerpo.

—Es blanco —comentó ella, encogiéndose de hombros.

—Y tu vestido es negro, pero eso no hace que parezcas una monja.

—El vino es vino —afirmó, aunque su paladar le decía algo muy diferente.

—Cielo —susurró Nate, mientras le acariciaba suavemente la garganta con un dedo—,

tienes mucho que aprender.

—Aquí estás —dijo una voz femenina.

Marci Thornway, la esposa de Tim, se acercó a ellos. Iba elegantemente vestida con un

vestido blanco y llevaba un collar que relucía a la luz de la luna. Saludó afectuosamente a Jane

y levantó los ojos para mirar a Nate.

—Creo que ya entiendo por qué has llegado tarde —añadió.

—Marci Thornway, Nate Johnson.

—El arquitecto —dedujo Marci. Entonces, entrelazó un posesivo brazo con el de él—.

Tim me ha hablado mucho de ti... aunque no mencionó que eras tan atractivo —añadió, entre

risas

—. Sin embargo, creo que hay que perdonar a los esposos por no hablarles a sus esposas de

los hombres atractivos.

—O a los hombres sobre sus hermosas esposas.

Jane hizo un gesto de incredulidad a espaldas de Marci y comenzó a tomarse una enchilada

de queso.

—Eres de Florida, ¿verdad? —dijo Marci. Con un pequeño suspiro, empezó a llevarse a

Nate—. Yo crecí en Georgia, en una pequeña ciudad muy cerca de Atlanta. Algunas veces, lo

echo mucho de menos.

—Una mujercita del sur —musitó Jane, que chocó directamente con el señor Barlow—.

¡Oh!

Le ruego que me perdone, señor Barlow.

—Llámame W.W. Creo que deberías ponerte más comida en el plato, muchacha. Toma,

prueba estas tortillas. No te olvides del guacamole.

Jane observó atónita la cantidad de comida que el anciano le había puesto en el plato.

—Gracias.

—¿Por qué no te sientas a mi lado y haces compañía a un viejo?

Jane no estaba segura de lo que esperaba de aquella velada, pero desde luego no el disfrutar

de la compañía de uno de los hombres más ricos del país. Tal y como se había temido, no trató de

seducirla, pero flirteó con ella como si fuera un viejo amigo de la familia.

Se sentaron en un banco al lado de la piscina y hablaron sobre el amor que ambos sentían

por el cine. Aquél era el único vicio que se permitía, el único entretenimiento que no consideraba

una pérdida de tiempo.

De vez en cuando su atención se desviaba, y no era porque Barlow le resultara aburrido,

sino para buscar a Nate. Casi siempre en compañía de Marci Thornway.

—Soy un egoísta —comentó Barlow—. Debería dejar que te fueras con los más jóvenes.

—No, no —repuso Jane, sintiéndose algo culpable—. Me gusta hablar contigo. A decir

verdad, W. W, no me gustan mucho las fiestas.

—Una mujer tan hermosa como tú necesita un hombre que la mime constantemente.

—No me gusta que me mimen —afirmó. Entonces, vio que Nate encendía el cigarrillo de

Marci. Barlow era muy astuto. Rápidamente, siguió la dirección de la mirada de Jane.

—Es una mujer muy hermosa —observó—. Como el cristal soplado, caro y fácil de mirar.

Tim debe de estar muy ocupado con ella.

—Está completamente entregado a ella.

—Pues esta noche la ha pasado en compañía del arquitecto.

—Bueno, los dos son del este —comentó Jane, con una sonrisa—. Estoy segura de que

tienen muchas cosas en común.

—Mmm... —musitó Barlow. Entonces, se puso de pie—. Me gustaría estirar las piernas.

¿Quieres que demos un paseo por el jardín?

—Muy bien —dijo Jane. Se levantó, tomó el brazo de Barlow y comenzó a pasear con él.

¿A qué estaba jugando? Nate vio que Jane desaparecía con Barlow. Aquel hombre era

suficientemente mayor como para ser su padre. Se había pasado toda la noche hablando con el

anciano mientras él trataba de deshacerse de Marci Thornway.

Nate reconocía cuándo una mujer iba a la caza y, Marci le estaba enviando unas señales

que a él no le interesaba recibir. Aunque no se hubiera fijado en Jane, no se habría sentido

atraído por una mujer como Marci. Casada o no, era un problema.

No creía que Jane fuera la clase de mujer interesada por un anciano, sonreír y flirtear con él

para ver lo que podría conseguir. No había ninguna duda de que Barlow estaba interesado en

ella ni de que Jane se había perdido entre las rosas con una de las fortunas mayores de Estados

Unidos.

Encendió un cigarrillo y entornó los ojos cuando el humo se le metió en ellos. Tampoco

había duda alguna de que Jane lo deseaba a él. Tal vez no había sido ella la que había iniciado el

beso, pero su respuesta no había dejado lugar a ninguna duda. Nadie fingía cuando besaba de

aquel modo.

No obstante, fue ella quien lo interrumpió. Cada vez, Nate había pensado que lo hacía por

cautela, tal vez incluso por miedo al notar el vínculo tan fuerte que se había forjado entre ellos.

Quizá él también era un idiota y ella lo había rechazado porque deseaba pescar un pez

mayor.

Casi tan pronto como apareció aquel pensamiento, lo apartó. Era injusto. Pensaba así

porque se sentía frustrado, ya que deseaba a Jane más de lo que había deseado a nadie y, lo más

importante, porque no sabía qué hacer al respecto.

—Perdona —le dijo a Marci, interrumpiéndola en mitad de la frase. Le dedicó una rápida

sonrisa y se dirigió hacia el jardín.

Oyó la risa de Jane y la vio. Estaba debajo del rayo de luz de uno de los farolillos de colores

que había colgados por todo el jardín. Estaba sonriendo y retorciendo una flor roja entre los

dedos.

—No hay mucha carne —le decía Barlow, sonriendo también—. Lo que hay es mucha

variedad. Jane volvió a reír y le colocó a Barlow la flor en la solapa.

—Perdón.

Tanto Barlow como Jane se volvieron al escuchar el sonido de su voz. A Nate le pareció

que lo hacían con cierto sentimiento de culpa.

—Bien, Johnson, ¿te diviertes? —le preguntó Barlow, tras darle una fuerte palmada en el

hombro—. Te aseguro que uno se divierte más cuando da un paseo a la luz de la luna con una

mujer tan hermosa como Jane. Los jóvenes no se toman suficiente tiempo para el romance hoy en

día. Voy a ver si puedo encontrar una cerveza.

Para ser un hombre bastante corpulento, Barlow se movía con rapidez. Muy pronto, Jane

se encontró a solas con Nate.

—Debería ir a charlar con el resto de los invitados —dijo. Rápidamente, Nate le cortó el

paso.

—No has sentido la necesidad de hacerlo en toda la velada.

—He estado disfrutando de la compañía de W.W. Es un hombre muy agradable.

—Ya lo he notado. Hay que ser una mujer muy especial para poder saltar de un hombre a

otro sin problemas. Felicidades.

La sonrisa de Jane se transformó en confusión.

—Tal vez tenga más de sesenta años, pero supongo que dos mil o tres mil millones hacen

que los años desaparezcan, ¿no?

—Creo que deberías entrar y volver a salir otra vez. Creo así podría entender de qué estás

hablando.

—Me parece que he hablado lo suficientemente claro. Barlow es un hombre muy rico y

lleva viudo más de diez años. Evidentemente, sigue apreciando la compañía de una mujer joven

y atractiva.

Jane estuvo a punto de echarse a reír, pero entonces vio el desdén que se reflejaba en los ojos

de Nate. Comprendió que hablaba en serio. Se sintió insultada.

—Se podría decir que, efectivamente, sabe cómo tratar a una mujer. Ahora, si me

perdonas...

Nate la agarró por el brazo antes de que pudiera marcharse.

—No encuentro ninguna excusa para ti, pelirroja, pero eso no impide que siga deseándote

—dijo. Le hizo darse la vuelta hasta que estuvieron cara a cara—. No puedo decir que me

importe, pero ahí está. Te deseo y, pase lo que pase en esa calculadora cabecita tuya, pienso

tenerte.

—Vete al infierno, Johnson —le espetó. Tiró del brazo y se soltó de él—. No me importa

lo que desees ni lo que pienses de mí, pero, como siento demasiado aprecio por el señor Barlow

como para dejar que sigas pensando que es un estúpido senil, te voy a decir una cosa. Esta noche

hemos estado charlando, del modo en el que lo hace la gente en las reuniones sociales.

Descubrimos que nos llevamos muy bien. Yo no iba detrás de él ni él detrás de mí.

—¿Y qué me dices de esa frase que escuché cuando me acerqué a vosotros?

—¿Cómo dices? —preguntó ella. Tras dudar un instante, se echó a reír—. Era una frase

de una película, idiota. Una vieja película de Spencer Tracy y Katherine Hepburn. El señor

Barlow y yo somos admiradores suyos. Además, si él hubiera andado detrás

de mí, no es asunto

tuyo. Si quiero flirtear con él, es mi problema. Si quiero tener una aventura con él, o con

cualquier otro hombre, tú no tienes nada que decir al respecto. Tal vez prefiera esa clase de

atención que la tuya.

—Un momento...

—Eres tú el que me vas a escuchar —lo interrumpió ella, con los ojos llenos de ira—. No

tengo intención de tolerar esta clase de insultos ni de ti ni de nadie. Mantente alejado de mí,

Johnson, si quieres que esa cara tuya siga de una sola pieza.

Jane se marchó, dejando a Nate completamente atónito.

—Te lo merecías, Johnson —suspiró mientras se frotaba la nuca. Sabía lo que era meterse

en un agujero y estaba en uno muy profundo. También sabía que sólo había un modo de salir de

él.

5

Pensó en mandarle flores a Jane, pero, de algún modo, no le pareció que ella fuera el tipo de

mujer que se deshiciera al ver un ramo de rosas. Consideró también una disculpa sincera, tal y

como lo haría un amigo, pero no creyó que Jane lo considerara como tal. En cualquier caso, la

voz gélida de Jane podría congelar las palabras antes de que ella las oyera. Porque le dio lo único

que creía que ella aceptaría por el momento: Distancia.

Durante las dos semanas siguientes, trabajaron juntos, a menudo hombro con hombro. La

distancia que había entre ellos era tan grande como la que había entre el sol y la luna. Por

supuesto, tenían que hacerse consultas, pero Jane siempre se las arreglaba para que no

estuvieran a solas. Con una habilidad admirable, lo evitó siempre que pudo, y, como él entendía

su necesidad de un tiempo de distanciamiento, no hizo nada para cambiar la situación.

Realizó dos breves viajes, uno a las oficinas principales del bufete en Ford Lauderdale y

otro para resolver algunos problemas en un centro médico de San Diego. A su vuelta de cada uno

de sus viajes, se encontró que las aguas entre ellos seguían heladas.

Con el casco puesto y los ojos ocultos por las gafas de sol, observó cómo colocaban la cúpula

de cristal en su sitio. Se relajó un poco cuando comprobó que el cristal encajaba en la abertura

como un corcho en una botella.

—Un toque muy bonito. Un toque con mucha clase —dijo Barlow, con una sonrisa en los

labios.

—W.W, no sabía que estabas de vuelta en la ciudad.

—He venido para ver cómo va todo —comentó Barlow, mientras se secaba el rostro con

un pañuelo—. Espero que pongan en funcionamiento el sistema de refrigeración.

—Está programado para hoy.

—Muy bien. He de decir que cumples muy bien tu palabra —observó el anciano mientras

miraba a su alrededor con un gesto de satisfacción en el rostro—. Admito que a veces lo he

pasado mal cuando sólo veía el proyecto en los planos, pero mi hijo vio algo en todo esto y me

dejé llevar por su buen juicio. Ahora, puedo decir que tenía razón. Has construido algo muy

importante aquí, Nate. No todos los hombres pueden echar la vista atrás y decir lo mismo.

—Te lo agradezco.

—Quiero que me muestres el resto —requirió, tras darle una palmada en la espalda—.

Mientras tanto, ¿hay algún lugar en el que un hombre pueda tomarse una

aquí?

—Creo que podremos solucionarlo.

Nate lo condujo hacia una nevera que había en el exterior y sacó dos latas. Barlow dio un

largo trago y suspiró.

—En mi próximo cumpleaños, cumpliré los sesenta y cinco y te aseguro que no hay nada

como una cerveza fría en una tarde calurosa como ésta —dijo Barlow. Miró hacia el balneario y

vio a Jane—. Bueno, tal vez una cosa —añadió. Con una risotada, se sentó en la nevera y se

aflojó el cuello de la camisa—. Me gusta considerarme como un estudioso de la naturaleza

humana. Supongo que he ganado así la mayor parte de mi dinero.

—Mmm... —respondió Nate, de modo ausente. Él también había visto a Jane.

—Me parece que eres un hombre que tiene en la mente algo más que acero y cristal. Tiene

algo que ver con una ingeniera de piernas largas piernas, ¿no?

—Podría ser —comentó Nate. Sacó su cajetilla de cigarrillos. Le ofreció a

Barlow uno,

pero éste lo rechazó.

—Tuve que dejarlo. Los malditos médicos no hacían más que ordenármelo. Me gusta

mucho esa chica —añadió, volviendo a centrarse en el tema de Jane—. Por supuesto, a la

mayoría de los hombres les gusta el atractivo físico, pero esa mujer tiene , además, inteligencia y

agallas. Creo que en mi juventud podría haberme asustado. Me pareció que los dos tuvisteis una

discusión en la fiesta que organizó Tim Thornway en su casa.

—Podríamos llamarlo así —admitió Nate, tras dar un sorbo a la cerveza—. Estaba celoso

de ti.

—¿Celoso? —preguntó Barlow muy sorprendido. Entonces, soltó una carcajada—. Me

acabas de quitar veinte años de encima, muchacho. Tengo que darte las gracias. Imagínate un

tipo tan guapo como tú, celoso de un viejo como yo. Un viejo muy rico —añadió—. Vaya,

vaya... Supongo que la dama en cuestión no se lo tomó muy bien.

—La dama en cuestión estuvo a punto de saltarme los dientes de un puñetazo.

—Ya te he dicho que tenía agallas. En realidad, la tenía en mente para mi hijo —comentó.

Al ver la mirada de Nate, se echó a reír de nuevo—. No me hagas reír otra vez, muchacho.

Un viejo como yo sólo puede recibir ciertas dosis de excitación diarias. Además, decidí lo

contrario cuando vi el modo en que te miraba.

—Eso lo simplifica todo.

—Al menos entre tú y yo. De otro modo, yo diría que estás hundido hasta la cintura en

arenas movedizas.

—Creo que es una observación muy exacta —comentó Nate, tras tirar la lata en el cubo de

la basura—. ¿Alguna sugerencia? Mi padre siempre recurría a las flores.

—No estaría mal —respondió Barlow mientras se ponía de pie—, como tampoco en que te

arrastraras un poco —añadió. Al ver la expresión de Nate, se echó a reír de nuevo—. Aún eres

demasiado joven para eso, pero aprenderás. Seguro que aprenderás —concluyó, dándole a Nate

una fuerte palmada en la espalda.

No estaba dispuesto a arrastrarse. Ni hablar. Sin embargo, le pareció que había llegado el

momento de probar con las flores. Si una mujer no había olvidado un enfado en dos semanas, no

lo iba a olvidar nunca... al menos sin un poco de ayuda.

En cualquier caso, Nate sabía que le debía una disculpa. Sonrió mientras se cambiaba de

mano los lirios tigre. Desde que se conocieron, parecía que no habían hecho otra cosa que

disculparse. ¿Por qué acabar con la costumbre?

Se detuvo delante de la puerta de su casa. Si no aceptaba sus excusas en aquel momento,

seguiría intentándolo y volviéndola loca hasta que lo hiciera.

Además, la había echado mucho de menos. Era tan sencillo como eso. Había echado de

menos hablar con ella sobre el proyecto, escuchar su risa y el modo fuerte y desinhibido en el que

lo había tomado entre sus brazos.

Miró las flores que tenía en la mano. Aquellos lirios eran una razón muy frágil, pero eran

mejor que nada. Aunque se los tirara a la cara, el gesto supondría un cambio en la tensa cortesía

que parecía reinar entre ellos desde la velada en casa de Tim. Llamó a la puerta y se preguntó

qué iba a decirle para que ella no la cerrara de un portazo al verlo.

No fue Jane quien abrió, sino la rubia de las fotografías. Era una mujer menuda, de

mejillas rosadas y de unos cuarenta años. Se parecía mucho a Jane. Nate sonrió.

—Hola —dijo la mujer, ofreciéndole la mano y una sonrisa—. Soy Jessie

Peters.

—Nate Johnson. Soy... un compañero de trabajo de Jane.

—Entiendo —respondió ella. Lo miró de arriba abajo y pareció darle su aprobación—.

Entra.

Me gusta mucho poder conocer a los... compañeros de trabajo de Jane. ¿Te apetece tomar

algo? Jane se está dando una ducha.

—Claro. Algo frío, si tiene.

—Acabo de hacer limonada. Siéntete como en tu casa —dijo, al tiempo que desaparecía en

el interior de la cocina—. ¿Te estaba esperando Jane?

—No —admitió él. Miró a su alrededor y notó que el apartamento estaba mucho más

ordenado que en su visita anterior.

—Entonces, se trata de una sorpresa. A mí me encantan las sorpresas — comentó, al

reaparecer con dos vasos de limonada muy fría—. ¿Eres también ingeniera?

—No. Soy arquitecto.

Jessie se detuvo un instante. Entonces, esbozó una ligera sonrisa.

—El arquitecto —murmuró. Le hizo a Nate un gesto para que se sentara—. Creo que

Jane ha hablado de ti.

Estoy seguro de ello —afirmó Nate. Colocó las flores sobre la mesa.

—Sin embargo, no mencionó que fueras tan atractivo —comentó Jessie, tomando asiento

también—, aunque es típico de ella reservarse esa clase de detalles. ¿Eres del este?

—Así es. De Florida.

—Cuando pienso en el este lo asocio con Disneyworld no con Florida.

En aquel momento, Jane salió del dormitorio. Llevaba puestos unos pantalones blancos

muy anchos y una enorme camiseta con un par de sandalias. Aún tenía el cabello mojado y

rizado de la ducha.

—Tienes compañía —anunció Jessie mientras se ponía de pie y recogía las flores—. Te ha

traído un regalo.

—Ya veo —dijo Jane. Se metió las manos en los amplios bolsillos de los pantalones.

Con una deslumbrante sonrisa en los labios, Jessie enterró el rostro entre los lirios.

—¿Te parece que las ponga en agua, cielo? —preguntó—. Tendrás un jarrón, ¿verdad?

—Tiene que haber uno en alguna parte.

—Por supuesto.

Jane esperó hasta que Jessie desapareció en la cocina para buscar el jarrón.

Cuando habló,

lo hizo en voz muy baja.

—¿Qué es lo que quieres?

—Verte.

—En ese caso, ya lo has hecho. Ahora, si me perdonas, estoy muy ocupada esta tarde.

—Y disculparme.

Jane dudó. Entonces, respiró profundamente. Ella había ido una vez a verlo para

disculparse y él la había aceptado. Si había algo que comprendía muy bien era lo difícil que era

intentar tender un puente cuando éste ha sido demolido.

—No importa —dijo. Consiguió esbozar lo que esperaba que fuera una sonrisa casual—.

Olvidémoslo.

—¿No te gustaría que te diera una explicación?

—Creo que no. Sería mejor que...

—He encontrado uno —anunció Jessie. Regresó al salón con una botella vacía de leche en

las manos—. Más o menos. En realidad, creo que quedarán preciosas aquí, ¿no os parece?

—añadió. Colocó el jarrón en el centro de la mesita de café y dio un paso atrás para

admirar las flores—. No te olvides de cambiarles el agua, Jane. Tampoco estaría de más que

levantaras el jarrón cuando limpies el polvo.

—Mamá...

—¿Es usted su madre? —preguntó Nate, atónito. Sus palabras hicieron que Jessie

esbozara una sonrisa.

—Ése es el mejor cumplido que he escuchado en todo el día —dijo Jessie—. Si no la

quisiera tanto, lo negaría —añadió. Se puso de puntillas y depositó un beso sobre la mejilla de

Jane—. Que tengáis una tarde muy agradable. No te olvides de llamarme, hija.

—Pero si acabas de llegar.

—Tengo un millón de cosas que hacer —afirmó Jessie. Entonces, ofreció la mano a Nate

—.

Encantada de haberte conocido.

—Espero volver a verla, señora Peters.

—Llámame Jessie —repuso ella, con una sonrisa—. Insisto en que todos los hombres

guapos me llamen Jessie. Buenas noches, cielo. Por cierto, te queda muy poco detergente para el

lavavajillas.

Jane dejó escapar un suspiro cuando la puerta se cerró.

—¿Estás segura de que es tu madre?

*—La mayor parte del tiempo —respondió Jane, mientras se peinaba el
cabello con los*

dedos—. Mira, Nate. Te agradezco mucho que hayas venido a disculparte...

—¿Significa eso que aceptas mis excusas?

*—No quiero ser grosera. Creo que ya hemos utilizado todas nuestras
reservas de mala*

*educación este año, pero simplificaría las cosas serían más sencillas si
ciñéramos nuestra relación*

al horario de trabajo.

*—Yo nunca dije que quisiera que las cosas fueran simples —afirmó Nate.
Dio un paso al*

*frente. Ella lo miró con cautela mientras él jugueteaba con las puntas de su
cabello—. Si es eso*

lo que tú quieres, bien. Te miro y te deseo. No se puede simplificar más.

*—Para ti... Mira, no quiero entrar en explicaciones, pero cuando te dije que
no estaba*

*preparada estaba siendo completamente sincera. A eso hay que añadir el
hecho de que no nos*

llevamos muy bien. Apenas nos conocemos. No nos comprendemos.

—Muy bien. En ese caso, conozcámonos.

—Estás simplificando el tema.

—¿No es eso lo que has dicho que querías?

Jane se sintió atrapada, por lo que se dio la vuelta y fue a sentarse.

—Nate, ya te he dicho que tengo mis razones para no querer empezar una relación ni

contigo ni con nadie.

—Muy bien, Wilson. ¿Por qué no miramos este asunto desde un punto de vista lógico? Los

ingenieros sois personas muy lógicas, ¿no? —dijo él, sentándose enfrente de ella.

—Así es.

—Todavía tenemos que trabajar juntos durante unos cuantos meses. Si hay tensión entre

dos personas, no trabajan bien. Si seguimos así, tal y como hemos estado las dos últimas

semanas, el proyecto va a sufrir las consecuencias.

—Tienes razón, pero te aseguro que no me voy a meter contigo en la cama sólo para aliviar

la tensión.

—Y yo que creía que eras una profesional dedicada... —observó él. Se reclinó sobre el

asiento y la miró fijamente—. Bueno, si eso está descartado...

—Por supuesto.

—¿Qué te parece si nos tomamos una pizza y vamos a ver una película?

—¿Nada más? preguntó ella, tras pensárselo durante unos instantes.

—Eso depende.

En este caso no. Prefiero saberlo con seguridad. Si accedemos a conocernos, a tratar de

desarrollar una relación profesional y personal, tengo que saber que la relación personal

permanecerá en un cierto nivel. Eso significa que tendremos que poner ciertas reglas.

—¿Crees que debo anotarlas? —preguntó él, con cierto sarcasmo.

—Si quieres... —replicó ella—, pero creo que podremos conseguir que todo sea muy simple

—. Nos podemos ver como amigos y compañeros de trabajo. No habrá connotaciones

románticas.

—Define eso de “connotaciones románticas”.

—Creo que ya sabes a lo que me refiero, Johnson. Tienes razón en lo de que una mala

relación personal podría afectar nuestro trabajo. La comprensión y el respeto sólo pueden

conducir a una mejor comunicación.

—Deberías anotar eso para la próxima reunión del personal. Muy bien —afirmó, antes de

que Jane pudiera protestar—. Probaremos como tú dices. Compañeros —añadió. Se inclinó

hacia delante y le ofreció a ella la mano. Cuando Jane se la estrechó, sonrió —. Supongo que me

tendré que llevar las flores.

—Oh, no. Me las diste antes de que fijáramos las reglas —replicó ella. Se levantó. Se

sentía muy orgullosa de sí misma—. Yo pagaré la pizza y tú las entradas de la película.

Iba a funcionar. Durante los días siguientes, Jane se felicitó por haber cambiado una

situación bastante complicada por un arreglo bastante más conveniente. Inevitablemente, había

veces en las que chocaban durante el horario de trabajo. Cuando se veían después de la jornada

laboral, lo hacían como amigos para disfrutar de una cena o de un espectáculo. Si a ella le

apetecía algo más después de haber dejado a Nate en su hotel o de que él la hubiera llevado a su

apartamento, ahogaba aquella necesidad.

Poco a poco, fue aprendiendo mucho más sobre él, sobre la granja en la que había crecido y

sobre lo que le había costado terminar sus estudios. Nate no habló de las dificultades económicas

ni de las duras jornadas de trabajo que había tenido que hacer, pero, a medida que se iban

conociendo, Jane supo leer entre líneas.

Todo ello cambió su punto de vista sobre él. Siempre pensó que era un socio mimado y

privilegiado del estudio de arquitectura. Nunca se había parado a pensar si, al igual que ella,

había tenido que trabajar duro para llegar a donde estaba. Admiraba la ambición cuando estaba

unida al empuje y al trabajo duro.

Ella no fue tan detallista sobre su vida privada. No le importaba hablar de los años que

llevaba trabajando para Thornway y la admiración que sentía hacia el hombre que le había dado

su oportunidad. Sin embargo, no le contó nada sobre su familia o su infancia. Aunque Nate se

percató de aquella barrera, no hizo intento alguno por derribarla. Lo que estaba creciendo entre

ellos era muy frágil todavía y no tenía intención de tentar su suerte hasta que los cimientos

fueran un poco más firmes.

Si Jane estaba encantada con aquella situación, Nate cada vez estaba más frustrado.

Quería tocarla, pero sabía que, si lo hacía, el delicado hilo que se estaba tejiendo entre ellos

se rompería. Una y otra vez se dijo que lo terminaría todo, que daría por acabados aquellos

platónicos encuentros, pero no podía. Verla, pasar tiempo con ella, se había convertido en un

hábito demasiado arraigado. No obstante, estaba empezando a pensar que quien dijo que era

mejor media barra de pan que nada, era evidente que no había pasado hambre.

Con las manos en las caderas, Jane observaba cómo los mecánicos trabajaban en el

mecanismo del tejado móvil sobre la piscina. La estructura estaba terminada y el cristal se

instalaría a finales de la semana siguiente. El sol caía a plomo sobre el cemento.

—¡Cielo!

—¿Mamá? —preguntó Jane, muy sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hablas tanto de este lugar que pensé que ya era hora de que viniera a verlo con mis

propios ojos —respondió, mientras se colocaba el casco en un ángulo más favorecedor—. He

hablado con el señor Blackerman para que me dé un poco más de tiempo a la hora de almorzar

—añadió, mientras entrelazaba el brazo con el de su hija—. Jane, este lugar es maravilloso.

Absolutamente fabuloso. Por supuesto, no sé nada de estas cosas y esas casitas de allí me

parecen más bien chabolas sobre montones de tierra.

—Son las cabañas.

—Lo que sea. Sin embargo, ese gran edificio que vi cuando entré es

increíble. Parece un

castillo del siglo xxiv. No había visto nada parecido antes. Es tan atractivo, tan majestuoso...

Justo como había pensado siempre en el desierto.

—¿De verdad? —preguntó Jane, muy sorprendida.

—Sí. Te aseguro que cuando lo vi casi no podía creer que mi hija formara parte de algo

tan... grandioso —comentó, mientras observaba la piscina vacía, que, en aquellos momentos,

estaba siendo decorada con pequeños azulejos de mosaico—. ¡Vaya! Tiene forma de media luna.

¡Qué bonito! Todo aquí está formado por curvas y arcos, ¿verdad? Así resulta más relajante, ¿no

te parece? El efecto adecuado para un complejo turístico.

—Supongo que sí —murmuró Jane. No quería admitir que hasta ella misma estaba

empezando a ver el atractivo.

—¿Qué va allí arriba?

—Es una cubierta de cristal movable. Estará algo tintada para que filtre los rayos del sol.

Cuando esté abierta, los dos paneles se separarán y se deslizarán en las paredes.

—Maravilloso. Me encantaría ver todo esto cuando esté terminado. ¿Tienes tiempo para

mostrármelo todo o me doy una vuelta yo sola?

—En estos momentos no me puedo marchar. Si puedes...

—Oh, mira, ahí está tu arquitecto —dijo Jessie, estirándose la falda automáticamente. Ya

se había fijado en el hombre más bajo y corpulento que estaba al lado de Nate—. ¿Quién es ese

caballero tan distinguido que acompaña a tu enamorado?

—No es mi enamorado —replicó ella—. Ni tengo ni quiero un enamorado.

—Por eso me preocupas tanto, cielo.

—Te recuerdo que Nate Johnson es sólo un compañero de trabajo para mí.

—Lo que tú digas, tesoro, pero ¿quién es ése que está con él?

—Es el señor Barlow. Todo esto es suyo.

—¿De verdad? —preguntó Jessie. Ya había empezado a sonreír a Nate. Al ver que él se

acercaba, le extendió las dos manos—. Hola otra vez. Le estaba diciendo a Jane lo mucho que

me gusta tu diseño. Estoy segura de que éste va a ser el complejo turístico más hermoso de todo

el estado.

—Gracias. Éste es William Barlow. Ésta es la madre de Jane, Jessie Peters.

—¿Su madre? ¡Vaya! No sabía que Jane sólo tenía dieciséis años bromeó Barlow.

Jessie lanzó una carcajada.

—Espero que no le importe que haya venido, señor Barlow. Me moría por ver el lugar en el

que Jane trabaja tan duramente. Ahora que lo he visto, estoy convencida de que merece la pena.

—Estamos muy contentos con el trabajo de Jane. Usted puede estar muy orgullosa de ella.

—Siempre lo he estado —comentó Jessie, sin dejar de pestañear—. Dígame, señor Barlow,

¿cómo se le ocurrió poner aquí un complejo turístico, y tan hermoso también?

—Es una larga historia.

—Oh —dijo Jessie. Entonces, miró a Jane muy apenada—. Bueno, sé que estoy

interrumpiendo a todo el mundo en su trabajo. Había esperado que mi hija pudiera enseñarme

todo esto, pero veo que tendré que esperar.

—Tal vez me permita que se lo muestre yo.

—Me encantaría —repuso Jessie. Entrelazó el brazo con el de Barlow—, aunque no

quiero molestar.

—Tonterías —replicó Barlow—. Todo se queda en manos muy capaces mientras nosotros

damos un paseo.

Los dos se marcharon, no sin que antes Jessie sonriera a Jane por encima del hombro.

—Ya estamos otra vez —musitó Jane.

—¿Cómo dices?

—Nada —contestó ella. Se metió las manos en los bolsillos y se volvió para mirar a los

hombres. Siempre le había molestado ver a su madre en acción—. Deberíamos tener el cableado y

los soportes listos para cuando termine la jornada.

—Bien. Ahora, ¿quieres decirme lo que te está molestando?

—Nada. Simplemente hemos tenido algunos problemas con el ángulo — comentó ella, para

disimular.

—Ya los has solucionado.

—Con un gasto económico y temporal considerable.

Iban a discutir. Como lo sabía, Nate se frotó el puente de la nariz entre los dedos.

—¿No te cansas nunca de cantar la misma canción?

—Con un ligero cambio en los grados de...

—Habría cambiado el aspecto que tiene y las sensaciones que transmite.

—Ni siquiera una mosca pegada al cristal se habría dado cuenta de los cambios que yo

quería.

—Yo lo habría notado.

—Tú eres un testarudo.

—No. Tengo razón.

—Obstinado. Igual que te mostraste muy obstinado cuando insististe en que teníamos que

utilizar hojas de cristal sólido de gran tamaño en vez de las de menor tamaño.

Sin decir ni una sola palabra, Nate la agarró del brazo y la apartó de allí.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Cállate.

Prácticamente arrastrando los talones, la hizo bajar a la piscina vacía. Los obreros los

miraron y sonrieron. Entonces, Nate tomó el rostro de ella entre las manos y la hizo mirar hacia

arriba.

—¿Qué es lo que ves?

—El cielo, maldita sea. Si no me sueltas, tú vas a ver las estrellas.

—Eso es. El cielo. Eso es lo que quiero que veas. Tanto si la cubierta está cerrada como si

no. No quiero que veas cristal, ni ventanas ni cubierta, sino sólo cielo. Mi trabajo es imaginar,

Wilson, y el tuyo hacer que lo que yo imagino sea realidad.

Jane se zafó de él.

—Déjame que te diga algo, listillo. No todo lo que se imagina se puede hacer

realidad. Tal

vez no sea eso lo que les guste escuchar a la gente como tú, pero así es.

—¿Sabes cuál es tu problema, pelirroja? Te cuesta demasiado soñar. Estás demasiado

encorsetada por columnas y cálculos. En tu cabeza, dos y dos siempre son cuatro, aunque la vida

podiera ser mucho mejor si, de vez en cuando, dos y dos fueran cinco.

—¿Sabes lo estúpido que suena lo que acabas de decir?

—Sí. ¿Por qué no te tomas un poco de tiempo para preguntarte por qué no, en vez de

asumir siempre lo negativo?

—Yo no asumo nada. Sólo creo en la realidad.

—Esto es la realidad. La madera, el cristal, el acero, el sudor... Esto es realidad y, maldita

sea, esto también.

Le cubrió la boca con la suya antes de que ninguno de los dos tuviera oportunidad de

pensar. Los trabajadores que había a su alrededor se detuvieron durante unos segundos, pero

ninguno se dio cuenta. A ninguno le importó. Jane descubrió que, aunque la piscina estaba

vacía, estaba totalmente sumergida en ella.

Comprendió que aquello era precisamente lo que había deseado. No podía negarlo cuando

sentía los cálidos labios de Nate sobre los suyos. Le agarró con fuerza la camisa, pero no para

protestar sino para poseer. Lo estrechó con fuerza contra sí cuando la espiral del deseo se desató

dentro de ella muy rápida y genuinamente.

Nate no había pensado tocarla así, adueñándose de lo que acababa de poseer para

convencerse de que ella se entregaría en su momento. Siempre había sido una persona paciente,

era parte su naturaleza.

Tal vez si la respuesta de Jane no hubiera sido tan completa, si no hubiera saboreado el

deseo en sus labios, podría haberse apartado de su lado. Sin embargo, como Jane, se sentía

completamente inmerso en la situación. Por primera vez en su vida deseaba llevarse a una mujer

como si fuera un caballero sobre un corcel blanco. Deseaba tumbarla sobre el suelo y poseerla

como un guerrero primitivo que recoge el botín de su victoria. Como un poeta, ansiaba prender

las velas y dejar fluir la música. Más que nada, deseaba a Jane.

Cuando se apartó de ella, Jane se había quedado completamente sin habla. La había besado

antes y había logrado despertar su pasión, pero esta vez había habido algo diferente, más

profundo y desesperado. Durante un momento, ella sólo pudo permanecer allí de pie, mirándolo,

perdida en el conocimiento de que una mujer podía enamorarse en cualquier parte, en cualquier

momento, aun cuando hubiera levantado barricadas alrededor de su corazón para protegerlo.

—¿Es eso lo suficientemente real para ti? —murmuró Nate.

Jane sólo pudo sacudir la cabeza cuando el zumbido que sentía en el cerebro se aclaró y se

separó en sonidos diferentes. El golpeteo de los taladros, el murmullo de los hombres... Las

mejillas se le ruborizaron rápidamente debido a una mezcla de furia, vergüenza y auto

recriminación.

—¿Cómo te atreves a hacer algo así aquí?

Nate se enganchó los pulgares en los bolsillos del pantalón.

—¿Tienes en mente algún otro lugar?

—Mantente alejado de mí, Johnson —le espetó ella—, o tendrás que enfrentarte a los

cargos de acoso sexual.

—Los dos sabemos que lo que ha ocurrido aquí no tiene nada que ver con el acoso sexual ni

de ninguna otra clase. Es algo mucho más personal, pelirroja, y el hecho de que yo mantenga las

distancias no va a hacer que desaparezca.

—Muy bien —dijo ella, acercándose un poco más a él al darse cuenta de que la discusión

interesaba a los hombres casi tanto como el beso—. Si es personal, que siga siendo así.

Fuera del horario de trabajo, Johnson. En este momento, estoy utilizando el tiempo por el

que me paga Thornway y no tengo ninguna intención de desperdiciarlo discutiendo contigo.

—Bien.

—Bien —repitió ella. Entonces, empezó a subir por la escalerilla y salió de la piscina.

Nate observó cómo Jane salía del edificio. Muy pronto, los dos no estarían limitados por el

reloj de la empresa.

6

Eran casi las cinco cuando Jane se detuvo al lado del tráiler para echarse un poco de agua

fría sobre el rostro. Después de la escena que había protagonizado con Nate, parecía que todo lo

que podía ir mal lo había hecho. Algunos de los ascensores habían resultado defectuosos y había

habido otra pelea entre Rodríguez y Swaggart. A uno de los carpinteros se le había metido una

astilla en el ojo y Tim se había pasado por la obra para quejarse del presupuesto.

Mientras se secaba el rostro con la toalla, Jane pensó que todo había comenzado con la

visita de su madre. No era justo echarle la culpa a Jessie, pero, sin importar dónde ni cuándo, era

la clase de mujer que arrastraba complicaciones y que luego esperaba que los demás se ocuparan

de ella.

Tal vez no estaba bien lamentarse de que su madre y Barlow se hubieran caído tan bien,

pero la historia parecía tener la costumbre de repetirse continuamente. Lo último que Jane

quería era la posibilidad de un romance entre el dueño del proyecto y su madre.

Recogió un montón de expedientes para llevárselos a casa y decidió que era mejor

preocuparse por su madre. Era mucho mejor pensar en la variada y colorida vida amorosa de

Jessie que en la suya propia.

Se recordó que no tenía vida amorosa. Ni la quería. Sus planes, tanto profesionales como

personales, estaban ya completamente organizados. No iba a dejar que un arquitecto de Florida

se los estropeará.

¿En qué diablos estaba pensando él?

En cuanto aquel pensamiento se le pasó por la cabeza, hizo un gesto de tristeza y abrió la

puerta de una patada. Sabía muy bien lo que Nate había estado pensando, porque ella había

estado pensando exactamente en lo mismo. Cohetes explotando, volcanes en erupción, tornados

girando en el cielo... Resultaba difícil pensar en nada que no fuera poder y caos cuando estaba

en brazos de Nate.

¿Le ocurriría eso también a él? ¿Perdería parte de sí mismo cuando los dos estaban juntos?

¿Se desvanecería todo y todos como si no tuviera ninguna importancia?

“Por supuesto que no”. Cerró la puerta del tráiler y apoyó la frente contra un lateral. Nate

sólo era otro hombre guapo con una lengua y unas manos hábiles. El mundo estaba lleno de

ellos. Dios sabía que su madre había convertido en ciencia la búsqueda y el descubrimiento de

estos hombres.

Una vez más, Jane pensó que no era justa. La vida de su madre sólo le pertenecía a ella.

Mientras se dirigía al coche con los expedientes, admitió que tampoco era justo para Nate.

Él había iniciado el beso, pero ella no había hecho nada para detenerlo. Eso hacía que su propio

comportamiento fuera tan escandaloso y poco profesional como el de él.

Sí. Debería haberlo parado. Se había preguntado una docena de veces por qué no lo había

hecho. No había sido la sorpresa ni la lujuria, aunque hubiera preferido echarle la culpa a alguna

de las dos cosas. Había sido... Durante un instante había sido como si algo maravilloso y

completamente inesperado hubiera ocurrido. Había habido mucho más que necesidad, mucho más

que pasión, mucho más que deseo.

Había habido una explosión en la que algo parecía haberse soltado dentro de ella. Había

estado a punto de creer que se había enamorado.

Por supuesto, aquello era una tontería. Se metió la mano en el bolsillo para

sacar las llaves

del coche. Era demasiado equilibrada para volver a hacerlo. Sin embargo, fuera una o no

tontería, la idea le estaba haciendo vivir algunos momentos malos.

Decidió que no pensaría al respecto. Tenía otros muchos problemas en los que pensar y

algunos estaban en los expedientes que llevaba en las manos. Con esfuerzo y concentración,

podía realizar cálculos, resolver ecuaciones y encontrar soluciones. Hacer lo mismo con Nate

estaba más allá de su capacidad, por lo que se olvidaría de ello y se ahorraría el dolor de cabeza.

Al escuchar el motor de un coche giró la cabeza. Vivió otro mal momento cuando reconoció

el deportivo que Nate había alquilado. Se detuvo a su lado justo cuando ella abría la puerta de

su propio automóvil.

Nate había estado pensando mucho aquella tarde y había tomado sus propias decisiones.

Antes de que entrara en su coche, él salió y la agarró del brazo.

—Vamos.

—Estaba a punto de hacerlo.

—Iremos en mi coche.

—Vete en el tuyo.

Nate le quitó las llaves y los expedientes. Se metió las primeras en el bolsillo y colocó los

segundos en el asiento trasero del descapotable.

—Entra.

—¿Qué es lo que crees que estás haciendo? Si crees que voy a ir contigo a alguna parte,

necesitas que te operen del cerebro.

—Siempre lo hacemos del modo más difícil, ¿verdad? —dijo él. Entonces, la tomó en

brazos.

—Estás loco.

Estuvo a punto de darle un codazo en las costillas antes de que él la dejara en el asiento del

copiloto. Completamente furiosa, trató de abrir la puerta, pero él se lo impidió. Entonces, se

inclinó sobre ella y le dijo con voz muy suave:

—Si sales de este coche haré que te arrepientas, Wilson.

—Dame las llaves.

—Ni hablar.

—Muy bien. En ese caso, iré andando hasta la carretera y haré autostop.

—No te hace falta porque ya tienes quien te lleve.

Cuando Nate se dispuso a ir hacia su puerta, Jane abrió la suya y se dispuso a descender.

Acababa de poner los pies en el suelo cuando él la obligó de nuevo a entrar en el

descapotable.

—No me das miedo, Johnson.

—Debería dártelo. Ya se ha terminado la jornada laboral y tenemos asuntos propios, Jane

—le dijo. Con un fluido movimiento, le colocó el cinturón de seguridad—. Yo me lo dejaría

puesto. El paseo podría tener bastantes baches.

Cuando ella consiguió desabrochárselo, Nate ya se había colocado tras el volante. Sin decir

ni una palabra, volvió a ajustarle el cinturón e hizo avanzar el coche a toda velocidad por la

carretera.

—¿Qué estás tratando de demostrar?

—Todavía no estoy seguro —respondió, mientras se dirigían hacia la carretera principal

—, pero vamos a ir a un lugar tranquilo hasta que lo averigüe. Tal y como yo lo veo, nuestro

primer plan no ha funcionado, por lo que tendremos que volver a la pizarra para diseñar otro.

El lugar tranquilo al que él se había referido resultó ser su hotel. La reacción de Jane fue

salir del coche con un portazo y echar a correr por el aparcamiento. Nate la atrapó y se la echó

encima del hombro. Los insultos que ella le dedicó los siguieron como una estela hasta que

llegaron a la suite de Nate.

Él abrió la puerta y la cerró cuando los dos estuvieron en el interior. Antes de soltar a Jane

sobre una silla, tomó la precaución de echar el pestillo.

—¿Te apetece algo de beber? —le preguntó. Ella se limitó a responderle con una mirada de

desprecio—. Pues a mí sí —añadió. Se dirigió al bar y abrió una botella de vino—. Esta vez

tomaremos un Chardonnay. Te gustará.

—¿Sabes lo que me gustaría? —replicó ella mientras se levantaba muy lentamente de la

silla—. Verte colgado de los pulgares sobre una fogata. Una fogata enorme, Johnson, y un poco

de brisa para que se llevara el humo y que éste no te hiciera perder el conocimiento —

concluyó, al llegar al bar.

—¿Por qué no pruebas el vino en vez de todo eso? —le sugirió él. Jane agarró rápidamente

una copa, pero él fue más rápido. Le cubrió los dedos con los suyos—. Pelirroja, si me lo echas

por la cabeza, me voy a enfadar mucho.

Jane se zafó de él y, tras levantar la copa, la vació de un solo trago.

—Gracias por la invitación —dijo. Entonces, se dirigió hacia la puerta. Nate llegó antes

de que ella pudiera abrirla.

—Así nunca aprenderás a apreciar el buen vino —afirmó él. La agarró y la volvió a sentar

sobre la silla—. No te muevas más. Podemos hablar de esto o puedo dejarme llevar por mis

instintos más primitivos. Depende de ti.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Muy bien.

La levantó de la silla con la misma celeridad con que la había sentado en ella. Jane

consiguió emitir un gemido de protesta antes de que él la tomara entre sus brazos. La besó como

si tuviera la intención de seguir besándola durante toda la eternidad. Le enredó una mano en el

cabello mientras que la otra vagaba con toda libertad. Acariciaba el cuerpo de Jane

posesivamente, descubriendo así su esbeltez, su suavidad... Nunca antes la había tocado de

aquella manera y el resultado los dejó atónitos a ambos.

Jane estaba tan viva... Nate sentía el pulso de la joven latiéndole en las yemas de los dedos.

Una energía acicateada por la pasión atravesó todo el cuerpo de ella, dejándolo a él atónito y

desesperado. No había ninguna otra mujer que pudiera provocar aquella combinación de

necesidades y sensaciones dentro de él. Nadie lo había hecho sentirse nunca de aquella manera.

Jane se sentía aterrorizada y encantada a la vez. Resultaba fácil, casi demasiado, olvidarse de

las reglas que había creado para su relación. En aquellos momentos, su cuerpo estaba

experimentando docenas de sensaciones donde él la tocaba. Con un murmullo de confuso placer,

se inclinó sobre él y le ofreció más.

A sus espaldas, el teléfono empezó a sonar. No le prestaron ninguna atención, se limitaron

sólo a escuchar los latidos de sus corazones.

Nate se apartó brevemente de ella para enterrar el rostro en el cabello de Jane y recuperar el

aliento. Aquello también le ocurría por primera vez. Ninguna mujer lo había dejado nunca sin

aliento. Le miró el rostro. Tenía los ojos grandes, casi verdosos. Decidió que parecía tan

asombrada como él. Si se dejaban llevar por los impulsos, los débiles cimientos sobre los que se

asentaban terminarían por derrumbarse.

—Es mejor que hablemos.

—Muy bien —dijo ella. Tomó asiento en una silla.

Nate regresó al bar y le sirvió un poco más de vino en la copa. A continuación, se la

entregó, tomó la suya y se sentó frente a ella. Estuvieron mirándose unos segundos sin

intercambiar palabra. Fue Jane quien rompió el silencio.

—Querías hablar.

—Sí. De eso se trataba —admitió él, con una sonrisa. Al menos, sirvió para aliviar parte

de la tensión.

—No me gusta que me traigas aquí de esta manera.

—¿Habrías venido si te lo hubiera pedido?

—No, pero eso no te da derecho a convertirte en un hombre de las cavernas y traerme aquí

prácticamente a rastras por el pelo.

—Te aseguro que no es mi estilo. ¿Quieres que me disculpe?

—Creo que ya nos hemos disculpado con bastante frecuencia. Querías hablar. Bien. Dado

que ya estoy aquí, habla.

—Está bien. Creo que es justo decir que los planes que tan cuidadosamente habíamos

trazado para mantener nuestra relación en un plano impersonal han fracasado.

—Tienes razón —admitió Jane, mirando el vino que tenía en la copa con gesto pensativo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Parece que eres tú el que tiene todas las respuestas —replicó ella, tras levantar de nuevo

la mirada.

—Jane... A ti te gustaría mantener las cosas muy sencillas —dijo Nate, tras tomar un

sorbo de vino.

—Así es. No creo que ninguno de los dos tengamos tiempo para complicaciones en este

momento de nuestras vidas.

Complicaciones. Nate estuvo a punto de levantarse de la silla y tomarla de nuevo entre sus

brazos para demostrarle lo complicadas que estaban ya las cosas.

Presentaba un aspecto tan

compuesto...

—En ese caso, nos centraremos en los hechos. Número uno, te deseo.

Número dos, tú

también me deseas a mí. Ahora, si combinamos esos dos factores y añadimos la información de

que no somos unos niños, sino adultos responsables lo suficientemente inteligentes como para

abordar intelectual y emocionalmente una relación, creo que deberíamos encontrar una respuesta

muy sencilla.

Jane no quería ser ninguna intelectual. Le había bastado relato que Nate había hecho de la

situación para darse cuenta de que sólo deseaba abrir los brazos y el corazón para acogerlo

dentro. Al diablo con los hechos, los planes y las respuestas sencillas.

Aquello sería lo que diría su madre. Se dijo que, lo que funcionaba para Jessie, seguramente

no iba funcionar para ella. Tomó un sorbo de vino y miró a Nate por encima del borde de la

copa. Parecía tan relajado, tan a gusto... No era capaz de ver la tensión que le hacía vibrar los

músculos. Jane sólo veía la ligera sonrisa que se le dibujaba en los ojos y el modo tan relajado en

el que estaba tumbado en la silla.

—¿Quieres que te lo vuelva a repetir, pelirroja?

—No. Te daré una respuesta muy sencilla. Tenemos una aventura.

A Nate no le gustó el modo tan frío en el que ella lo dijo, como si no significara nada. Sin

embargo, ¿no era aquello precisamente lo que quería? Estar con ella. A pesar de todo, le dolía y

eso lo sorprendió.

—¿Cuándo quieres empezar?

La breve respuesta de Nate hizo que Jane se' clavara las uñas en las palmas de las manos.

Había abierto la puerta.

—Creo que sería mejor que primero nos entendiéramos el uno al otro. Que no dejemos que

nuestra vida personal interfiera con el trabajo. Es importante que nos metamos en esto sabiendo

que no hay ataduras, ni lamentos ni peticiones a largo plazo. Dentro de unas pocas semanas, tú

regresarás a Florida y te quedarás allí. A ninguno de los dos nos servirá de nada fingir que no va

ser así o comportarnos como si lo que estamos empezando no fuera a terminar.

—Está muy claro —dijo él. Estaba completamente atónito por su frialdad—.

Evidentemente, has pasado por esto antes.

Jane no respondió. No tenía que hacerlo. Antes de que consiguiera bajar los ojos, Nate vio

que se reflejaba en ellos una expresión de profunda tristeza.

—¿Qué pasa? —preguntó. Se levantó y fue a arrodillarse al lado de ella—. ¿Quién te

rompió el corazón, pelirroja?

—Me alegra ver que esto te divierte tanto...

—Te aseguro que no es así. No espero ser el primer hombre en tu vida, pero siento mucho

que alguien te haya hecho daño. ¿Tan malo fue?

Lo último que Jane había esperado encontrar en Nate era sensibilidad. Esto

hizo que se le

llenaran los ojos de lágrimas.

—No quiero hablar al respecto.

—Muy bien —dijo él. Había decidido que podía esperar—. A ver qué te parece esto.

Vamos a cenar juntos.

Jane parpadeó para evitar las lágrimas y esbozó una sonrisa.

—No estoy vestida para ir a cenar—comentó, indicando la ropa de trabajo que aún

llevaba puesta.

—¿Y quién ha dicho nada de salir? ¿No dijiste que te gustaban los hoteles porque podías

llamar al servicio de habitaciones para pedir la comida y cenar en la cama?

—preguntó él, antes

de besarle dulcemente los labios.

—Sí...

—Te dejaré que utilices mi ducha y que tires las toallas sobre el suelo.

Jane sonrió de nuevo. Todo iba a salir bien. Casi podía creerlo.

—Me parece un buen trato.

—Te aseguro que no encontrarás otro mejor —afirmó Nate. La agarró de la mano y la hizo

ponerse de pie—. No has mencionado nada sobre las promesas.

—Supongo que se me ha pasado por alto.

—Entonces, yo te haré una.

—Nate...

Él volvió a rozarle brevemente los labios. Fue precisamente tanta dulzura lo que

interrumpió las palabras de Jane.

—Sólo una. Yo no te haré daño, Jane.

Ella supo que lo decía completamente en serio. El corazón que tanto se había esforzado por

proteger quedó perdido irrevocablemente. Nate seguramente le haría daño, aunque se esforzara

en que no fuera así. Ella nunca se lo diría.

Aquella vez, cuando el teléfono volvió a sonar, Nate extendió la mano y tomó el auricular.

—Johnson —dijo. Escuchó durante un instante mientras rozaba suavemente la sien de

Jane con los labios—. Lefkowitz, ¿te ha dicho alguien alguna vez que eres un verdadero

incordio? —

añadió. De mala gana, soltó a Jane y dedicó toda su atención al teléfono—. Se te puso al

mando porque se consideró que podrías ocuparte de complicaciones como ésa. Dame el número y

yo me haré cargo a partir de ahora. Si modificas esos planos, te partiré los

dedos.

¿Está claro? Bien. Tomaré el primer avión que salga hacia allí.

Cuando colgó, Jane le ofreció su copa de vino.

—Eres muy diplomático, Johnson.

El tacto y la diplomacia se los dejo a mi socio, Lewis.

—Menos mal. ¿Tienes que marcharte? —preguntó, tratando de imprimir a su voz un tono

casual.

—Sí. A San Diego. No entiendo por qué creímos que un imbécil como Lefkowitz podría

ocuparse de un trabajo., Ese hombre da un nuevo sentido a la palabra “ineptitud”. Un ingeniero

muy listo, le ha dicho que tiene que hacer cambios en el diseño y ahora, uno de los proveedores,

no hace más que ponerle pegas, pero él no tiene el empuje necesario para estrellarle la cabeza a

los dos y seguir adelante con el proyecto.

—¿Es uno de tus diseños?

—Principalmente. ¿Por qué no me acompañas, Wilson? Así podrás indicar todas las

razones por las que el ingeniero tiene razón y yo me he equivocado. Además, así podré mostrarte

el océano.

Resultaba una idea muy tentadora, tanto que Jane estuvo a punto de aceptar. Entonces,

recordó que tenía un trabajo del que ocuparse.

—No puedo. No podemos abandonar el proyecto los dos a la vez. ¿Cuánto tiempo vas a

estar fuera?—preguntó, tratando de mostrar que no le importaba.

—Un día o dos... a menos que asesine a Lefkowitz y tenga que ir a juicio. ¿Va contra las

reglas que me echas de menos? —quiso saber, tras estrecharla suavemente contra su cuerpo.

—Trataré de ver si es posible...

La besó hasta que los dos se quedaron sin aliento. Nate se imaginó que se metía en la cama

con ella, pero, al igual que Jane, comprendía la responsabilidad demasiado bien.

—Tengo que echar unas cuantas cosas en una maleta e irme al aeropuerto. Te llevaré a tu

coche.

—Claro.

Cuando Jane se apartó de él, no le quitó las manos de los hombros. Pensó lo extraño que

resultaba que nunca en toda su vida hubiera lamentado tener que tomar un avión para

marcharse a otro lugar. De algún modo, en los últimos minutos, parecía haber echado raíces.

—Te debo una ducha... y un servicio de habitaciones.

Jane se recordó que Nate no se marchaba a la guerra, que sólo era un viaje de negocios, y

que ya llegaría el momento en que tomara otro avión para salir definitivamente de su vida. Este

no era el caso.

—Ya haremos cuentas cuando regreses.

Había tardado tres días en solucionar el problema y estaba furioso. En aquel momento,

esperaba en la habitación de otro hotel, con la maleta hecha, a que llegara el momento de ir al

aeropuerto para tomar su avión. En el bolsillo, tenía algo que había comprado para Jane. Un

collar. Lo sacó observándolo atentamente.

Había sido un capricho. Lo había visto en el escaparate de una joyería cuando se dirigía a

una cita de negocios. No eran los fríos diamantes blancos, sino unos con un suave color verde

azulado como el mar. En el momento en el que vio aquel collar, pensó en ella.

Cerró la tapa de la caja y se la volvió a meter en el bolsillo. Suponía que aquél no era el tipo

de regalo que intercambiaban dos personas que estaban inmersas en una aventura casual. El

problema para Nate, tal vez para ambos, era que lo que sentía por Jane no

era nada casual.

No había estado enamorado antes, pero reconocía los síntomas. Sabía que ella no deseaba

oírlo y no se lo iba a decir. A lo mejor se le pasaba. Conocía gente que se enamoraban y

desenamorado como si nada. Sin embargo, eso no era para él. Si era un sentimiento verdadero,

tenía la intención de hacerlo durar. Él no diseñaba nada sin asegurarse de que el edificio

resistiría la prueba del tiempo. ¿Cómo iba a hacer menos con su propia vida?

Miró el reloj y se dio cuenta de que le faltaban más de dos horas para tomar el avión. Se

tumbó en la cama, agarró el teléfono y llamó a Jane. Cuando le pareció que ella iba a contestar,

abrió la boca para hablar. Una voz grabada le resonó en los oídos.

—Éste es el contestador de Jane Wilson. Siento no poder hablar contigo, pero si dejas un

mensaje, te llamaré lo antes posible. Gracias.

Nate miró el reloj. Se estaba preguntando por qué demonios no estaba en casa cuando el

pitido del contestador lo devolvió a la realidad.

—Hola. Me gusta tu voz grabada, pelirroja, pero prefiero hablar contigo en persona.

Escucha, si llegas a casa antes de las siete, llámame aquí al hotel. Yo... odio

estos malditos

aparatos. Espero que no te enfades, pero te he echado de menos. Mucho. Llega pronto a casa,

¿de acuerdo?

Colgó e inmediatamente marcó otro número. La voz que respondió era muy femenina y real.

—Hola, Amy. Soy Nate.

—¡Nate! ¿Me has conseguido la información que quería sobre Monument Valley?

—Yo también me alegro de hablar contigo, Amy.

—Lo siento —comentó ella entre risas—. ¿Cómo estás? Me alegro mucho de hablar

contigo.

—Gracias. Por cierto, te he enviado unos cinco kilos de panfletos, fotografías, libros e

información variada sobre Arizona.

—Te debo la vida. Estoy terminando de revisar mi novela y necesitaba algo más de

información. Te lo agradezco mucho.

—No hay de qué. Me gusta mantener una relación muy estrecha con una famosa novelista.

—Todavía no soy famosa, pero dame unos meses. ¿Cómo te va por Arizona?

—Bien, pero en estos momentos estoy en San Diego.

—¿En San Diego? Ah, sí, se me había olvidado. Por cierto, Nate, me pregunto si me

podrías...

—Dame un respiro, Amy. ¿Se te nota ya la barriguita?

—Más o menos. Lewis me acompañó al médico la semana pasada para la ecografía y

escuchó el latido del corazón del bebé. Desde entonces, no ha sido el mismo hombre.

—¿Está ahí?

—Acaba de marcharse. Yo quería un poco de eneldo fresco para la cena. Cree que el hecho

de que yo salga a comprar podría cansar al bebé, así que por eso ha ido él.

—Lewis no sabría distinguir el eneldo de un diente de león.

—Lo sé... ¿No te parece por eso más maravilloso? Por cierto, ¿cuándo vas a regresar a

Florida?

—No lo sé... Estoy considerando quedarme aquí hasta que haya terminado el proyecto.

—¿De verdad? —preguntó Amy. Entonces, hizo una pequeña pausa—. Nate, me parece

detectar que ese deseo tiene otro motivo aparte del control creativo.

—Bueno... Hay una mujer.

—¡No! ¿Sólo una?

—Sí, sólo una —contestó, con una sonrisa.

—Parece algo serio.

—Podría serlo.

—¿Cuándo me la vas a presentar? Ya sabes, para someterla al tercer grado y hacerla

pedazos. ¿Es también arquitecto? Espera un momento. Ya lo sé. Es una estudiante que trabaja

como camarera en un bar de cócteles.

—No. Es ingeniera.

—¿Estás bromeando? —repuso Amy, completamente atónita—. Tú odias a los ingenieros

todavía más que Lewis. Dios Santo. Eso debe de ser amor.

—O eso o he sufrido una insolación. Escucha, Amy. Quería que Lewis supiera que ya he

solucionado las cosas aquí y que regreso a Phoenix.

—Se lo diré. Nate, ¿eres feliz?

Él se lo pensó durante un momento. Descubrió que no se podía responder tan sólo “sí” o

“no” a una pregunta tan compleja.

—Eso depende de la ingeniera. Seré sincero contigo. Estoy loco por ella, pero se está

haciendo de rogar.

—Si te hace sufrir, voy y le rompo la regla de cálculo.

—Gracias. Creo que con eso será más que suficiente. Me mantendré en contacto.

—Hazlo. Nate... Buena suerte.

Eran casi las nueve cuando Jane llegó a su casa. Había tenido una larga charla con su

madre durante la cena que habían compartido. Las conversaciones con Jessie siempre le dejaban

presa de dos sentimientos. Uno de simple y pura diversión ya que Jessie era una mujer muy

divertida. El otro era de preocupación. Su madre era un espíritu libre, una mujer que iba de

hombre en hombre sin preocupaciones. Su última pareja era W.W. Barlow, o, como su madre lo

llamaba, Willie. Jessie no había dejado de hablar de él en toda la cena, sobre lo dulce, lo atento y

lo mono que era. Jane conocía muy bien las señales. Jessie Wilson Milton Peters estaba

preparada para otra aventura.

Dejó el bolso y se quitó los zapatos a medida que iba avanzando por el salón. ¿Cómo se

suponía que iba a poder mantener la profesionalidad en su trabajo si su madre estaba teniendo

una aventura con el dueño? Se echó a reír. ¿Cómo se suponía que iba a poder mantenerla si ella

misma estaba teniendo una con el arquitecto? Su vida se había complicado mucho en muy poco

tiempo.

Sabía que podría echarse atrás. Siempre se le había dado bien zafarse de situaciones

complicadas. El problema era que estaba casi segura de que estaba enamorada de él. Eso

convertía su relación en una crisis. Había pensado que había estado una vez enamorada, pero...

No había "peros". Sólo porque ahora fuera más intenso que nunca, y no podía pasar más de

cinco minutos sin pensar en él, no hacía la situación diferente de lo que había ocurrido años

antes, a excepción de que era más madura, más lista y estaba mejor preparada.

Nadie iba a volver a hacerle lo que había hecho Jamie Frye. Nunca más iba a volver a

sentirse tan pequeña o tan inútil. Si el amor era una crisis, podría enfrentarse a ella del mismo

modo en que lo hacía con una de trabajo. Tranquila y eficazmente. Sería diferente con Nate,

porque había establecido unas reglas y, además, él era completamente diferente a Jamie. De eso

estaba segura. No era superficial e insensible, como había sido Jamie. Obstinado tal vez.

Ciertamente desesperante, pero no había crueldad ni falta de sinceridad en él.

Jane decidió que no podía seguir pensando en él. Se pondría muy triste sólo

porque no

estaba a su lado. Lo que necesitaba era una buena taza de café y una hora en su mesa de

trabajo.

Se cambió de ropa y se sentó con el café caliente en la mano y la mente abierta para las

ideas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la luz del contestador estaba parpadeando.

Apretó el botón. La primera llamada era de una compañera de la universidad con la que no

había hablado desde hacía semanas. La segunda era de la secretaria de Tim para recordarle que

tenían una reunión el lunes por la mañana. Estaba a punto de anotarla en su agenda cuando

escuchó la voz de Nate y se olvidó de todo lo demás...

—... si llegas antes de las siete...

Jane miró el reloj y suspiró. Era mucho más tarde. Si llamaba al hotel no conseguiría hablar

con él. Atentamente, escuchó su voz.

—... te he echado de menos. Mucho.

Muy contenta, rebobinó la cinta y volvió a escuchar el mensaje entero. Después, lo hizo

una segunda y una tercera vez.

Durante la siguiente hora, estuvo trabajando un poco y soñando mucho. El

café se le quedó

frío. Realizó algunos cálculos y planeó cómo podría darle a Nate la bienvenida a casa. Tendría

que salir y comprar algo maravilloso. Al día siguiente era sábado, y seguramente él llegaría a

Phoenix por la tarde o, como muy tarde, el domingo por la mañana. Eso significaba horas, tal

vez un día entero, sin verse agobiada por el trabajo.

Decidió que, a primera hora de la mañana, iría a una boutique y se compraría una gloriosa

creación de seda y encaje. Algo sexy, suave e irresistible. También se haría una limpieza de cutis.

No sólo eso. El tratamiento sería completo. Cabello, uñas, piel... Todo. Cuando Nate llegara,

tendría un aspecto fantástico. Se compraría algo de seda negra. Un minúsculo picardías.

También necesitaría vino. No recordaba los que él le había recomendado, por lo que tendría que

comprar lo que le dijera el dependiente. Además, compraría flores y velas. Tendría que limpiar y

recoger el dormitorio. Cuando llamaron a la puerta, metió un montón de ropa en el armario y

cerró la puerta.

—Ya voy —dijo—. ¿Quién es?

—Tienes tres oportunidades para adivinarlo.

—¿Nate?

—A la primera —replicó él mientras ella abría rápidamente la puerta, mirándolo

fijamente.

Nate sonrió.

Llevaba el cabello recogido con un cordón de zapato roto. El maquillaje que se había

aplicado, para la cena con su madre, había desaparecido hacía mucho tiempo. Tenía la bata

medio abierta y ésta dejaba al descubierto una enorme sudadera que casi no le cubría los muslos.

—Hola, pelirroja. ¿Quieres que nos echemos unas canastas?

7

Jane parpadeó mientras se preguntaba si sería un espejismo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—De pie en el descansillo. ¿Vas a dejarme entrar?

—Sí, pero... —dijo ella. Se hizo a un lado para franquearle la entrada a Nate

—. Recibí tu

mensaje, pero en él no decías que ya hubieras regresado.

—Así es, pero ahora ya estoy aquí —comentó Nate. Él mismo cerró la puerta y dejó su

maleta en el suelo.

Jane pensó en todos los planes que había estado haciendo. Observó su

desordenado

apartamento y se pasó una mano por el cabello.

—Tendrías que haberme dicho que volvías esta noche. No estaba... no estoy lista.

—¿Y eso qué importa, Wilson? —preguntó él. Comenzó a acariciarle los hombros y a

apartarle la bata—. ¿Acaso tienes otro hombre debajo de la cama? ¿O en el armario?

—No seas estúpido —replicó. Llena de frustración, se apartó de él. Debía de tener un

aspecto horrible, nada que ver con la sofisticada y seductora lencería que se había imaginado

—. Maldita sea, Nate, tenías que haberme dicho que venías.

Nate la miró atentamente. Tal vez se había ilusionado pensando que Jane se alegraría de

verlo tanto como él de verla a ella.

—Lo habría hecho si hubiera conseguido hablar contigo en vez de con tu contestador.

¿Dónde estabas?

—¿Cuándo? Oh... Había salido a cenar.

—Entiendo —dijo él, muy serio. Se metió las manos en los bolsillos. Cuando tocó la caja

de la joyería, se recordó que no podía exigirle nada—. ¿Con alguien que yo conozca?

—Con mi madre —contestó. Su respuesta provocó un alivio inmediato en Nate, que

expresó con una sonrisa—. ¿De qué te ríes?

—De nada.

—Mira, sé el aspecto que tengo, Johnson. Si me hubieras dicho que ibas a venir, habría

podido hacer algo al respecto. Además, mi apartamento está muy desordenado.

—Siempre está muy desordenado —comentó él. Estaba empezando a entender lo que

ocurría. Jane había querido preparar el escenario y él se había presentado antes de tiempo.

—Podría haber limpiado un poco... Además, sólo tengo un vino muy malo.

—Bueno, en ese caso es mejor que me vaya —dijo él. Se dio la vuelta, pero se volvió de

nuevo para mirarla como si se le hubiera ocurrido algo de repente—. Antes de que lo haga, tengo

algo que decir sobre tu aspecto.

—Ten cuidado —le advirtió Jane, cruzándose de brazos.

—Supongo que sólo hay un modo de enfrentarse a esto con sinceridad. Quieres que seamos

sinceros el uno con el otro, ¿verdad, Jane?

—Tal vez... Bueno, hasta cierto punto.

—Tengo que decirte una cosa y deberías armarte de valor para escucharla.

—Mira, di ya lo que...

Todo tendría que esperar. Nate la tomó entre sus brazos y la besó. Con un rápido

movimiento, le quitó la bata y deslizó las manos por debajo de la sudadera para explorar la piel

desnuda y las sutiles curvas de Jane. Con la respiración entrecortada, ella se tensó bajo las

caricias de Nate. Entonces, sintió que las rodillas empezaban a temblarle al notar que él la

estaba empujando rápidamente hacia el abismo...

—Nate...

—Cállate —murmuró antes de apretarle los labios contra la garganta.

—Te deseo —susurró ella. Le quitó la chaqueta a medida que empezaban a avanzar por el

salón. A continuación, fue la camisa, que le sacó sin desabrochar por la cabeza. Con una rápida

y posesiva caricia, le recorrió el torso con las manos—. Ahora...

Aquel murmullo de desesperación desató las sensaciones dentro de él. El deseo se presentó

en estado puro, impaciente y primitivo. Para ambos el dormitorio quedaba demasiado lejos.

Cuando se tumbaron encima del sofá, él aún estaba medio vestido, aunque ambos trataban de

librarlo de sus ropas. Las manos de Jane eran salvajes, lo acariciaban sin parar, mientras hacía

todo lo posible por mantener la boca unida a la de él. Nate podía sentir cómo el calor irradiaba

de ella, empujándolo cada vez más lejos de la cordura.

Con un repentino movimiento, él le quitó la sudadera y enterró la boca entre los senos de

Jane. Con un abandono que nunca había conocido, se arqueó contra él, aceptando de buen grado

las caricias de lengua y dientes. La delicada fragancia con la que ella se había rociado antes

comenzó, a mezclarse con el aroma a almizcle del deseo.

Jane iba a volverlo loco. Aquello era lo único que Nate era capaz de pensar mientras se

deslizaba hacia abajo, sobre la tersa y suave piel del torso. Dondequiera que la tocara o la

saboreara, ella respondía, con un placer tan profundo, que lo asombraba.

Habían esperado demasiado tiempo, casi una vida entera. Por fin estaban juntos, sin

excusas ni evasiones. Sólo impaciencia.

Cuando la ropa dejó de ser un obstáculo, las largas y hermosas extremidades de Jane se

enredaron alrededor de Nate. Ella ya no podía pensar ni deseaba hacerlo. Sólo quería sentir,

murmurarle lo que estaba ocurriendo dentro de ella. Sin embargo, no lograba encontrar las

palabras. Nunca antes había experimentado un deseo o una pasión

semejantes. Su cuerpo era

como fuego que sólo él era capaz de avivar. Sentía un enorme dolor en su interior.

Instintivamente, extendió las manos y, como si él comprendiera lo que estaba ocurriendo, la

condujo a un poderoso clímax.

Jane pronunció su nombre y sintió que caía en un abismo interminable y sin ningún peso.

Entonces, Nate la atrapó y la hizo subir de nuevo. A la luz de la lámpara, vio la piel

cubierta de sudor, sus ojos abiertos de par en par, el cabello extendido sobre la alfombra donde se

habían caído. Trató de pronunciar su nombre, pero el aire que tenía en los pulmones le ardía

como si fuera fuego. La besó una vez más.

Vio cómo ella alcanzaba el clímax por segunda vez. Sintió cómo le clavaba los dedos en la

espalda. Más allá de lo que podía soportar, se hundió en ella. Jane se irguió para unirse a él con

una velocidad que desgarró por completo el autocontrol de Nate. Rápido, duro y caliente

... Así llegaron juntos a un lugar en el que ninguno de los dos había estado antes.

Debilitado y atónito, Nate se desmoronó sobre ella. No tenía ni la energía ni la claridad

mental como para separar lo que le había ocurrido de las sensaciones y las reacciones

individuales. Era como si una enorme burbuja lo hubiera rodeado para luego estallar

repentinamente, dejándolo sin fuerzas.

Ella era tan suave como el agua debajo de él. Su respiración era lenta y profunda. Sintió

que la mano que le había colocado sobre la espalda se deslizaba poco a poco y que caía inerte

sobre la alfombra. El corazón le latía rápidamente, por lo que Nate cerró los ojos y se dejó

atrapar por su sonido y su ritmo.

No hablaron. Aunque les hubiera resultado posible articular palabras, Nate no habría

sabido cuáles utilizar para decirle lo que le había hecho. Sólo sabía que Jane le pertenecía y que

él haría todo lo que fuera necesario para mantenerla a su lado.

¿Sería aquello lo que provocaba el amor? Jane se preguntó si la llenaría a una de una

energía salvaje, para dejarla luego tan frágil como si pudiera disolverse con su propia

respiración. Todo lo que había sentido antes palidecía comparado con lo que había

experimentado con Nate. ¿Sería amor o tan sólo el más abrumador de los deseos?

*¿Importaba? Sintió que los dedos de Nate se le enredaban en el cabello.
Importaba*

*demasiado. Con sólo una caricia había sentido la tentación de echar por la
borda todo en lo que*

*creía, todo lo que había planeado si aquello significaba que él volvía a
acariciarla otra vez.*

*No había razón para negar lo que sentía por él, aunque carecía de valor
para pensar en lo*

que él podría sentir por ella.

—¿Estás bien? —susurró él, tras darle un beso en la garganta.

—No lo sé... Creo que sí. ¿Y tú?

*—Bien, mientras no tenga que moverme durante las próximas dos semanas.
¿Sigues*

enfadada conmigo?

—No estaba enfadada contigo. Sólo quería que todo estuviera preparado.

—¿Preparado?

*—Sí. Había planeado... —dijo. No pudo continuar al sentir que él le
acariciaba*

*suavemente un pezón con las yemas de los dedos. Empezó a pronunciar el
nombre de Nate, pero*

*la palabra terminó en un suspiro cuando los labios de él acariciaron los
suyos.*

*—Sorprendente —murmuró Nate. Los sinuosos movimientos de Jane hicieron
que se*

endureciera dentro de ella—. Absolutamente sorprendente.

Jane estaba tan sorprendida como él cuando la pasión estalló de nuevo entre ellos tomando

el control.

En algún momento de aquella noche, se metieron en la cama, pero no durmieron. Era como

si, en las pocas semanas que hacía que se conocían una montaña de necesidades se hubiera

adueñado de ellos. Aquella noche, se habían soltado en avalancha. No hubo música, ni luz de las

velas, ni seducción de seda y encaje. Se unieron sin adornos, sin ilusiones. La energía se

alimentaba de la energía del otro, el deseo del deseo. Cuando por fin se quedaron dormidos, se

despertaron a primera hora del alba sedientos de más. A pesar de que satisficieron su pasión una

y otra vez, ésta permaneció viva hasta que volvieron a quedarse dormidos en medio de un

laberinto de extremidades.

Jane se despertó con los rayos del sol sobre el rostro y la cama vacía a su lado. Medio

adormilada, acarició la sábana con una mano y murmuró:

—¿Nate?

Suspiró, abrió los ojos y vio que estaba sola. Se incorporó en la cama mirando a su

alrededor. No podía haberlo soñado. Nadie podía haberlo soñado. Se frotó el rostro con las

manos y trató de pensar.

¿Se habría marchado ya? Podría haber abandonado el apartamento tan fácilmente como

había entrado en él. Y si lo había hecho, ¿qué? Habían acordado que no había vínculos ni

ataduras entre ellos. Si le dolía, si la entristecía, sólo ella era la culpable. El problema era que

siempre había deseado más de lo que podía tener. Cerró los ojos y se recordó que él le había dado

una noche que ninguna mujer olvidaría nunca. Si no le parecía suficiente, la culpa era sólo de

ella.

—Esperaba que te despertaras con una sonrisa en los labios —dijo Nate desde la puerta.

Jane miró hacia la puerta. Con un gesto nervioso, se cubrió los pechos con la sábana.

—Pensé que te habías marchado.

—¿Adónde? —preguntó él. Se acercó a la cama y le entregó una taza de café.

—Yo... Sólo pensé que te habrías marchado —susurró ella. Tomó la taza de café que él le

ofreció y le dio un sorbo.

—Veo que sigues teniendo una pobre opinión de mí.

—No es eso... Pensé que probablemente tendrías cosas que hacer.

—Sí... —murmuró él. Colocó una pierna sobre la cama. No recordaba haber pasado una

noche con una mujer que lo hubiera dejado tan trastornado. Y tan incómodo. Tomó un sorbo de

café—.Tu café está rancio, ¿lo sabías?

—Nunca tengo tiempo para hacerlo por las mañanas —dijo ella. Conversaciones sin

importancia. Eso parecía lo mejor—.Yo... Te ofrecería algo para desayunar, pero...

—Lo sé. No hay nada en la cocina aparte de un plátano y una bolsa de patatas fritas.

—También hay galletas.

—Yo creía que eran piedras —afirmó él. Le colocó a Jane una mano debajo de la barbilla

—.

¿Quieres mirarme?

Ella lo hizo mientras que su mano libre se movía constantemente sobre las sábanas.

—Habría comprado algunas cosas si hubiera sabido que ibas a venir.

—No creo que el problema aquí sea que no haya beicon o huevos. ¿Por qué no me dices cuál

es, pelirroja?

—No hay ningún problema —respondió, tratando de insuflar un tono casual

a su voz.

—¿Preferirías que me hubiera marchado?

—No... Escucha, no sé qué se supone que debo hacer ni lo que debo decir ahora. Tampoco sé

cómo tengo que comportarme. No he tenido mucha oportunidad de verme en este tipo de

situaciones.

—¿No? ¿Cuántas veces te has visto en una situación así? —preguntó. A pesar de que

sabía que la vida pasada de Jane sólo le pertenecía a ella, deseaba saber si había habido alguien

que hubiera compartido con ella lo que él había experimentado la noche anterior.

—No se trata de una broma.

—¿Acaso me estoy riendo? Me da la sensación de que estás juzgando lo que está

ocurriendo ahora entre nosotros por algo que ocurrió antes. Y no me gusta.

—Lo siento.

—Eso no sirve de nada. Quiero que me hables de ese tipo que te hizo tanto daño.

—No creo que eso sea asunto tuyo —replicó ella.

—Te equivocas.

—Yo no te he preguntado nada sobre las mujeres con las que has estado a lo largo de tu

vida.

—No, pero podrías hacerlo si creyeras que es importante. Y yo creo que esto lo es.

—Bueno, pues te equivocas. No tiene ninguna importancia.

—Si es cierto, ¿por qué pareces tan disgustada?

—No estoy disgustada.

—Pensé que habíamos dicho que seríamos sinceros.

—Tal vez. Creo que deberíamos haber mencionado también que no se podía husmear en las

relaciones pasadas.

—Me parece muy justo, a menos que sigan afectando al presente. Si se me va a comparar

con otro hombre, quiero saber por qué.

—¿Quieres que te hable sobre él? Bien. Era arquitecto —dijo, con una triste sonrisa.

—¿Es por eso por lo que me comparas con él?

—Tú eres el que dice que os estoy comparando. Se podría decir que tengo la costumbre de

meterme en la cama con arquitectos. Acababa de salir de la universidad y estaba trabajando ya

en Thornway. Me había dado la oportunidad de trabajar como ayudante del ingeniero en un

pequeño proyecto. James era el arquitecto. Acababa de mudarse de Filadelfia. Era muy listo,

muy inteligente. Yo no.

—Muy bien. Ya me lo imagino —dijo Nate, al darse cuenta de que ella estaba sufriendo.

Se puso de pie y se metió las manos en los pantalones que se había puesto antes.

—No. Querías escuchar la historia y yo te la voy a contar. Empezamos a salir y yo me

enamoré. Con la perspectiva que da el tiempo, no puedo decir que él me prometiera nada, pero me

dejó creer lo que yo quería. Siempre había querido ser la primera para alguien, ya sabes, ser la

persona en la que alguien piensa antes que en nadie más o en ninguna otra cosa.

—Sí, lo sé.

—Yo era muy joven y aún creía que ocurrían cosas así, por lo que cuando él me dijo lo

mucho que me deseaba, yo me mostré dispuesta a aceptarlo sin condiciones. Cuando me metí en

la cama con él, prácticamente ya escuchaba campanas de boda.

—Pero él no.

—Había mucho más que eso...

—¿Qué ocurrió?

—Yo estaba haciendo la maleta para irme con él a pasar el fin de semana. Todo iba a ser

muy romántico, muy íntimo. Un fin de semana esquiando en el norte. Nieve, fuego en la

chimenea, largas noches... Estaba segura de que él iba a pedirme que me casara con él. Ya me

imaginaba hasta en donde viviríamos. Entonces, recibí una visita. Estaba a punto de salir por la

puerta. No quiero ni pensar lo que habría pasado si me hubiera dado más prisa en marcharme.

La visita resultó ser su esposa, una esposa de la que no se había molestado en hablarme. Lo peor

de todo fue que ella seguía enamorada de aquel canalla y que venía a verme para suplicarme que

lo dejara. Estaba dispuesta a perdonarlo si yo me apartaba de él.

Yo no soy el tipo de mujer que se conforma con ser la otra, Nate. Al principio pensé que

estaba mintiendo. Estaba prácticamente segura, pero no era así. De repente, lo vi todo muy

claro. Me limité a escucharla hablando de sí misma y del niño de tres años que tenían y lo mucho

que deseaba salvar su matrimonio. Se habían mudado al oeste para volver a empezar porque

había habido otros incidentes. Otras mujeres. Me sentí peor de lo que me he sentido nunca. No

sólo utilizada, sino también traicionada y sucia, muy sucia. Ella no dejaba de llorar y de

suplicarme, pero yo no podía decir nada. Me había estado acostando con su

esposo.

Nate volvió a sentarse sobre la cama.

—¿Te habrías... habrías empezado una relación con él si hubieras sabido que estaba

casado?

—No. Nunca. No podría haberlo hecho.

—Entonces, ¿por qué te culpas por algo que desconocías? Te engañó a ti tanto como

engañó a su esposa.

—No es sólo que me culpe. Más o menos lo he superado. Y también a él. Sin embargo,

nunca he podido olvidar que me abrí a él sin hacerle ninguna pregunta y tampoco me las hice a

mí misma. Cuando se comete un error tan grande, se tiene mucho cuidado para no repetirlo.

Por eso, me concentré en mi profesión y le dejé el amor a mí madre.

Nate comprendió que Jane no había estado con ningún otro hombre. No había habido nadie

más en su vida. Pensó en la noche que habían pasado juntos. Había sido maravillosa, excitante,

pero él no se había mostrado cariñoso ni tierno. No le había dado nada del romance que ella

afirmaba no necesitar para vivir.

—Jane, ¿tienes miedo de estar cometiendo el mismo error conmigo?

—Tú no estás casado.

—No y tampoco hay otra mujer. Tú no eres una diversión ni algo pasajero en mi vida.

Jane no podía explicar cómo se sintió con aquellas palabras.

—No te estoy comparando con James... Bueno, tal vez un poco. Soy yo. Me siento una

estúpida porque no sé cómo enfrentarme a este tipo de cosas. Mi madre...

—¿Qué tiene tu madre que ver en todo esto?

—Durante toda mi vida he visto cómo ella iba de un hombre a otro sin sufrir. Para ella

siempre resulta tan fácil... A mí no me ocurre lo mismo.

Nate la tomó tiernamente entre sus brazos.

—No quiero que te comportes de un modo que no desees ni pretendas ser nada que no eres

en realidad —dijo. Le rozó suavemente la frente con los labios, sabiendo que si la besaba todo

volvería a empezar—. Veamos adónde nos lleva todo esto, pelirroja. Vivamos día a día.

Yo siento algo por ti. De eso puedes estar segura.

—Lo sé. Creo que lo sé...

Nate la abrazó de un modo que la sorprendió. Fue un gesto tan dulce, tan sencillo...

—Tenemos todo el fin de semana por delante. Vístete. Te invito a desayunar.

A Jane le sorprendía ver la facilidad con la que Nate podía pasar de ser un amante

apasionado a convertirse en un amigo, como también lo fácil que hacía que ella pasara por la

misma transición.

Comieron en un restaurante que Nate había descubierto en la carretera. Ya conocía su

apetito, así que no le sorprendió ver lo mucho que comía. Lo que la dejó atónita fue la visita que

hicieron al supermercado. Cuando regresaron a su apartamento, llevaban lo que para ella hubiera

sido los víveres de todo un año.

—¿Qué se supone que vamos a hacer con todo esto? —preguntó, tras dejar dos bolsas sobre

la encimera de la cocina y ver cómo Nate hacía lo mismo.

—Comérmolo —contestó él, mientras empezaba a vaciar el contenido de las bolsas—.

Esto sólo son productos básicos.

—Tal vez para un regimiento. ¿Sabes cocinar?

—No. Por eso hay que comprar cosas que no necesiten conocimientos culinarios o cosas que

sólo necesiten calentarse. Mientras tengas un abrelatas y un horno, se puede vivir como un rey.

—Creo que comprar comida para llevar es mucho más fácil —replicó ella mientras iba

guardando las cosas en el frigorífico y en los armarios.

—Para comprar comida para llevar hay que salir —observó él. Entonces, la tomó entre sus

brazos y le llenó toda la cara de besos—. Y tú no vas a ir a ningún sitio hasta el lunes.

—Pues iba a salir para comprarme un picardías negro —comentó Jane, entre risas.

—¿Sí? ¿Para mí?

—Es demasiado tarde —repuso ella. Entonces, tomó el pan y lo metió en un cajón.

—Hablemos sobre eso —dijo Nate—. Me gusta mucho cómo te sienta el negro —añadió.

La agarró por la cintura y la estrechó contra su cuerpo—. Probablemente por eso me comporté

como un maniaco celoso en la fiesta de Thornway.

—¿Celoso? —repitió ella, riendo de nuevo—. ¿Estabas celoso del señor Barlow?

—No me lo recuerdes.

—Pensé que sólo te estabas comportando de un modo insufrible e insultante.

Nate hizo un gesto de dolor y bajó la cabeza para darle un suave mordisco en el cuello. —

Olvídate de lo que he dicho.

—Creo que no —murmuró ella. Entonces, inclinó un poco más la cabeza para facilitarle el

acceso—. Por lo que vi aquella noche, estabas muy entretenido con la compañía de Marci

Thornway.

—No te creas. Sé distinguir perfectamente un tiburón cuando me encuentro con él. Por

muy bonitos que sean los dientes, te hacen de todos modos. Además... no me interesa el algodón

dulce —añadió mientras acariciaba suavemente los senos de Jane.

—¿Qué es lo que te apetece? —preguntó ella. La había acorralado contra el frigorífico y la

estaba haciendo temblar.

—Sólo tú, pelirroja —susurró, antes de darle un largo y apasionado beso—. Sólo tú. Dime

—musitó al tiempo que le moldeaba las caderas—, ¿has hecho alguna vez algo

constructivo sobre esta encimera? ¿Cortar verduras, enlatar fruta, hacer el amor?

—¿Sobre la encimera? —preguntó ella, atónita. No. No he hecho ninguna de esas cosas.

Una vez más, Nate estaba moviéndose demasiado deprisa. En menos de un segundo, le

resultaría imposible apartarse de ella para darle la atención y el tiempo que se merecía. Con un

gran esfuerzo, dio un paso atrás y se llevó la mano de Jane a los labios.

—Tendremos que tenerlo en cuenta. Por cierto, te he comprado algo más.

—¿Algo más? —preguntó ella, mirando a su alrededor—. ¿El qué? ¿Un pavo de diez

kilos?

—No. En realidad, lo compré en San Diego.

—¿En San Diego? ¿Un souvenir?

—No exactamente. ¿Hemos terminado ya aquí?

—Espero que sí.

—Entonces vamos. Te lo mostraré.

Nate la tomó de la mano y la sacó de la cocina. La llevó al dormitorio, donde había

colocado su pequeña maleta sobre una silla. Metió la mano dentro y sacó una caja, que le entregó

a Jane.

—¿Un regalo? —preguntó ella, muy asombrada—. Es muy amable de tu parte.

—No te emociones tanto. Podría ser un cenicero que dijera “Recuerdo de San Diego”.

—Seguiría siendo un regalo. Gracias —dijo, tras darle un dulce beso en los labios.

—Es la primera vez que haces eso.

—¿El qué?

—Besarme.

Jane se echó a reír.

—Veo que tienes una memoria muy corta.

—No —replicó él. Le tomó la mano y le dio un beso sobre la palma abierta
—. Es la

primera vez que me besas tú primero, antes de que te haya arrinconado en
una esquina. Y eso que

ni siquiera sabes lo que te he comprado.

—No importa. Me gusta saber que has pensado en mí.

—Claro que he pensado en ti —afirmó. Volvió a besarla ligera y dulcemente
—. He

pensado mucho en ti. Te lo habría dado anoche, pero no me quitabas las
manos de encima.

—Más vale tarde que nunca —bromeó ella. Cuando abrió la caja, se quedó
completamente

sin palabras.

Había esperado un detalle sin importancia, la clase de regalo que un amigo
compraría en un

viaje. Las gemas relucían en la caja, tan pálidas como el agua y tan suaves
como el raso. No

reconoció, como les hubiera pasado a otras mujeres, el brillo de los
diamantes. Lo único que vio

fueron unas preciosas piedras que atrapaban la luz de la tarde.

—Es precioso —dijo, completamente asombrada—. Realmente precioso. ¿Lo
has

comprado para mí?

—No. Lo he comprado para Charlie —bromeó él. Levantó el collar y se lo colocó alrededor

del cuello—. ¿Crees que le sentará bien?

—No sé qué decir. Nadie me ha regalado nunca algo tan precioso —susurró ella mientras

acariciaba suavemente las piedras.

—En ese caso, supongo que le tendré que comprar a Charlie otra cosa.

Jane se echó a reír y fue a mirarse en el espejo.

—¡Oh! Es tan bonito... Brillan tanto —musitó. Se dio la vuelta y se lanzó a los brazos de

Nate—. Gracias —le dio un beso—. Gracias —volvió a besarlo—. Gracias.

—Si hubiera sabido que sólo hacía falta un puñado de piedras, lo habría comprado hace

semanas.

—Ríete de mí todo lo que quieras. Estoy enamorada de este collar.

“Y yo de ti”, pensó él. No pasaría mucho tiempo antes de que ella lo supiera.

—Quiero ver cómo te relucen sobre la piel —dijo.

Se acercó a ella y le quitó la camisa que llevaba puesta. Vio el cambio que se producía en su

rostro, la invitación que se reflejó en él. Aceptaría lo que ella le ofreciera, pero aquella vez lo

haría con mucho cuidado.

—Eres tan hermosa, Jane... Me gusta el aspecto que tienes bajo la luz del sol.

La primera

vez que te vi estabas iluminada completamente por el sol...

Con un suave tirón, le aflojó el cordón que tenía en la cinturilla del pantalón para que éste

se le deslizara por las caderas. En aquel momento, ella se quedó vestida tan sólo con el collar,

que brillaba como el agua alrededor de su garganta. No la tocó, al menos no del modo

apasionado y caliente que esperaba. Le enmarcó el rostro entre las manos como si estuviera hecho

de cristal y la besó muy dulcemente.

Confundida, Jane lo tomó de la mano.

—Vamos a la cama —le dijo.

—Hay tiempo —susurró, mientras se quitaba la camisa para que ella pudiera sentir la

sólida fuerza de su torso contra ella.

La pasión se había debilitado, cuando antes había ardido como si fuera puro fuego. Los

músculos de Jane temblaron y se quedaron completamente laxos. Su mente, tan clara sólo unos

momentos antes, se nubló.

Nate la besó una y otra vez.

—Yo no... —musitó. Echó la cabeza hacia atrás cuando él profundizó el beso —. No

puedo...

—No tienes que hacer nada. Déjame demostrártelo.

La tomó suavemente entre sus brazos y la depositó con dulzura sobre la cama. Tanta

ternura la llenó de una manera tan poderosa que le resultó imposible levantar sus extremidades.

Estaban demasiado pesadas como para poder moverse. No obstante, Nate entrelazó las manos

con las de ella y la acarició exclusivamente con los labios. Su mente empezó a flotar con un

placer que iba más allá de lo físico.

Nunca la habían tratado como si fuera frágil, delicada o hermosa. Nate le hizo el amor de

un modo que ella desconocía y que nunca olvidaría. Si la noche había sido fuego y pasión, la

tarde era tranquilidad y delicia. Temblaba sin parar, como una pluma presa de la más ligera de

las brisas.

Era exquisita. Había visto la pasión y la fuerza. Las había sentido, pero jamás había visto

ni había tocado la fragilidad de Jane, lo abierta que estaba al amor. Lo que había sentido antes,

prisionero de la pasión y el deseo, palidecía al lado de la intimidad que estaban compartiendo en

aquellos momentos. El cuerpo de Jane fluía como un río bajo sus manos,

caldeado por sus besos

como una flor bajo el sol. Cuando ella murmuró su nombre, el sonido se apoderó de él, llegándole

hasta lo más hondo. Era la única voz que deseaba escuchar.

Le murmuró al oído... Ella lo escuchó y respondió, pero no pudo comprender las palabras.

Las sensaciones fueron acumulándose, envolviéndola en la crisálida del amor. Sintió las

manos de Nate, la fuerza que había en ellas mientras le acariciaba la piel. Notó el sabor de su

boca cuando él buscó la suya. A pesar de que le resultaba imposible levantar los párpados, la luz

del sol teñía su visión de rojo. El tiempo iba pasando, poco a poco. Podrían haber pasado años

sin que Jane se diera cuenta.

Sintió el roce de su cabello, de su piel. Nada le pareció más importante. Si anocheceía o salía

el sol no importaba, al menos mientras Nate estuviera a su lado demostrándole lo que podía ser

el amor.

Cuando se deslizó dentro de ella, Jane dejó escapar un suspiro de bienvenida. Se movía muy

lentamente, haciéndola subir pausadamente hasta la cima del placer. Atrapada en el mundo que

Nate había construido para ella, se irguió y empezó a marcar el mismo ritmo

que él para que sus

cuerpos se fundieran por completo.

Se hicieron promesas, aunque ella no lo sabía. Se formó un vínculo sólido y firme.

La respiración de Nate se hacía más superficial. Creía que Jane ya lo había vuelto

completamente loco durante la noche, y así había sido, pero, en aquellos momentos, fue mucho

más que eso. Los músculos le temblaban, el pulso le latía en las venas con la fuerza de los golpes

de un martillo. Deseaba saborearla de nuevo. Sintió el aliento de ella en la boca cuando sus

labios se unieron.

Entonces, Jane abrió los ojos. Aunque ella no lo sabía, nunca había estado más hermosa

que en ese momento y aunque ella no lo sabía, desde aquel momento Nate era completa e

irrevocablemente suyo.

Jane murmuró su nombre y se lanzaron juntos a la sima del placer.

8

Mientras entraba en el aparcamiento de Thornway, Jane pensó que no resultaba tan difícil

estar enamorada. No tenía que comportarse, ni vivir de un modo diferente ni ser diferente. No

había cambiar y abrir su vida. Tal vez nunca había pensado que le sería posible hacer algo así,

pero Nate le había demostrado que estaba equivocada. Aunque fuera sólo por eso siempre le

estaría agradecida.

Si era capaz de amarlo sin cambiar quién era, ¿no significaba también que cuando llegara el

momento de que él se marchara podría retomar su vida donde la había dejado y vivir como lo

había hecho antes? Quería creerlo. Tenía que creerlo.

Con las llaves en la mano, cruzó el aparcamiento para llegar al edificio. Sabía que el sol no

brillaba con más fuerza aquella mañana, pero, en su corazón, le parecía más dorado y más

hermoso que antes.

Sabía que todo era cuestión de perspectiva.

Una aventura amorosa podía diseñarse como cualquier otra cosa. Si los dos miembros de la

pareja se amaban, disfrutaban el uno con el otro y se respetaban, contaban con unos cimientos

sólidos. A partir de eso, sólo era cuestión de ir añadiendo acero y hormigón. Después del fin de

semana que habían compartido, Jane estaba segura de que habían hecho progresos. Sin la tensión

del trabajo interfiriendo entre ellos, habían descubierto los placeres de dentro y de fuera de la

cama.

Nate le gustaba. Parecía algo casi elemental, pero para ella era una revelación. No sólo era

cuestión de necesidad, de atracción, de enamoramiento. Le gustaba quién era, cómo pensaba y

cómo escuchaba. No había buscado ni su compañía ni su pasión, pero, en un solo fin de semana,

había descubierto que podía tener las dos.

Cruzó el vestíbulo y se dirigió al ascensor. Apretó el botón de llamada y sonrió al recordar

los diferentes momentos del fin de semana. Nate la había hecho tan feliz... Eso, en sí mismo, era

mucho más de lo que nunca había esperado de cualquier hombre. Estaban construyendo una

relación sólida y fuerte. Cuando llegara el momento de prescindir de ella, podría mirar hacia

atrás y recordar que algo maravilloso había formado parte de su vida.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, entró y sintió que unas manos le rodeaban la

cintura.

—¿Subes?

Mientras las puertas se cerraban, Nate le dio la vuelta y capturó su boca con la suya. Ella

respondió al beso tal y como él había esperado. Casi no había pasado ni una hora desde que la

había dejado para marcharse al hotel y cambiarse para la reunión, pero parecían días.

Nate comprendió que ella le había llegado muy dentro. De todas las formas posibles. Sólo

estaba empezando a planear cómo enfrentarse a los resultados.

—Sabes muy bien, pelirroja —susurró, deteniéndose sobre los labios de ella durante un

instante—. Y me gusta tu cara.

—Gracias. Has tardado muy poco en llegar aquí.

—Sólo tenía que cambiarme. Lo que podría haber hecho en tu casa si me hubieras dejado

llevar algunas cosas.

Jane no estaba lista para eso. Si Nate viviera allí, el apartamento quedaría demasiado

vacío cuando él se marchara. Sonrió y miró para ver por qué planta estaban. Se dio cuenta de

que estaban todavía en el vestíbulo. Sacudió la cabeza y apretó el botón que los dos habían

olvidado.

—No me gustaría que tuvieras que renunciar al servicio de habitaciones y al jacuzzi.

—Sí...

Nate sabía que lo estaba evitando. Por mucha intimidad que alcanzaran, ella seguía

negándose a dar el paso y a cerrar el espacio que aún los separaba. Se dio un momento para

controlar su frustración y apretó el botón que detenía el ascensor entre plantas.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero preguntarte algo antes de que regresemos al trabajo. Es personal. Según creo

recordar, una de las reglas es no mezclar el trabajo con el placer.

—Así es.

—Cena conmigo.

—Nate —dijo ella, tras lanzar un larga suspiro—, no tenías que atraparme en el ascenso

y para invitarme a cenar.

—¿Significa eso que aceptas?

—A menos que nos quedemos aquí encerrados.

—Cenaremos en mi hotel. Y te quedarás conmigo a pasar la noche.

—Sí, me gustaría. ¿A qué hora?

—Cuanto antes mejor.

Jane se echó a reír y apretó el botón de la planta donde se encontraba el despacho de Tim.

—En ese caso, es mejor que nos pongamos pronto a trabajar.

Tim los estaba esperando con una bandeja de café y pasteles que Jane ignoró. Sólo tardó

unos segundos en reconocer las señales de estrés, a pesar de que Tim se comportaba tan jovial y

simpático como siempre. Se vio obligada a refrenar su propia impaciencia cuando comenzaron a

discutir detalles de los planos una y otra vez. Si no estaba en la obra a las diez, se perdería otra

inspección. Cuando Tim empezó a presentarles unos diagramas que mostraban la secuencia de la

construcción y las fechas estimadas de finalización, se reclinó sobre el asiento y se dio por

vencida. Tendría suerte de estar en el trabajo a mediodía.

—Como podéis —ver prosiguió Tim—, la roturación de los terrenos y la colocación de los

cimientos se completaron en sus plazos correspondientes. Empezamos a retrasarnos al instalar

los tejados. Y ahora tenemos otro retraso con la fontanería y el balneario.

—No supondrá más de uno o dos días —dijo Jane—. Podremos compensarlo cuando

empecemos con las cabañas. Si seguimos a este ritmo, el complejo estará terminado y operativo

dentro de los plazos que se habían calculado.

—No llevamos más de tres meses construyendo y ya estamos retrasados en un diez por

ciento del tiempo —observó Tim—. Eso afecta al presupuesto. A menos que podamos encontrar

maneras de reducir costes, el presupuesto se va a disparar.

—El presupuesto no tiene nada que ver conmigo ni con Jane —comentó Nate —, pero,

según mis propias cifras, creo que vas a estar todo lo cerca que sea posible.

—Nate tiene razón. No hemos tenido contratiempos de importancia. Todo ha ido mucho

mejor que otros proyectos en los que he trabajado, Tim. Los gastos extraordinarios han sido

mínimos. Creo que...

Se interrumpió cuando empezó a sonar el teléfono.

—Perdonadme —dijo Tim, antes de tomar el auricular—. Julie, no quiero que me pases

ninguna llamada hasta que... Oh, sí, por supuesto... Si, Marci. Todavía no. Estoy en una

reunión. No, no ha habido tiempo. Ya lo sé —añadió, tras tomarse un sorbo de café—. Lo haré.

Esta misma tarde. Si, si, te lo prometo. Tú...—comentó. Se frotó la nuca y se interrumpió

—. Bien. Está bien. Las veré cuando llegue a casa. A las seis. No, no me olvidaré. Adiós.

Colgó el teléfono. A Jane le pareció que la sonrisa de Tim era algo forzada cuando se volvió

a mirarlos.

—Siento mucho la interrupción. Estamos planeando un pequeño viaje para el mes que

viene y Marci está muy emocionada con él. ¿Qué estábamos diciendo?

—Yo iba a señalar que creo que puedes estar muy contento con el modo en el que este

proyecto está progresando —comentó Jane, aunque no estaba segura de que Tim la estuviera

escuchando.

—Estoy seguro de que tenéis razón —dijo Tim, después de unos instantes. Les dedicó una

sonrisa a ambos—. Simplemente quiero controlar las cosas. Ahora, estoy seguro de que os estoy

apartando a los dos de vuestro trabajo, así que no alargaremos más esta reunión.

Cuando Nate y Jane salieron del despacho, el primero preguntó:

—¿A qué crees que ha venido eso?

—No estoy segura —respondió ella mientras se dirigían hacia los ascensores

—. Supongo

que tiene derecho a estar algo nervioso. Este es el primer proyecto del que se hace cargo en

solitario. Todo lo demás ya estaba más o menos encarrilado cuando su padre murió.

—Thornway tiene una buena reputación —comentó Nate después de que entraran en el

ascensor—. ¿Qué opinión tienes sobre Tim?

—No quiero hablar. Yo estaba muy unida a su padre. Lo apreciaba mucho. Él conocía el

negocio de la construcción desde todos los ángulos. Era... Con él se trataba de algo personal.

Creo que ya sabes a lo que me refiero.

—Sí.

—Tim no es la clase de hombre que era su padre, pero éste le dejó un listón muy alto que

superar.

Cruzaron el vestíbulo y se dirigieron juntos al aparcamiento.

—¿Cómo de ajustado crees que es el presupuesto que ha realizado para este trabajo?

—Muy justo. Tal vez demasiado —dijo ella—, pero no creo que sea tan estúpido como

para arriesgarse en un proyecto de esta envergadura. Las cláusulas de penalización son

inmensas.

Eso sí lo sé. Lo suficiente para meterle el miedo en el cuerpo a cualquiera. Se contrarresta

con una buena recompensa si el trabajo se termina antes de lo previsto.

—En ese caso, tal vez esté pensando demasiado en la recompensa —observó Nate. Se

encogió de hombros y se apoyó sobre el coche de Jane—. A mí me parece que su esposa le resulta

muy cara. Es sólo una observación, pero el collarcito que llevaba la otra noche le habrá costado a

Tim unos cinco o seis mil dólares.

—¿De verdad? —preguntó ella, cuando estaba a punto de meterse en el coche.

Aquel comentario sacó a Nate de sus especulaciones. Sonrió.

—Eres tan mona, pelirroja.

—¿De verdad crees que ese collar le costó tanto dinero? —insistió ella.

—Las mujeres como ésa no se conforman con joyas de cristal.

—No, supongo que no —murmuró, aunque le costaba creer que alguien pudiera gastar

tanto dinero en un collar.

—¿En qué estás pensando?

—En que Tim debe de estar loco, aunque puede gastarse su dinero como le plazca.

—Tal vez lo considera como una inversión —comentó. Al ver que Jane lo observaba sin

comprender, se apresuró a explicarse—. Podríamos decir que algunas mujeres necesitan muchos

incentivos para permanecer al lado de un hombre.

—Bueno, creo que es su problema. En cualquier caso, no tenemos tiempo para permanecer

aquí cotilleando sobre Tim y su esposa.

—Sólo son especulaciones. Escucha, tengo que realizar una parada de camino al trabajo.

¿Puedes seguirme?

—Sí, pero ¿por qué...?

—Tengo que recoger una cosa. Me vendría muy bien tu ayuda —dijo. Le dio un beso y se

marchó hacia su coche.

Diez minutos más tarde, Jane entró tras él en Neumáticos Jerry.

—¿Qué vas a comprar aquí?

—Un traje nuevo. ¿Tú qué crees? —replicó Nate. Descendió de su coche y la sacó a ella

del suyo. Entonces se dirigieron juntos al taller. Detrás de un raído mostrador había un hombre

muy calvo con gafas que se dirigió inmediatamente a atenderlos.

—Buenos días —gritó, por encima del ruido del taller—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—¿Ve ese coche? —le preguntó Nate. Se había vuelto y estaba señalando el vehículo de

Jane—. Quiero que le cambie todas las ruedas. Hasta la de repuesto.

—Pero yo... —dijo Jane. Antes de que ella pudiera terminar, el hombre empezó a revisar

los catálogos.

—Tenemos unos neumáticos de oferta muy buenos —comentó.

—Quiero los mejores —afirmó Nate.

Los ojos del hombre empezaron a brillar —detrás de los cristales de las gafas.

—Nate, esto es...

—Muy bien —afirmó el dependiente. Evidentemente había empezado a calcular los

beneficios, porque no perdió el tiempo a la hora de rellenar el albarán—. Tengo algo en el

almacén que irá a la perfección.

Nate miró el albarán, se fijó en la marca. y asintió.

—¿Lo tendrá listo para las cinco?

—Por los pelos —respondió el dependiente, tras mirar el reloj y consultar la lista de

trabajos del día.

—Muy bien —replicó Nate. Le quitó a Jane las llaves de la mano y se las entregó al

hombre

—Volveremos a esa hora.

Antes de que ella pudiera completar una frase, Nate la sacó del taller.

—¿Qué es lo que te crees que estás haciendo?

—Te estoy haciendo un regalo de cumpleaños.

—Mi cumpleaños es en octubre.

—En ese caso, ya estoy cubierto.

—Mira, Nate, no tienes ningún derecho a tomar esta clase de decisiones en mi nombre. No

puedes... meter a nadie en un taller de neumáticos y encargarlos sin consultar.

—Es mejor aquí que en el supermercado. Además, no he metido a cualquiera en este taller,

sino a alguien muy importante para mí, alguien a quien no me gusta ver conduciendo un coche

con cuatro neumáticos que consumieron las cubiertas hace seis meses.

¿Quieres que nos peleemos

por eso?

—No, pero yo podría haberme ocupado de comprar los neumáticos. De hecho, ya estaba

pensando en hacerlo.

—¿Cuándo?

—Pronto —respondió ella, vagamente.

—Pues ahora ya está hecho. Feliz cumpleaños.

Jane decidió que lo mejor era rendirse. Se inclinó sobre él y le dio un beso.

—Gracias.

Jane regresó aquella noche a su casa con mucha prisa. Había vuelto a perderse la visita del

inspector, pero los cimientos para las primeras cabañas habían superado la prueba con creces.

Además, había podido ver en funcionamiento la cubierta retráctil y por fin los ascensores no

tenían ningún problema.

No obstante, la reunión con Tim le había dado algunos problemas y el tiempo que había

perdido le había hecho prolongar su jornada laboral hasta las seis. A continuación, había

tardado casi una hora más en ir a recoger su coche.

—*Nunca están listos cuando dicen que lo estarán musitó mientras subía a toda velocidad*

las escaleras de su edificio. Cuando llegó al descansillo de su puerta, vio algo que la iba a

retrasar aún más—. Mamá, no sabía que ibas a venir a verme.

—*Oh, Jane, estaba a punto de dejarte una nota. ¿Tienes prisa?*

—*Llevo corriendo todo el día —respondió ella. Abrió rápidamente la puerta de su*

apartamento.

—*¿He venido en mal momento?*

—*No... Sí. Es decir, voy a volver a salir dentro de unos minutos.*

—En ese caso, no te entretendré mucho —Suspiró Jessie mientras entraban en el salón—.

¿Has salido tarde del trabajo?

—Sí —dijo Jane. Se dirigió rápidamente al dormitorio. No iba a cenar con Nate vestida

con vaqueros y botas—, y después tuve que ir a recoger mi coche.

—¿Se ha vuelto a estropear? —quiso saber Jessie, entrando también en el dormitorio.

—No. Me han cambiado los neumáticos. En realidad, Co..., un amigo mío me los ha

regalado.

—¿Dices que alguien te ha regalado unos neumáticos?

—Sí —contestó Jane. Sacó un vestido de color verdes—: ¿Qué te parece esto?

—¿Para una cita? Precioso. ¿Tienes unos pendientes llamativos?

—Tal vez —respondió Jane. Abrió un cajón, y comenzó a rebuscar.

—¿Y por qué te regaló ese amigo unos neumáticos?

—Porque los míos estaban muy desgastados y le preocupaba que tuviera un accidente.

—¡Vaya! Eso es lo más romántico que he oído en mucho tiempo.

—¿Los neumáticos te parecen románticos? —preguntó Jane. Sacó un pendiente de plata,

con unas cuentas en color cobre.

—Estaba preocupado por ti y no quería que sufieras daños. ¿Qué puede haber más

romántico que eso?

Jane dejó caer el anillo en el cajón.

—A mí no me lo pareció.

—Eso es porque tú no miras casi nunca el lado romántico de las cosas. Ya sé que me vas a

decir que yo lo miro con demasiada frecuencia, pero soy así, cielo. Tú te pareces mucho más a tu

padre. Práctica, sensata y directa. Tal vez si él no hubiera muerto tan joven...

—¿Lo quisiste mucho? —preguntó Jane, mientras empezaba a buscar una bolsa de viaje

—.

Lo siento. No debí preguntarte eso.

—¿Y por qué no? Lo adoraba. Éramos jóvenes, no teníamos dinero y estábamos

completamente enamorados. Algunas veces, creo que nunca he sido más feliz en toda mi vida y sé

que son unos años que jamás olvidaré y por los que siempre me sentiré agradecida. Tu padre me

mimó mucho, Jane. Se ocupó de mí y me trató del modo en el que todas las mujeres deberían ser

tratadas. Supongo que lo he buscado en todos los hombres con los que he estado. Tú sólo eras

una niña cuando él murió, pero, cuando te miro, lo veo en ti.

—Nunca me di cuenta de que era eso lo que sentías por él —dijo Jane, tras volverse muy

lentamente.

—¿Porque siempre me ha resultado fácil entablar relación con otros hombres? No me gusta

estar sola. Formar parte de una pareja es tan necesario para mí como tu independencia lo es para

ti. Flirtear es para mí como respirar. Creo que sigo siendo mona —comentó, tras mirarse en el

espejo—. Y me gusta serlo y también que los hombres piensen que lo soy. Si tu padre no hubiera

muerto, creo que las cosas hubieran sido muy diferentes. El hecho de que pueda ser feliz con

otros hombres no quiere decir que no lo amara a él.

—Te ha debido de parecer que te estaba criticando. Lo siento.

—No. Sé que no me comprendes. La verdad es que no siempre te comprendo, pero eso no

significa que no te quiera.

—Yo también te quiero. Me gustaría que fueras feliz.

—Bueno, estoy intentándolo... Siempre estoy intentándolo. Ésa es una de las razones por

las que he venido. Quería que supieras que me voy a marchar un par de días.

—¿Sí? ¿Adónde?

—A Las Vegas. Willie va a enseñarme a jugar al blackjack.

—¿Te vas a marchar con el señor Barlow? ,

—No me mires así. Willie es uno de los hombres más dulces que he conocido nunca. De

hecho, es divertido, considerado y un perfecto caballero: Ha reservado suites separadas.

—Bueno, pues que te diviertas —comentó Jane. Le resultaba difícil digerir las noticias.

—Lo haré. ¿Sabes una cosa, cielo? Si guardaras todas estas cosas en el armario y en la

cómoda podrías encontrarlas cuando... ¡Oh, Dios mío! —exclamó, al ver el collar que Nate le

había regalado a Jane—. ¿Dónde has conseguido esto?

—Es un regalo —respondió Jane. Sonrió al ver que su madre se colocaba delante del espejo

con el collar alrededor del cuello—. Es muy bonito ¿verdad?

—Es mucho más que eso. Creo que no deberías dejarlo tan a la vista.

—Tengo la caja por alguna parte. Creo que me lo pondré esta noche.

—Si fuera mío, nunca me lo quitaría. ¿Y es un regalo? ¿De quién?

—De un amigo.

—Venga ya, Jane...

—Está bien. Nate me lo compró cuando estuvo a San Diego.

—Vaya, vaya... ¿Sabes una cosa, tesoro? Éste es tipo de regalo que un

hombre le da a su

esposa. O a su amante.

Al escuchar aquellas palabras, Jane se sonrojó. Trató de disimular cepillándose el cabello.

—Sólo es un detalle de un compañero de trabajo y de un amigo.

—Los compañeros de trabajo no regalan collares de diamantes.

—No seas tonta. No son de verdad.

—No puedo creer que, mi única hija, tenga una carencia tan grande en su educación. No

me lo puedo creer.

—Venga ya mamá. Los diamantes son blancos y estas piedras no los son. Además, resulta

ridículo pensar que él me compraría diamantes. Es un precioso collar con hermosas piedras de

colores.

—Jane, eres una ingeniera muy buena, pero a veces me preocupas —dijo Jessie. Se sacó la

polvera del bolso y la abrió—. Cristal la informó, mostrándole el espejo—. Diamantes —

añadió. Frotó el collar contra el espejo y se lo mostró a Jane.

—Está rayado...

—Por supuesto que está rayado. Eso es lo que hacen los diamantes. Lo que tienes en este

collar son unos cinco quilates. No todos los diamantes son blancos, ¿sabes?

—Dios mío... Son de verdad —murmuró—. Yo creía que sólo era un bonito collar.

—Lo que yo creo es que es mejor que termines de arreglarte para que puedas ir a darle las

gracias como merece —le aconsejó Jessie tras darle un beso en la mejilla.

Nate estaba muy nervioso. No solía fijarse mucho en el tiempo, pero, había mirado el reloj

una y otra vez en los últimos minutos. Eran más de las ocho. Según sus cálculos, Jane ya debería

haber llegado. ¿Dónde estaba?

Se sentó en una silla y encendió un cigarrillo. Tal vez aquél era el comportamiento normal

de un hombre enamorado. Recordó lo hermosa que estaba cuando dormía. Tan suave, tan

vulnerable...

Hasta el caos de su apartamento le parecía encantador. Le gustaba el modo en el que

caminaba, en el que se sentaba... Decidió que estaba completamente loco por ella. Por eso,

cuando Jane llamó a la puerta, se levantó y la abrió en menos de tres segundos.

—Ha merecido la pena —dijo, en el momento en el que la vio.

—¿El qué?

—La espera —contestó. La tomó del brazo y la hizo entrar en la suite. Antes de que

podiera bajar la cabeza para darle un beso, vio su mirada—. ¿Ocurre algo?

—No estoy segura —dijo—. ¡Qué bonito! —añadió, al ver la mesa, perfectamente

decorada.

—Podemos pedir cuando quieras —dijo él. Le quitó el bolso de las manos y lo dejó a un

lado—. ¿Cuál es el problema, pelirroja?

—Mira, yo no sé mucho de estas cosas y en su momento no me di cuenta de lo que era.

Ahora que lo sé, desconozco cómo he de tomármelo. Se trata de eso —afirmó, mostrándole

el collar que llevaba alrededor de la garganta.

—¿El collar? Pensé que te gustaba.

—Claro que sí. Es precioso, pero pensé que era bisutería. De cristal o de esas piedras

artificiales. Mi madre ha venido a verme esta tarde, Se marcha a Las Vegas con el señor Barlow

—¿Y ése es el problema? —preguntó Nate. No lograba entender de qué estaba hablando.

—No. Mi madre me dijo que este collar es de diamantes.

—Eso fue lo que me dijo el joyero. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Nate, no me puedes regalar un collar de diamantes.

—Está bien. Dame un minuto —dijo él. Tomó asiento y recordó la alegría con la que

había recibido el regalo. Lo hizo sonreír, sobre todo al darse cuenta de que ella había creído que

sólo era bisutería—. Eres una mujer muy interesante, Wilson. Te pusiste muy contenta cuando

creíste que lo había comprado en una tienda de baratijas.

—No pensé eso, pero... Yo nunca he tenido diamantes —comentó, como si eso lo explicara

todo.

—Me gusta ser el primero que te los ha regalado. ¿Tienes hambre?

—Nate, no me estás escuchando.

—No he hecho más que escucharte desde que has entrado. Preferiría mordisquearte el

cueello, pero me he estado conteniendo.

—Estoy tratando de decirte que no sé si está bien que me lo quede.

—Muy bien. Lo devolveré...

—Pero yo quiero quedármelo... Sé que deberla devolvértelo e iba a hacerlo, pero quiero

quedármelo. No deberías haberme puesto en una situación como ésta, Nate.

—Tienes razón, pelirroja. Sólo un estúpido compraría un collar como ése y esperaría que

una mujer se pusiera muy contenta.

—Eso no es lo que quería decir y lo sabes... Me estás haciendo parecer una estúpida.

—No te preocupes. No me ha costado ningún trabajo.

—No seas tan arrogante —comentó ella, ahogando una sonrisa—. Aún tengo el collar.

—En eso tienes razón,

—Es tan hermoso —susurró, reconociendo la derrota. Se acercó a Nate y le rodeó el cuello

con los brazos.

—Lo siento bromeó él—. La próxima vez te compraré algo barato y feo.

—Supongo que también debería darte las gracias por los neumáticos.

—Creo que si —susurró Nate. Le colocó las manos sobre las caderas y empezó a

acariciárselas.

—Mi madre me dijo que eran un regalo muy romántico.

—Me cae muy bien tu madre —musitó. Sin dejar de acariciarla, empezó a trazarle la

forma de los labios con la lengua.

—Nate.

—¿Hmmm?

—No me compres más regalos, ¿de acuerdo? Me ponen nerviosa.

—No hay ningún problema. Dejaré que tú pagues la cena.

—¿De verdad tienes hambre? —le preguntó ella. Le había estado peinando el cabello con

los dedos mientras lo observaba con los ojos entornados.

—Depende...

—En ese caso, ya comeremos más tarde —sugirió ella, antes de apretarse contra él.

9

—Nate, ¿te importa abrirla puerta?

Jane estaba sentada en la cama, poniéndose sus botas de trabajo. Cuando llamaron a la

puerta, frunció el ceño y miró el reloj. No era muy normal recibir visitas a las siete de la mañana.

Decidió que haría que la visita fuera breve ya que quería estar en la obra antes de las ocho.

Nate salió de la cocina con una taza de café en la mano. Tenía el cabello aún húmedo de la

ducha y la camisa medio abotonada y así abrió la puerta. Era la madre de Jane.

—Oh, hola —dijo Jessie, algo sorprendida.

—Buenos días —repuso él. Se hizo a un lado para franquearle el paso—. Te has

levantado muy temprano.

—Quería hablar con Jane antes de que se marche al trabajo. Después, tengo un montón de

cosas que hacer. ¿Está en casa?

—En el dormitorio: ¿Te apetece una taza de café?

—En realidad, yo... Oh, ahí estás, hija —observó. Dedicó una nerviosa sonrisa a Jane.

—Mamá... —repuso ella, muy sorprendida.

Los tres permanecieron de pie durante un instante, sin saber qué decir.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la mañana?

—Quería verte antes de que te marcharas al trabajo —contestó. Entonces dudó y miró a

Nate—. Creo que me encantaría una taza de café.

—Por supuesto —dijo él.

Inmediatamente se dirigió a la cocina.

—Jane, ¿podríamos sentarnos un momento?

Sin decir palabra, Jane le indicó el sofá. Esperaba que su madre no fuera a comentar nada

por el hecho de que tuviera a un hombre en su apartamento.

—¿Ocurre algo malo?

—No, no ocurre nada malo —respondió.

Respiró profundamente y aceptó la taza que Nate le ofrecía.

—¿Qué os parece si os dejo solas a las dos?

—No hace falta —le aseguró Jessie. De hecho, se alegraba de que su hija tuviera a alguien

en su vida—. Por favor, siéntate, Nate. Siento haberos interrumpido, pero no os entretendré

mucho tiempo. Acabo de regresar del viaje que he hecho con Willie. Me he casado.

*—¿Cómo dices? —preguntó Jane, completamente atónita—. ¿En Las Vegas?
¿Con*

quién?

—Con Willie, por supuesto.

Jane guardó silencio durante varios segundos. Cuando habló, lo hizo muy lentamente,

espaciando cada palabra.

—¿Te has casado con el señor Barlow en Las Vegas?

—Hace dos días —contestó Jessie. Entonces, extendió una mano para mostrarles un anillo

de diamantes—. Cuando decidimos que esto era lo que queríamos, no encontrarnos ninguna

razón para esperar. Después de todo, no somos unos niños.

—Mamá, pero... casi no lo conoces.

—He podido conocerlo muy bien durante las últimas dos semanas. Es un hombre

maravilloso, cielo. Admito que no esperaba que me pidiera que me casara con él, pero cuando lo

hizo sólo pude decir que sí. Estábamos allí y había una pequeña capilla... así que nos casarnos.

—Ya tienes mucha práctica —le espetó Jane.

Los ojos de Jessie reflejaron su furia, pero su voz permaneció tranquila.

—Me gustaría que te alegraras por mí. Yo estoy muy contenta, pero si no puedes, al menos

me gustaría que lo aceptaras.

—En esto también tengo mucha práctica.

—Willie quería venir conmigo esta mañana, pero pensé que sería mejor que te lo dijera yo

sola. Te aprecia mucho y tiene una gran opinión de ti, tanto como mujer como profesional.

Espero que no se lo pongas difícil.

—Yo también aprecio al señor Barlow —repuso Jane, con voz muy seca—. Supongo que

no me debería sorprender. Os deseo buena suerte

—Bueno, eso ya es algo —dijo Jessie, algo triste—. Bueno, tengo que marcharme para

presentar mi dimisión —añadió mientras se levantaba del asiento.

—¿Vas a dejar tu trabajo?

—Sí. Me voy a vivir a Dallas. El hogar de Willie está allí.

—Entiendo. ¿Cuánto te marchas? —quiso saber Jane. Se levantó también.

—Esta misma tarde para conocer a su hijo. Volveremos dentro de unos días —explicó. Le

habría gustado abrazar a su hija, pero pensó que era mejor no hacerlo—. Te llamaré cuando

regresemos.

—Muy bien —dijo Jane. No había afecto en su voz—. Que tengas un buen viaje.

Nate se dirigió a la puerta para abrírsele. Entonces, antes de que Jessie se marchara, la

tocó afectuosamente en el brazo.

—Te deseo lo mejor, Jessie.

—Gracias —susurró ella. Estaba muy triste—. Cuida de ella, por favor —añadió, antes

de marcharse.

Nate cerró la puerta y se volvió para mirar a Jane, que seguía exactamente en el mismo

sitio.

—Has sido muy dura con ella, ¿no te parece?

—No te metas en esto.

—Creo que puedo hacerlo. ¿Cuál es el problema, Jane? ¿No crees que tu madre es libre para

casarse con quien quiera?

—Por supuesto. Siempre lo ha sido. Ahora, quiero terminar de arreglarme para ir a

trabajar.

—No —afirmó Nate. La agarró por la manga antes de que ella pudiera desaparecer en el

dormitorio—. No vas a ir a trabajar ni a ninguna otra parte hasta que hayas hablado conmigo.

—Muy bien. ¿Quieres que hable contigo? Lo haré. Mi madre no cambia nunca. Siempre es

lo mismo con ella. Primero fue Amy, mi padre —dijo, tras tomar la fotografía de un hombre—.

Murió antes de que cumpliera los veinticinco años. Según me ha dicho mi madre, era el

amor de su vida.

—Tu padre murió hace mucho tiempo. Tu madre tiene derecho a seguir viviendo.

—Te aseguro que lo ha hecho. No ha hecho falta que nadie se lo dijera. De hecho, ha

resultado un poco difícil seguirle el rastro. Marido número dos, Bob — comentó, tomando otra

fotografía—. Yo tenía unos seis años cuando decidió que era libre para casarse con él. Ése le

duró dos, tal vez, tres años. A continuación, vino Jim. No nos olvidemos de él. Es el marido

número tres. Antes de él, hubo tres o cuatro más, pero no llegó a casarse con ellos. Jim era el

dueño de una tienda de ésas que abre las veinticuatro horas. Se conocieron cuando mi madre fue

a comprar unos refrescos y se casaron seis meses más tarde. Eso fue más o menos el tiempo que

permanecieron juntos. En realidad, Jessie no lo cuenta. De hecho, ni siquiera se molestó en

mantener su apellido. Después vino Bud. El bueno de Bud Peters. No tengo fotografía de él.

Bud vendía zapatos y le gustaba hacer cosas en la casa. No era un hombre que fuera a

revolucionar el mundo, pero yo lo apreciaba mucho. Supongo que Jessie

también, porque

estuvieron juntos casi siete años. Eso es un récord para mi madre. El bueno de Bud Peters tiene

el récord.

—Es su vida, pelirroja.

—También era la mía —replicó ella, apasionadamente—. Maldita sea, también era mi

vida.

¿Tienes idea de lo que fue para mí no saber nunca el apellido que iba a utilizar mi madre o

preguntar qué hombre iba a ser mi siguiente padrastro, dónde íbamos a vivir o a qué colegio iba a

yo a ir?

—No, no lo sé, pero ahora eres una mujer adulta. El matrimonio de tu madre no tiene por

qué afectarte.

—Es lo mismo una y otra vez. ¿No lo ves? La he visto enamorarse y desenamorarse más

rápido que una adolescente, Cada vez que se casa o se divorcia, dice lo mismo. Esto va a ser lo

mejor para todos nosotros, pero nunca lo era, al menos para mí. Ahora, viene aquí para decirme

que se ha casado después de haberlo hecho. Siempre me he enterado de estas cosas después de que

ella hubiera dado el gran paso.

—Tal vez no haya mostrado muy buen juicio a lo largo de su vida, pero eso no significa que

no te quiera.

—Claro que me quiere, pero a su modo. Nunca ha sido del modo que yo necesitaba. No

importa. Creo que tienes razón. Estoy reaccionado de un modo exagerado. Hablaré con ella, con

los dos, cuando regresen. Lo siento Nate —añadió, mesándose el cabello—. Lo he pagado

contigo.

—No, no lo has hecho. Sólo te has desahogado.

—Supongo que me estoy comportando de un modo egoísta y estúpido.

—No. Solo humano —susurró. Le acarició suavemente la mejilla—. Ven aquí —añadió,

antes de tomarla entre sus brazos—. Estoy loco por ti.

—¿De verdad?

—De verdal. He estado pensando que cuando todo esto termine deberías venir al Este...

durante un tiempo —añadió, para no asustarla—. Puedes ver la casa que me estoy

construyendo y hacérmelo pasar muy mal por el diseño. Ver el océano.

Si se fuera al este con él, ¿podría volver a marcharse después? No quería pensar en ello, ni

en finales ni en despedidas.

—Creo que me gustaría hacerlo —dijo—. Me gustaría que me mostraras el océano. Yo aún

no he tenido oportunidad de mostrarte el desierto.

—Podríamos ausentarnos hoy del trabajo.

Jane sonrió y se apartó de él. Nate la había ayudado mucho. La había ayudado a volver a

levantarse.

—Creo que no. No estaría bien que no prestar la debida atención al proyecto del nuevo

marido de mi madre.

Cuando llegaron a la obra, Jane estaba de mejor humor. Sabía que sin Nate habría

permanecido deprimida y enfadada durante días. Él la había ayudado mucho. Deseó poder

agradecerlo sin presionar demasiado su relación.

Hasta el momento, no había habido promesas ni habían hablado del futuro ni fingido que

habría final feliz. La invitación para ir al este había sido tan casual que no le habría

preocupado aceptarla.

Después de llegar la obra, cada uno se fue por su lado, como hacían normalmente. Más

tarde, compartirían la noche.

Jane decidió dirigirse a las cabañas.

—Tunney —dijo Jane, saludando al capataz encargado de las instalaciones eléctricas—,

¿cómo va todo?

—Bastante bien, señorita Wilson. Pensé que aún estaba ocupada en el balneario.

—Quería ver cómo iban las cosas por aquí. ¿Crees que el tableado se va a terminar a

tiempo? Thornway está un poco nervioso.

—Sí, claro que sí. Tal vez quiera echarles un vistazo a esas unidades de allí —comentó,

señalando a una de las secciones—. Los carpinteros están progresando mucho.

—Muy bien —dijo Jane. —Maldita sea —añadió. Acababa de engancharse la bota con

un trozo de cable—. Hay que mantener esto limpio y recogido. El inspector encargado de la

seguridad nos empapelaría por esto.

—Tiene que tener cuidado por dónde pisa —le aconsejó Tunney, después de apartar el

trozo de cable. Lo arrojó a un cubo de basura.

—Sí. ¿Acaba de llegar este pedido? —preguntó Jane, señalando tres enormes ruedas de

cable—. Mientras los proveedores no nos fallen, todo irá bien.

Se apoyó sobre una de las ruedas y observó la obra. En aquel momento, comprendió que

había empezado a ver y a entender la visión de Nate. Aquél sería uno de los lugares más

maravillosos del estado. Cuando el centro turístico estuviera terminado, no sólo se fundiría a la

perfección con el desierto, sino que lo celebraría.

—Va a ser un lugar estupendo, ¿verdad Tunney?

—Creo que sí.

—¿Has pasado alguna vez un fin de semana en uno de estos lugares?

—No.

—Yo tampoco. Nosotros sólo los construimos, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Veo que te estoy impidiendo trabajar —comentó ella, al notar la impaciencia del

hombre.

Tunney no era uno de los obreros más simpáticos. Trató de incorporarse de la rueda, pero el

cable se le enganchó en los vaqueros. —Dios, hoy estoy muy torpe. ¿Y dices que estas ruedas han

llegado hoy?

—Hace una hora.

—Maldita sea, creo que éste no es cable del catorce, sino del doce —dijo

ella, con el

conocimiento que daba la experiencia.

—Creo que tiene razón, señorita. Nosotros pedimos del catorce, por lo que creo que alguien

se ha equivocado en el pedido.

—Llama ahora mismo al proveedor y dile que nos envíen, inmediatamente, el cable del

catorce que pedimos. No queremos sufrir ningún retraso.

—Muy bien, señorita.

De repente, desde el balneario, se escuchó un fuerte ruido de cristales rotos y un grito.

—Dios mío —susurró Jane.

Se dirigió inmediatamente hacia el balneario. Se escuchaba chillar a los hombres. Cuando

llegó, vio que Nate estaba al lado del cuerpo ensangrentado de uno de los obreros. Sintió que se

le hacía un nudo en el corazón.

—¿Está grave? —preguntó. Creyó reconocer al trabajador vagamente.

—No lo sé —respondió Nate—. Ya viene una ambulancia de camino.

—¿Qué ocurrió?

—Parece ser que estaba en el andamio interior terminando parte del tableado. Perdió el

equilibrio, dio un mal paso... No sé. Se cayó directamente por la ventana...

Han sido más de seis

metros.

—¿No podemos levantarlo de ese cristal?

—Podría tener la espalda rota, o el cuello. No podemos moverlo.

Minutos más tarde, cuando escucharon la sirena de la ambulancia, Jane volvió a tomar la

palabra.

—Nate, llama a Tim. Cuéntale lo que ha ocurrido. Que se aparte todo el mundo. Dejadles

sitio a los de la ambulancia para que puedan trabajar. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Dave —dijo alguien—. Dave Méndez.

—¿Tiene familia?

—Su esposa —contestó otro de los hombres, mientras fumaba un cigarrillo con gesto

nervioso. Lo que le había ocurrido a Méndez podría haberle pasado a cualquiera de ellos—.

Se llama Carmen.

—Yo me ocuparé de eso —anunció Nate, mientras los enfermeros de la ambulancia ataban

a Méndez a una camilla rígida.

—Gracias. Yo voy a seguir a la ambulancia. Alguien debería estar allí. En cuando sepa

algo, te llamaré.

*Después de intercambiar unas breves palabras con los de la ambulancia,
Jane echó a correr*

hacia su coche.

*Treinta minutos más tarde estaba en la sala de espera del hospital, paseando
muy nerviosa*

de arriba abajo.

*A pesar de que Méndez no era familia suya, estaba muy preocupada por la
suerte que*

podría correr. No dejaba de rezar.

—Jane.

—Nate —dijo, al verlo—. No creía que fueras a venir aquí.

—He venido a traer a la esposa de Méndez. Está firmando unos papeles.

—Me siento tan inútil. No quieren decirme nada. ¿Cómo está su esposa?

*—Aterrada y confusa. Está tratando de soportar todo lo que está pasando.
Dios, no creo*

que tenga más de dieciocho años...

*—Yo me quedaré con ella —anunció Jane—. No debería esperar sola. ¿Has
llamado a*

Tim?

—Sí. Está muy disgustado. Ha dicho que lo mantengamos informado.

*Jane se quedó atónita. Cuando la empresa la dirigía su padre, si un
empleado resultaba*

gravemente herido, Thomas Thornway se presentaba en persona en el hospital.

—Tal vez podría intentar hablar con el médico ahora —dijo ella. Estaba a punto de

abandonar la sala de espera cuando una joven mujer embarazada entró.

—¿Señor Johnson?

Nate le rodeó los hombros con un brazo. La mujer estaba temblando. Rápidamente la

condujo a una silla.

—Jane, ésta es Carmen Méndez.

—Señora Méndez —susurró Jane. Rápidamente tomó las dos manos de la mujer entre las

suyas—. Soy Jane Wilson, la ingeniera del proyecto. Si quiere, me gustaría quedarme con usted.

¿Hay alguien que quiera que llame?

—A mi madre —musitó la joven, sin dejar de llorar—. Vive en Sedona.

—¿Me puede dar el número?

—Sí... —susurró ella, en español.

Jane se sentó a su lado y empezó a hablar con ella en español, un idioma que hablaba con

fluidéz. Asintió y escuchó atentamente las respuestas de Carmen. Después, se levantó y se

dirigió hacia Nate.

—Llevan casados menos de un año —dijo, mientras avanzaban por el pasillo—. Está

embarazada de seis meses. Y demasiado asustada para entender lo que el médico le decía, pero

creo que se han llevado a Méndez al quirófano.

—¿Quieres que vaya a ver qué puedo descubrir?

—Gracias. Este es el número de su madre —le explicó Jane, tras garabatear rápidamente

el número en un papel que llevaba en el bolsillo.

Regresó con Carmen para reconfortarla. Cuando Nate volvió, les llevó algo de información.

Estuvieron cuatro horas esperando en sala de espera. De vez en cuando, Jane trataba de

que Carmen se tomara un poco de té.

—Deberías comer algo —murmuró—. Por tu hijo. ¿Qué te parece si voy a por algo?

—Cuando vengan los médicos. ¿Por qué no vienen?

—Sé que resulta muy duro esperar.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando vio al médico, aún ataviado con la ropa

del quirófano. Carmen lo vio también y se aferró con fuerza a la mano de Jane.

—¿Señora Méndez? —preguntó el doctor. Se sentó enfrente de ella, sobre la mesa—. Su

esposo acaba de salir del quirófano.

El miedo hizo que Carmen no comprendiera el inglés y lanzó un grito de desesperación en

español.

—Quiere saber cómo está —tradujo Jane.

—Lo hemos estabilizado. Hemos tenido que quitarle el bazo y había otros daños internos,

pero es joven y fuerte. Sigue en estado crítico y ha perdido gran cantidad de sangre debido a las

heridas internas y las laceraciones. Tiene la espalda rota.

Carmen cerró los ojos. No comprendía casi nada de lo que el médico había dicho. Sólo le

interesaba saber si su esposo se iba a poner bien.

—¿Va a morir? —preguntó.

—Estamos haciendo todo lo que podemos por él, pero sus heridas son muy graves. Va a

estar en cuidados intensivos durante un tiempo.

—¿Puedo verlo? preguntó Carmen.

—Muy pronto. Vendremos a buscarla cuando haya salido de Reanimación.

—Gracias —susurró Carmen, secándose los ojos—. Muchas gracias. Esperaré.

Jane fue a hablar con el doctor antes de que volviera a marcharse.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Para ser sincero, habría dicho que muy pocas cuando lo trajeron. Tenía mis dudas de que

sobreviviera a la operación, pero lo ha hecho y, como he dicho, es joven y fuerte.

—¿Podrá andar?

—Aún es pronto para decirlo, pero tengo bastantes esperanzas, aunque necesitará una

rehabilitación muy larga.

—Queremos que le proporcionen todo lo que necesite. No creo que la señora Méndez

comprenda lo del seguro, pero Thornway tiene una excelente póliza para gastos médicos.

—Le seré muy franco si le digo que habrá muchos gastos, pero, con tiempo y cuidados, se

recuperará.

—Eso es lo queremos. Gracias, doctor.

Jane se apoyó contra la puerta, completamente agotada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Nate.

—Ahora bastante bien. Tenía tanto miedo. Es tan joven...

—Te estás portando muy bien con su esposa.

—Si yo estuviera en su lugar, no querría esperar sola. Son sólo unos niños... Me ha estado

contando lo contentos que estaban por lo del bebé, que habían estado ahorrando para comprar

muebles y lo bueno que era que él tuviera un trabajo fijo...

—No llores —susurró Nate. Le secó una lágrima de la mejilla—. Todo va a salir bien.

—Me siento tan inútil...

—Vamos a casa.

—No quiero dejarla sola.

—En ese caso, esperaremos hasta que llegue su madre.

—Gracias. Nate... Me alegro mucho de que tú también estés aquí.

Él le rodeó la estrechó entre sus brazos.

—Pelirroja, tarde o temprano aceptarás que no puedes librarte de mí.

Cuando anochece, Nate estaba sentado en el apartamento de Jane, observándola. Ella

estaba dormida en el sofá, completamente exhausta.

La conversación que había oído aquella mañana entre Jane y Jessie le había revelado

muchas cosas. No había sido un único incidente, una traición, lo que la hacía mostrarse tan

cautelosa con respecto a las relaciones sentimentales. Había sido toda su vida.

Tenía que ser muy difícil confiar en un hombre después de haber vivido con tantos... Sin

embargo, estaba con él. Tal vez seguiría levantando barreras, pero estaba a su lado. Eso

significaba algo. Sabía que iba a llevar tiempo, tal vez más de lo que habla planeado, pero iba a

encargarse de que Jane se quedara con él.

Se levantó, se acercó y la tomó entre sus brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó Jane. Se despertó muy sobresaltada, con los ojos abiertos de par

en par.

—Estás agotada, pelirroja. Deja que te lleve a la cama.

—Estoy bien. Sólo necesitaba echar un sueñecito.

—Puedes terminarlo en la cama —dijo Nate mientras ella se acurrucaba contra él. La

llevó a la cama y, a continuación, se sentó a los pies para poder desabrocharle los zapatos.

—Estaba soñando...

—¿Sobre qué? —quiso saber Nate. Tras quitarle los zapatos, comenzó a desabrocharle el

pantalón.

—No lo sé exactamente, pero era muy agradable... ¿Estás seduciéndome?

—En estos momentos no —contestó él. Le miró las largas piernas y las estrechas caderas,

completamente desnudas a excepción de un práctico triángulo de algodón.

—¿Y eso?

—Principalmente porque me gusta seducirte cuando estás despierta —

susurró Nate. La

cubrió suavemente con la sábana y se inclinó sobre ella para besarla en la frente. Antes de que

pudiera retirarse, Jane lo agarró de la mano.

—Estoy despierta —musitó. Tenía los ojos cerrados, pero estaba sonriendo —. Casi Nate

volvió a sentarse en la sarna y comenzó a acariciarle el cabello.

—¿Se trata de una petición?

—Mmm. No quiero que te vayas.

Nate se quitó las botas y se metió con ella en la cama.

—No voy a marcharme a ninguna parte.

Jane lo rodeó entre sus brazos y acopló el cuerpo contra el de él. Entonces, comenzó a

besarlo.

—¿Vas a hacerme el amor?

—Ya lo estoy haciendo...

La luz fue haciéndose cada vez más tenue. Jane se movía con él, con la misma facilidad con

la que lo haría una esposa tras muchos años de matrimonio. Sin embargo, sus caricias lo

excitaban como si fuera una amante reciente. No hablaron. No era necesario.

Jane quería tocarlo, sentir su fuerza en las manos. Resultaba extraño que se

sintiera a

salvo entre sus brazos, cuando nunca antes había, notado que necesitara seguridad. Se sentía

protegida, cuidada, deseada. Nate se lo daría todo sin que ella tuviera que pedírselo. Aquello era

precisamente lo que había estado soñando. No sólo con el placer, sino también con la seguridad

de estar con el hombre que amaba. Le enmarcó el rostro entre las manos y trató de mostrarle lo

que tenía miedo de decirle.

Jane era maravillosa. Aunque hicieron el amor muy lentamente, casi con pereza, ella le

arrebató el aliento. No parecía haber límites a su generosidad.

No habla prisas. No había más sonidos que los suspiros de ambos y el suave murmullo de

los cuerpos sobre las sábanas. Nate la miró con las últimas luces del día. Sus ojos ya no

mostraban sueño, sino excitación.

Muy lentamente, como si una parte de él supiera que tendría que recordar aquel día en

algún momento de soledad del futuro, le acarició el cabello hasta que le dejó el rostro

completamente al descubierto. No podía dejar de mirarla. Se inclinó sobre ella y la besó.

Jane lo tomó entre sus brazos, casi temerosa de lo que la ternura de Nate

estaba

produciendo en ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la belleza de aquel momento.

Susurró suavemente su nombre, dando así rienda suelta a sus emociones.

Muy pronto estuvieron aferrados, como lo habrían hecho los supervivientes de una

tormenta.

Era como si no se pudieran tocar lo suficiente, como si no les bastara con lo que tenían.

Abrazados, besándose, rodaron por la cama. Las sábanas se enredaron a su alrededor. La

ternura se vio reemplazada por una avaricia que era igual de devastadora.

Con los dedos entrelazados, Jane se irguió sobre él y se deslizó suavemente para acogerlo

dentro de ella. Cuando Nate la llenó por completo, se arqueó y gimió de placer. Atrapados en las

últimas luces del atardecer, se empujaron mutuamente hacia el crepúsculo y hacia la acogedora

noche.

10

—Te agradezco mucho que hayas venido conmigo.

Nate la miró cuando detuvo el coche frente al hotel en el que se alojaban W.W. Barlow y

su esposa.

—No seas tonta.

—No, lo digo en serio —dijo ella, jugueteando nerviosamente con el collar mientras un

mozo iba a abrirle la puerta del coche—. Éste es mi problema. Un problema familiar —añadió,

después de descender del vehículo. Esperó a que Nate se reuniera con ella—, pero no quería

venir sola a esta cena.

—No estás sola. Sin embargo, no tienes por qué pensar que va a ser una especie de juicio.

No te va a entrevistar el Departamento de Estado —comentó Nate, mientras cruzaban el

vestíbulo del hotel—. Sólo vas a cenar con tu madre y su nuevo marido.

—Y eso es algo en lo que tengo mucha experiencia —replicó ella, riendo.

Se detuvieron a la entrada del comedor hasta que el maître acudió a recibirlos.

—Buenas noches, señores —dijo el hombre, con una sonrisa—. ¿Una mesa para dos?

—No. Vamos a cenar con los Barlow —respondió Nate mientras agarraba de la mano a

Jane.

—Por supuesto replicó el maître—. Los señores Barlow acaban de sentarse. Si son tan

amables de seguirme...

Atravesaron el comedor detrás del maître. Como éste habla dicho, los recién casados ya

estaban sentados. Estaban agarrándose las manos. Barlow los vio primero y se puso de pie

inmediatamente.

—Justo a tiempo —dijo. Agarró a Nate de la mano y se la estrechó con fuerza—. Me

alegro de que hayas podido venir —añadió. Antes de volverse a Jane, dudó durante un momento

—.

Bueno, ¿se me permite besar a mi hijastra?

—Por supuesto —respondió ella. Le ofreció una mejilla, pero se encontró con un fuerte

abrazo. Con más sentimiento de lo que había esperado, se lo devolvió.

—Siempre he querido tener una hija —musitó Barlow—, pero nunca esperé tenerla a mi

edad—.

Sin saber qué hacer a continuación, Jane se inclinó para besar a su madre.

—Estás maravillosa. ¿Has disfrutado de tu viaje?

—Sí —respondió Jessie. Estaba retorciendo la servilleta en el regazo—. Me va a gustar

Dallas tanto como le gusta a Willie. Espero, esperamos, que encuentres tiempo para ir a visitarnos.

—Siempre tendrás una habitación disponible en nuestra casa —afirmó

Barlow—. Será tu

hogar cuando vengas a visitarnos.

—Es muy amable de vuestra parte.

—No se trata de amabilidad. —replicó Barlow—. Somos familia.

—¿Les gustaría tomar una copa antes de cenar? —les preguntó el maître. Evidentemente,

estaba encantado de tener a uno de los hombres más ricos del país en una de sus mesas.

—Tomaremos champán. Un Dom Perignon del 71 —dijo Barlow. Entonces, colocó la

mano sobre la de su esposa—. Estamos de celebración.

—Muy bien, señor.

Cuando se marchó el maître se hizo un incómodo silencio. Cuando Nate sintió que Jane le

agarraba la mano por debajo de la mesa, decidió que había llegado el momento de proporcionar

algo de ayuda.

—Espero que puedas venir a comprobar cómo va el proyecto antes de que os marchéis a

Dallas.

—Sí, sí. Había pensado hacerlo —dijo Barlow, agradecido por el comentario.

Nate llevó la conversación a un terreno neutral y Jane comprendió que los tres solos

*habrían tenido muchos problemas para encontrar las palabras adecuadas.
Sólo Nate estaba*

relajado.

*El hecho de ver a su madre y a Barlow tan nerviosos hizo que se sintiera
egoísta y mala.*

*Resultaba evidente que los dos se amaban. No mostrar su aprobación hacia
su matrimonio*

no ayudaba a nadie y hería a todo el mundo. Incluso a ella.

Pareció producirse un suspiro de alivio común cuando se sirvió el champán.

—Muy bien —dijo Barlow, con una sonrisa nerviosa.

—Me gustaría proponer un brindis —comentó Nate.

*—No. —lo interrumpió Jane—. Me gustaría hacerlo a mí. Por vuestra
felicidad —*

*añadió, simplemente—. Espero que ames a mi madre tanto como la quiero
yo. Me alegro mucho*

de que os hayáis encontrado el uno al otro.

*—Gracias —murmuró Jessie. Trató de recuperar la compostura, pero no
consiguió hacerlo*

—. Debo ir a empolverarme la nariz. Perdonadme un momento.

Se marchó rápidamente, dejando a Barlow con una sonrisa en los labios:

*—Ha sido muy bonito, Jane. Un detalle muy bonito —susurró, tomándola de
la mano—.*

*Te aseguro que voy a cuidar muy bien de ella. Un hombre de mi edad no
encuentra muy a*

menudo la oportunidad de volver a empezar. Me aseguraré de hacerlo bien.

Jane se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Estoy convencida de ello. Regresaré dentro de un minuto.

Barlow observó cómo tomaba la misma dirección que Jessie.

—Si estuviera más orgulloso creo que estallaría por los costados —dijo Barlow. Entonces,

levantó su copa y dio un buen trago—. Menuda pareja, ¿verdad?

—Ni que lo digas.

Bueno, ahora que tenemos un minuto... Jessie me ha dicho que Jane y tú estáis... juntos.

—¿Vas a ejercer de papá conmigo, W.W.?

—Como he dicho, nunca había tenido una hija —contestó Barlow, algo avergonzado—.

Hace que un hombre se sienta muy protector. Sé que a Jessie le gustaría ver a su hija feliz. Cree

que los sentimientos de Jane podrían ir en serio. Si los tuyos no lo son...

—La amo.

Lo había dicho. En voz alta. Se sentía maravilloso. Encontró aquellas palabras tan ricas y

excitantes como el champán. Nunca había esperado que aquellas palabras le salieran tan

fácilmente. Como si estuviera experimentando, las volvió a decir. .

—La amo. Quiero casarme con ella —afirmó. La segunda parte si lo

sorprendió. No era

que no hubiera pensado en un futuro juntos, pero la idea del matrimonio lo sorprendió muy

agradablemente.

—Vaya, vaya —susurró. Barlow, encantado, volvía a levantar su copa—. ¿Se lo has

pedido?

—No, yo... Lo haré cuando sea el momento adecuado.

Al escuchar aquellas palabras, Barlow se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—No hay nada más necio que un joven enamorado... a menos que sea un viejo. Déjame que

te diga una cosa, muchacho. Uno intenta planear estas cosas para encontrar el momento, el

lugar, el ambiente adecuados. Nunca lo encuentra. Tal vez no tengas los años suficientes como

para darte cuenta de lo valioso que es el tiempo, pero, déjame que te dé un consejo. No hay nada

peor que mirar atrás y ver todo el tiempo que se ha desperdiciado.

Esa chica... mi hija —añadió, muy orgulloso— es un regalo. Es mejor que te la quedes

antes de que se te escape. Tómate otra copa. Las propuestas de matrimonio salen más fácilmente

si estás relajado. Yo tuve que emborracharme en las dos ocasiones.

Nate asintió y levantó su copa, preguntándose si Barlow estaría en lo cierto.

Jane encontró a Jessie en el tocador de señoras, sentada sobre una butaca blanca y

sollozando en cuna de un pañuelo de papel

—¿He dicho algo malo? —le preguntó, tras tomar asiento a su lado.

—No —musitó Jessie —todo lo que has dicho estaba bien y me has hecho muy feliz —

añadió. Entre sollozos, se abrazó al cuello de Jane—. Estaba muy nerviosa por la cena de

esta noche. Temía que te sentaras a la mesa odiándome.

—Yo nunca te he odiado. No podría hacerlo. Siento haberte puesto las cosas tan difíciles.

—Nunca lo has hecho. Siempre has sido lo único con lo que podía contar en mi vida.

Siempre te he pedido demasiado. Sé que te he defraudado una y otra vez y lamento haberlo

hecho, pero ya no puedo cambiar el pasado. Para serte sincera, no sé si lo habría hecho, aunque

hubiera tenido la oportunidad. He cometido errores y tú has tenido que pagar por ellos.

Nunca pensé primero en ti y tienes todo el derecho a estar molesta conmigo por ello.

—¿Recuerdas cuando yo tenía diez u once años y ese chico, Bob Hardy, me tiró de la

bicicleta? Llegué a casa con las rodillas cubiertas de sangre y la camisa

rasgada.

—Ese niño era muy malo. Quise darle un buen bofetón.

—Tú me limpiaste, me besaste todas las heridas y me prometiste una nueva camisa.

Entonces, te marchaste directamente a casa de la señora Hardy.

—Así es. Cuando yo... ¿Cómo lo sabes? Se suponía que estabas en tu habitación.

—Te seguí. Me escondí entre los arbustos que había en el exterior de la casa y escuché.

—¿Oíste lo que le dije a esa mujer? —preguntó Jessie. Se habla ruborizado vivamente—.

¿Todo?

—Me quedé muy sorprendida. Ni siquiera sabía que hubieras escuchado alguna vez esas

palabras y mucho menos que pudieras utilizarlas tan... eficazmente.

—Esa mujer era una vieja bruja —dijo Jessie—. No iba a consentir que no supiera lo que

yo pensaba del modo en el que había criado a su desagradable hijo, que había tirado a mi hijita

de su bicicleta.

—Cuando terminaste con ella, te estaba comiendo de la mano. Aquella noche, trajo a su

hijo a casa y lo hizo disculparse. Me sentí muy especial.

—En estos momentos te quiero lo mismo. En realidad, mucho más —afirmó

Jessie,

*acariciándole el cabello a su hija—. Nunca supe cómo ocuparme de un niño.
Me resulta mucho*

más fácil hablar con una mujer.

—Se te está corriendo el rímel.

*—Oh, no —suspiró Jessie. Se miró en el espejo y se echó a temblar—. ¡Qué
desastre!*

Willie me mirará y echará a correr.

*—Lo dudo, pero es mejor que te arregles antes de que no quedemos sin
champán.*

*—No ha ido tan mal —comentó Nate. Se quitó la corbata cuando entraron en
el*

apartamento de Jane.

*—Es cierto —replicó ella. Se quitó los zapatos de una patada. Se sentía muy
bien—. De*

*hecho, todo resultó muy agradable. Champán, caviar, más champán...
Podría acostumbrarme a*

*esa vida —añadió. Cuando vio que él se dirigía a la ventana para mirar al
exterior, frunció el*

ceño—. Pareces algo distraído, Nate.

—¿Cómo dices? —preguntó él, tras volverse para la mirarla.

—Has estado bastante callado toda la noche. ¿Qué es lo que te ocurre?

—¿Ocurrirme? Nada. Tengo muchas cosas en la cabeza. Eso es todo.

—¿Se trata del proyecto? ¿Es que hay algún problema?

—No, no se trata del proyecto respondió Nate. Se metió las manos en los bolsillos y se

acercó a ella—. Y no sé si es un problema.

A Jane le quedaron heladas las manos. Nate tenía una mirada muy intensa y muy seria en

los ojos. Estaba segura de que iba a terminar su relación. Iba a terminar lo que había entre ellos

para regresar al este. Se humedeció los labios y se preparó para lo que tuviera que decir.

Sería fuerte a pesar de que se sentiría morir.

—¿Quieres hablar al respecto?

—Sí, creo que deberíamos...

El teléfono se lo impidió. Como si estuviera presa de un sueño, ella se acercó para contestar.

—¿Sí? Hola, yo... Oh. Si, si, está aquí —dijo. Tenía el rostro muy pálido. Entonces, ofreció

a Nate el teléfono—. Es tu madre

—¿Mi madre? preguntó él, muy sorprendido—. ¿Mamá? —dijo, tras tornar el auricular

—.

¿Ocurre algo?

Jane se dio la vuelta. Oyó retazos de la conversación, pero prefirió no prestar atención a las

*palabras de Nate. Si iba a romper con ella, tenía que ser fuerte y aceptarla.
Corno Nate había*

*hecho sólo unos instantes antes, se dirigió a la ventana y miró al exterior.
No. Estaba*

*equivocada. Ella la amaba. ¿Por qué tenía que aceptar que lo que había
entre ellos iba a*

*terminar? ¿Por qué estaba dando por sentado que él se iba a marchar? No
podía mostrarse tan*

insegura sobre la única persona que le importaba verdaderamente.

—¿Jane?

—¿Sí? —respondió ella. Se dio la vuelta rápidamente—, ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien. Le di a mi familia este número junto con el del hotel.

—No importa.

*—Mi padre tuvo algunos problemas de corazón hace dos meses. Durante un
tiempo estuvo*

muy delicado.

—Oh, lo siento. ¿Se encuentra bien ahora?

*—Eso parece. Hoy ha ido a que le hagan más pruebas y le han dicho que
está*

perfectamente. Mi madre sólo quería que lo supiera.

*—Me alegro mucho. ¿Has dicho hace un par de meses? Eso fue cuando
tuvimos las*

primeras reuniones del proyecto.

—Eso es.

Jane cerró los ojos y recordó el momento en el que se conocieron, en el tráiler de la obra,

cuando ella empezó a chillarle y le vertió la cerveza por la cabeza.

—Deberías haber sido tú el que me vertiera esa cerveza por la cabeza.

—Lo pensé —admitió él, con una sonrisa.

—Deberías habérmelo dicho.

—No era asunto tuyo... en ese momento —dijo, acercándose a ella. Entonces, le tomó la

mano y se la llevó a los labios—. Los tiempos cambian. Jane...

Cuando volvió a sonar el teléfono, Nate lanzó una maldición.

—¿Quieres hacer el favor de arrancar ese maldito aparato de la pared?

Jane se echó a reír y se dispuso a contestar.

—¿Sí? Sí, soy Jane Wilson. ¿Señora Méndez? Sí, ¿cómo está su esposo? Me alegro mucho.

No, no fue ninguna molestia. El señor Johnson y yo estuvimos encantados de poder ayudar...

¿Esta noche?

—En realidad, yo... No, no, claro que no. No es nada de importancia. Podernos estar

dentro de veinte minutos. Muy bien. Adiós —concluyó. Atónita, Jane colgó el teléfono—. Era

Carmen Méndez.

—Ya me había dado cuenta. ¿Dónde tenemos que estar dentro de veinte minutos?

—En el hospital. Parecía estar muy rara, muy nerviosa a pesar de que me dijo que su

marido había salido de Cuidados Intensivos y que estaba muy bien. Dijo que necesitaba hablar

con nosotros inmediatamente.

—Pongo una condición —dijo Nate, mientras Jane empezaba a ponerse los zapatos.

—¿Cuál?

—Cuando regresemos, no vamos a contestar el teléfono.

Encontraron a Méndez tumbado de espaldas en una habitación del hospital, con su esposa

al lado, agarrada a su mano.

—Me alegro de que hayan venido —dijo Méndez, al verlos.

—Y yo de que estés mejor —repuso Jane—. ¿Hay algo que necesites? ¿Algo que podamos

hacer por ti? —añadió.

Se sorprendió mucho al ver que, los ojos del muchacho se llenaban de lágrimas.

—No, gracias. Carmen me dijo lo bien que se portaron con ella, ocupándose de los papeles y

de todo lo demás.

Carmen se inclinó sobre él y murmuró algo en español, aunque lo hizo

demasiado bajo corno

para que Jane pudiera escucharlo.

—Sí —dijo Méndez—. Pensé que iba a morir y no podía hacerlo con pecados en el alma.

Se lo conté todo a Carmen. Hemos estado hablando y quiero contárselo —añadió. Tragó

saliva y cerró los ojos durante un momento—. Al principio no me pareció tan mal. Además, con

la llegada del bebé necesitábamos el dinero. Cuando el señor Tunney me lo pidió, sabía que

estaba mal, pero quería cosas buenas para Carmen y para el bebé. Y para mí.

Jane se acercó un poco más a la cama. Por encima del cuerpo de Méndez, Nate y ella se

miraron.

—¿Qué fue lo que Tunney te pidió? —le preguntó Nate.

—Sólo que mirara para otro lado, que fingiera no darme cuenta. Gran parte del cable que

se está utilizando en la obra no es el adecuado

—¿Estás diciendo que Tunney te ofreció dinero por instalar un cable que no era el que

aparecía en los planos? —quiso saber Jane.

Se le heló la sangre.

—Sí. No se trata de todo el cableado ni tampoco de toda la obra. No se podía

confiar en

todos los hombres. Cuando llegaba un pedido, él sólo asignaba a unos pocos para que trabajaran

con los cables del doce. Nos pagaba en efectivo todas las semanas. Sé que puedo ir a la cárcel...

Lo sabemos, pero hemos decidido hacer lo correcto.

—David, ésta es una acusación muy seria —dijo Jane. En aquel momento, recordó las

ruedas de cable que ella misma había visto que eran de un calibre inferior—. Esos cables fueron

sometidos a una inspección.

—Sí. Se organizó todo para que el inspector fuera el mismo. Está pagado. Cada vez que

viene, el señor Johnson y usted están ocupados en alguna parte por si acaso se dan cuenta de

algo.

—¿Cómo ha podido Tunney organizar...? —se preguntó ella. De repente, lo comprendió

—.

David, Tunney seguía órdenes, ¿verdad?

Méndez apretó la mano de su esposa. Aquello era lo que más temía.

—Sí, sigue órdenes. Del señor Thornway. Hay más que el cableado. He oído comentarios.

Parte del cemento, parte del acero, parte de los remaches. No todo, ¿lo

comprende? El señor

Thornway es un constructor muy poderoso. Éste debe de ser el modo de conseguirlo. Cuando se lo

dije a Carmen, ella se sintió muy avergonzarla de mí y me dijo que nosotros no hacíamos las

cosas así.

—Devolveremos el dinero —dijo Carmen, tomando la palabra por primera vez.

—No quiero que os preocupéis de eso ahora —afirmó Jane—. Ni de nada, Habéis hecho lo

correcto. El señor Johnson y yo nos ocuparemos de todo a partir de ahora. Tal vez necesitemos

volver a hablar contigo y tendrás que ir a la policía.

Carmen se puso una mano sobre el abultado vientre.

—Haremos lo que usted diga. Por favor, señorita Wilson, mi David no es un hombre malo.

—Lo sé. No te preocupes.

Jane salió de la habitación, con la sensación de haber sufrido una caída larga y

desagradable.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a ir a ver a Tim —respondió él—. Voy a llamar a Lewis. Él también tiene que

saberlo.

Jane asintió y se alejó de él mientras Nate buscaba un teléfono.

Durante el trayecto hasta la casa de Thornway no hablaron. Jane sólo podía pensar en que,

en un abrir y cerrar de ojos, Tim había destruido, además de la reputación de la empresa, todo lo

que su padre había creado .

—Tendría que habérmelo imaginado —dijo ella.

—¿Cómo?

—El día en el que Méndez sufrió el accidente, yo estaba con Tunney. Acababan de llevar

un pedido y me fijé. Era cable del doce. Me dijo que seguramente alguien había cometido un

error. Estábamos hablando sobre ello cuando ocurrió el accidente y no volví a preocuparme de

ello. Maldita sea, Nate. Ni siquiera volví a pensar en ello.

—No tenías porqué sospechar de él. Ni de Thornway. ¿Qué te parece si me ocupo yo de este

asunto? Tú puedes esperar aquí —dijo Nate. En ese momento llegaban a la mansión de

Thornway.

—No. Tengo que estar presente.

Momentos más tarde, estaban esperando en el espacioso vestíbulo de la mansión. Tim bajó

la escalera, elegantemente vestido

—Jane, Nate, ¡Qué sorpresa! Me temo que nos habéis encontrado aquí por los pelos. Marci

y yo íbamos a salir. Ella todavía se está vistiendo.

—Creo que tendrás que llegar tarde —dijo Nate, muy secamente—. Esto no puede

esperar.

—Parece algo muy serio —repuso Tim. Comprobó el reloj antes de hacerlos pasar a su

biblioteca—. Me puedo permitir unos minutos. De todos modos, Marci siempre se retrasa.

¿Qué os apetece? —añadió, tras dirigirse al bar.

—Una explicación —contestó Jane—. Sobre por qué has estado utilizando materiales

inadecuados para el proyecto Barlow.

La mano de Tim empezó a temblar. El whisky que se estaba sirviendo se derramó encima de

la barra. Fue todo lo que Jane necesitó para darse cuenta de que lo que les había dicho Méndez

era verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de materiales que no corresponden con las necesidades. Estoy hablando

de sobornos —le espetó ella. Se acercó a él y lo agarró del brazo para impedirle que se llevara la

copa de whisky a los labios—. Estoy hablando de arruinar la reputación que tu padre tardó

toda una vida en construir.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, y no me gusta que me acuses de algo ilegal—

replicó. Se tomó el whisky y se sirvió otro inmediatamente—. Sé que mi padre te tenía

mucho afecto y que tienes un cierto interés personal por la empresa, pero eso no justifica tu

comportamiento.

—Ten cuidado con lo que dices —repuso Nate—. Sobre todo, mucho cuidado con lo que le

dices a ella o tal vez decida dejarme llevar por mis instintos y partirte los brazos.

—No voy a consentir que se me insulte en mi propia casa —replicó Thornway. Tenía la

frente cubierta de sudor.

Al ver que Tim se disponía a salir de la biblioteca, Nate se colocó delante de la puerta para

impedírselo.

—Vas a consentir mucho más que amenazas. El juego ha terminado. Sabemos lo de los

materiales, los inspectores que has sobornado y el dinero que se les pagó a algunos obreros para

que mantuvieran la boca cerrada. Tu mala suerte Tim, es que resulta que

algunos tienen

conciencia.

—Esto es ridículo. Si alguien ha estado escatimando material de la obra, pienso descubrir

de quién se trata. Puedes estar seguro de que iniciaré una investigación.

—Muy bien —le espetó Jane—. Llama al comisionado que se ocupa de los temas de

construcción.

—Lo haré.

—Hazlo ahora mismo —insistió ella—. Estoy segura de que tienes su número. Podríamos

tener una reunión aquí esta misma noche.

—No tengo intención de molestar al comisionado un sábado por la noche.

—Creo que estaría muy interesado —repuso Jane. Había notado el miedo que había en los

ojos de Thornway, por lo que decidió darle el último empujón—. Mientras estás en ello, ¿por qué

no llamas también a Tunney? Estoy segura de que el comisionado va a querer hablar con él.

Además, tengo la impresión de que Tunney no está dispuesto a caer solo.

Sin decir nada, Tim fue a sentarse en una butaca. Volvió a coger el vaso de whisky y se lo

tomó a pequeños sorbos hasta que éste estuvo completamente vacío.

—Estoy seguro de que podemos solucionar este asunto —dijo—. Es un negocio,

¿comprendéis? Y tomé algunos atajos. Nada de importancia.

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que arriesgarlo todo por un puñado de dólares? —quiso

saber Jane.

—¿Un puñado? —replicó Tim. Soltó una sonora carcajada. Entonces, agarró la botella y

se sirvió un poco más de whisky—. Estamos hablando de miles y miles de dólares. Se ahorra un

poco por aquí, otro poco de allá... Casi sin darte cuenta se reúnen millones. Lo necesitaba. No

sabéis lo que es tener que ser el hijo del que se espera que haga las cosas tan bien como mi padre.

Además, está Marci. Es hermosa, inquieta y le gusta tener muchas cosas. Cuanto más le doy,

más quiere. No quiero perderla —susurró. Ocultó el rostro entre las manos—. Tengo deudas con

las personas equivocadas. Desde que me hice cargo, todo ha ido mal. Perdí mucho dinero en el

proyecto Lieterman. No era la primera vez. Durante los últimos nueve meses, el negocio ha ido

cayendo en números rojos. Tenía que arreglarlo. Ésta era la mejor manera. Recortar un poco los

gastos. Si conseguía que este proyecto acabara dentro del tiempo y del presupuesto establecidos,

mis deudas habrían desaparecido.

—¿Y cuándo hubiera un fallo eléctrico o cedieran los cimientos? —le espetó Nate—.

¿Entonces, qué?

—No tenía por qué ser así. Tenía que arriesgarme. Tenía que hacerlo. Marci espera vivir de

un cierto modo. ¿Acaso tenía que decirle que no podemos ir a Europa porque la empresa está

pasando una mala racha?

—Sí —contestó Jane, sintiendo una extraña pena por él—. Ahora le vas a tener que decir

mucho más que eso.

—El trabajo no se reanudará hasta el lunes, Tim —le recordó Nate—. De hecho, no va a

reanudarse hasta que se haya realizado una investigación exhaustiva. Tú mismo te has metido

en esto y ahora vas a tener que enfrentarte a ello. Puedes llamar al comisionado tú mismo o dejar

que lo hagamos nosotros.

Tim no dejaba de beber. Se estaba emborrachando. En cierto modo lo ayudaba.

—¿No se lo habéis dicho a nadie?

—Todavía no —respondió Jane—. Tenías razón en que siento una gran lealtad hacia tu

padre y una responsabilidad hacia esta empresa, Quería que tuvieras la oportunidad de

enmendar todo esto tú solo.

“¿Enmendarlo?”, pensó Tim desesperadamente. ¿Cómo iba a hacerlo? Una inspección

oficial terminaría con todo.

—Primero me gustaría hablar con Marci —dijo—. Prepararla. Dadme veinticuatro horas.

Nate abrió la boca para oponerse, pero Jane se lo impidió. Los engranajes se habían puesto

en movimiento. Un día más no iba a detener lo que había comenzado. Le daría un día por

lealtad y aprecio a su padre.

—¿Convocarás una reunión en tu despacho para todo el mundo?

—¿Qué elección me queda? —replicó Tim, arrastrando las palabras por el alcohol—. Voy

a perderlo todo, ¿no?

—Tal vez consigas recuperar el respeto por ti mismo —le espetó Nate—. Quiero tener

noticias tuyas mañana antes de las nueve de la mañana o seremos nosotros los que llamemos al

comisionado.

Con eso, agarró a Jane de la mano y salieron de la casa. Allí, ella ocultó el rostro tras las

manos.

—Dios mío, es horrible. No va a mejorar.

—No —afirmó ella. Se volvió a mirar a la casa y vio que la biblioteca aún tenía la luz

encendida—. Éste iba a ser mi último trabajo para Thornway. No esperaba que mi relación con

esta empresa terminara así.

—Vamos.

Tim oyó cómo Nate arrancaba el coche. Permaneció escuchando hasta que el sonido se

perdió en el silencio de la noche. Su esposa, su hermosa y egoísta esposa, se estaba arreglando en

el dormitorio. Presa de la ira, lanzó el vaso al otro lado de la sala. La odiaba. La adoraba. Todo

lo que había hecho había sido para que ella fuera feliz. Para mantenerla a su lado. Si ella lo

abandonaba...

No. No podía ni pensarlo. No podía pensar en el escándalo y en las acusaciones. Lo

crucificaría, perdería su negocio, su hogar, su estatus... Su esposa. Tal vez aún quedaba una

posibilidad. Siempre había una posibilidad. A duras penas, cogió el teléfono y marcó un número.

11

Jane y Nate se necesitaban uno al otro desesperadamente. Posiblemente debido a la tensión

y la incomodidad de ver la desesperación y la humillación de otros. Se metieron en la cama

furioso, sin hablar, solo buscando lo que podían darse el uno al otro y olvidar de la ira y la

desilusión.

Habían construido algo muy fuerte... o al menos eso creían, y se habían enterado de que

había sido construido sobre mentiras y engaños. Se poseyeron con gran frenesí, posiblemente

para asegurarse a sí mismos que lo que habían construido en la intimidad no era ninguna

mentira.

Aquello era algo sincero y sólido. Ella lo comprendió cuando sintió la boca de Nate

posesivamente sobre la suya, cuando sus lenguas se unieron, cuando sus cuerpos se acoplaron. Si

él necesitaba olvidar lo que existía en el exterior de aquel dormitorio, sólo por una noche, Jane lo

comprendía perfectamente. Ella también lo necesitaba, por lo que se entregó a él en cuerpo y

alma.

Nate quería reconfortarla. Había parecido tan desilusionada al escuchar la confesión de

Tim... Con Jane todo era personal y él sabía que estaba aceptando parte de aquel fracaso como

propio. No lo consentiría. Ya hablarían por la mañana, cuando los sentimientos no estuvieran

tan en carne viva. Por el momento, le daría alivio con su pasión.

En aquellos momentos, ella lo tenía atrapado bajo la maraña de su cabello y su ágil cuerpo,

recorriéndole el cuerpo con los labios, dándole placer y buscando el propio. Sentía cierta

excitación al tomarse la libertad de explorar a placer al hombre que amaba. Tocar y hacerlo

temblar. Saborearlo y oírlo suspirar.

La luz del pasillo estaba encendida, y veía, perfectamente, su silueta, sus firmes músculos,

sus ojos... Estaban tan oscuros, tan pendientes de ella...

Notaba algo diferente en él, aunque era incapaz de comprenderlo. En un momento Nate se

mostraba impaciente, casi brutal, en sus artes amatorias. En otro, la abrazaba y la besaba como

si fuera muy frágil. No obstante, las pasiones se solapaban tan estrechamente con las emociones

que Jane no podía ni necesitaba separar el deseo del amor.

Cuando la penetró, encontró ambas.

Cuando se despertó mucho más tarde, cuando se despertó turbada por algún ruido o un mal

sueño, Jane extendió la mano y notó que él no estaba a su lado.

—¿Nate?

—Estoy aquí.

Lo vio de pie al lado de la ventana. La punta del cigarrillo relucía en la oscuridad.

—¿Qué ocurre?

—Nada. No puedo dormir.

Jane se incorporó en la cama y se apartó el cabello del rostro, La sábana se le deslizó por el

cuerpo hasta la cintura.

—Puedes regresar a la cama. No tenemos por qué dormir.

Nate se echó a reír y apagó el cigarrillo

—Nunca pensé encontrar una mujer que me agotar.

—¿Se supone que eso es un cumplido? —preguntó ella, tras arrojarle una almohada.

—Sólo una observación —dijo. Se acercó y se sentó en el borde de la cama

—. Eres la

mejor, pelirroja —añadió. No estaba hablando sobre sexo, lo que ella entendió perfectamente.

—Me alegro de que pienses así. Estás vestido —observó, cuando los ojos se le

acostumbraron a la oscuridad.

—Iba a salir a dar una vuelta en coche. No sabía si despertarte o no.

—¿Adónde vas?

—Tengo que verlo. Tal vez pueda sacármelo de la cabeza durante unas horas si lo hago.

—Iré contigo.

—No tienes que hacerlo. Es muy tarde... supongo.

—Quiero hacerlo. ¿Te importa esperarme?

—Claro que no —respondió él. Le tomó la mano y se la llevó a los labios—. Gracias.

El aire era fresco y claro. El cielo se veía como un plácido mar cuajado de estrellas. No

había tráfico, tan sólo una larga carretera rodeada primero de casas y tiendas y luego de

kilómetros y kilómetros de desierto. Jane escuchó en la distancia el aullido de un coyote.

—Nunca había conducido por aquí a estas horas de la noche —dijo Jane, tras apartar el

rostro de la ventanilla bajada—, Está todo tan tranquilo... Le hace a una preguntarse...

—¿Preguntarse qué?

—Que, si ha estado tan tranquilo durante siglos, ¿no sería mejor que siguiera estándolo

durante muchos más?

—Se supone que los que trabajamos en este mundo debemos transformar la tierra que no se

utiliza y usarla para algo. No obstante, hay lugares, a ambos lados del canal, que recorre la

costa de Florida, en los que la vegetación es tan densa que no se ve más allá de media metro.

Están llenos de vida. Aunque el canal los divide, debido a la contribución del hombre,

algunas veces, hay que dejar las cosas tal y como están.

—Me gustas mucho, Johnson —dijo ella, con una sonrisa.

—Gracias, Wilson. Tú también me gustas. Cambiando de tema, recuerdo algo que dijiste

acerca de que el proyecto Barlow iba a ser el último que realizaras para Thornway.

—Sí. Llevaba pensándolo mucho tiempo. Después de que Tim se hiciera cargo de la

empresa, decidí que había llegado el momento de pasar a la acción.

—¿Tienes otra oferta?

—Oficialmente, no he presentado mi dimisión, pero no estoy buscando otra oferta. Voy a

trabajar por libre, tal vez incluso monte mi propia empresa. Una pequeña. He estado ahorrando

durante el tiempo suficiente como para poder superar los malos momentos.

—¿Quieres establecerte sola o simplemente cambiar de ambiente?

—Creo que las dos cosas —admitió ella, tras pensárselo durante un momento—. Le debo

mucho a Thornway, a Thornway padre en realidad. Él me dio la oportunidad de demostrar mi

valía. Durante el último año, las cosas han cambiado mucho. Nunca pensé que Tim se metería en

algo como esto, a pesar de que no me gusta la forma que tiene de hacer negocios. Antes de mirar

el proyecto en general, siempre miraba primero las hojas del libro de cuentas, la nómina en vez a

quienes estaban ganándose ese dinero. Nadie se mete en un negocio sin pensar en ganar dinero,

por supuesto, pero cuando es lo único...

—Cuando es lo único, se acaba en una situación como en la que estamos ahora.

—Aún no puedo creérmelo. Pensaba que lo conocía, pero... ¿Cómo puede un hombre

arriesgarlo todo por a una mujer?

—Yo diría que la ama, aunque, evidentemente, más de lo que debería.

—Tal vez ella también lo ame y todas las joyas, los coches y los cruceros no le importen

tanto.

—Claro que le importan. —afirmó Nate—. A una mujer como ésa, siempre importan.

Estoy seguro de que, cuando Marci Thornway se entere de todo esto, se

marchará.

—Eso es una crueldad. Sigue siendo su esposa.

—¿Te acuerdas de la noche de la fiesta? Entonces también era su esposa, pero me invitó

a... Digamos que me invitó a pasar la tarde con ella.

—Oh —susurró. Toda la simpatía que pudo haber sentido por Marci Thornway se

desvaneció—. ¿La rechazaste?

—No me resultó muy difícil. Además, tenía otras cosas en mente. En cualquier caso, no

creo que debemos culpar de todo a Marci. Tim quería conseguir demasiado en muy poco tiempo,

posiblemente porque está acostumbrado a tener demasiado desde el principio. Según parece, ha

estado persiguiendo el éxito de la manera equivocada.

—Mencionó que debía dinero a las personas equivocadas.

—No sería el primer hombre de negocios que tiene vínculos con el crimen organizado, ni el

primero que lo pierde todo por esa relación...

—¿Qué es eso?

Cuando se acercaron al desvío que llevaba a la obra, Nate vio otro coche. Este dudó un

momento en el cruce, pero finalmente se echó a la derecha y siguió adelante.

—No lo sé —contestó Jane, mirando las luces del otro vehículo—. Probablemente sean

unos muchachos. Muchas veces, las obras terminan convirtiéndose en lugares de encuentro para los enamorados.

—Tal vez, pero es algo tarde para que los adolescentes anden por aquí —dijo, al ver que en

el horizonte aparecían las primeras luces del alba.

Aparcó el coche al lado del tráiler. En silencio descendieron y observaron, entre las sombras

del amanecer, el edificio principal, con su cúpula y sus espirales. Permanecieron allí unos

minutos, con las manos entrelazadas observando lo que habían creado entre ambos.

—Van a tener que demolerlo —murmuró Nate—. Todo o gran parte de ello.

—Eso no significa que no pueda volver a construirse. Podemos volver a levantarlo.

—Tal vez —dijo él. Le rodeó los hombros con un brazo—, pero no va a ser fácil. Ni

rápido.

—No tiene por qué serlo —dijo ella. En aquel momento se dio cuenta, como no lo había

hecho antes, lo mucho que Nate había puesto de sí mismo en aquel proyecto. No sólo se trataba

de paredes y vigas, sino de su imaginación y de su corazón. Se volvió hacia

él y lo abrazó—.

Supongo que ya va siendo hora de que te diga la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre este lugar. Tú tenías razón. Yo me equivoqué

Nate la besó, tomándose su tiempo para hacerlo.

—Eso no es nada nuevo, pelirroja.

—Sigue así y no te diré lo que pienso de verdad.

—Ni hablar. Tú siempre me dices lo que piensas, tanto si quiero escucharlo como si no.

—Esta vez lo harás. Tal vez incluso tengas derecho a sentirte orgulloso.

—No puedo esperar.

—Creo que este edificio es maravilloso.

—¿Cómo dices? —preguntó él, muy sorprendido—. Debe de ser la falta de sueño, Wilson.

Estás algo mareada.

—No estoy bromeando ni tampoco te digo esto para que te sientas mejor... ni peor. Te lo

digo por qué ya iba siendo hora de que lo hiciera. Durante las últimas semanas he podido

comprender lo que habías imaginado para este lugar, lo que querías decir y cómo querías decirlo.

Es muy hermoso, Nate. Cuando esté acabado, y lo estará algún día, va a ser una obra de arte.

Nate la miró asombrado. En aquel momento, el sol empezó a asomarse por encima de las

rocas.

—Sé que se supone que debo sentirme muy halagado, pero no puedo conseguirlo.

—Puedes sentirte muy orgulloso afirmó ella—. Yo me siento muy orgullosa de todo esto y

de ti.

—Jane... Me dejas sin palabras —susurró Nate. Suavemente, le acarició la mejilla con los

nudillos.

—Quiero que sepas que, cuando llegue el momento de reconstruirlo, me gustaría formar

parte del equipo —declaró—, aunque piense que debería haber algunos ajustes.

Nate se echó a reír y la estrechó entre sus brazos.

—Cómo no.

—Serían pequeños —añadió ella—. Y razonables.

—Por supuesto.

—Ya hablaremos de ellos —prometió, tras morder la oreja de él—. Profesionalmente.

—Estoy seguro de ello, pero te advierto que no voy a cambiar nada.

—Nate...

—No te he dicho que eres una de las mejores... ingenieras, claro está.

—Muchas gracias. Ahora ya me siento mucho mejor. ¿Y tú?

—Sí, yo también me siento mejor. Gracias.

—En ese caso, vamos a dar una vuelta. Para eso hemos venido aquí.

Agarrados del brazo, los dos se dirigieron hacia el edificio principal.

—La investigación va a ser muy dura —comentó Nate—. Podría entorpecer tus planes de

empezar tu propia empresa, al menos durante un tiempo.

—Lo sé. He estado intentando no pensar en ello. Todavía no.

—Tendrás a Barlow apoyándote. Al igual que a Powell y a Johnson.

Jane sonrió cuando él abrió la puerta del edificio.

—Te lo agradezco mucho. Por cierto, no me has dicho lo que te ha comentado Lewis.

—Me dijo que vendría en el primer avión.

Cuando atravesaban el umbral iban mirando a su alrededor. Había cubos vacíos por todas

partes, algunos de ellos con maderos encima que los convertían en asientos improvisados. Los

ascensores que tantos problemas les habían dado estaban ya instalados. Ya se adivinaban las

formas curvadas de las escaleras y los marcos de las ventanas también estaban colocados.

En vez del sonido estridente de las máquinas, sólo había silencio a su

alrededor.

—Duele, ¿verdad?

—Sí —admitió Nate—, pero pasara. Sin embargo, he de decir que no quiero estar presente

cuando empiecen a desmantelarlo.

—Yo tampoco —dijo Jane. Avanzó unos pasos y colocó el bolso sobre un caballete—.

¿Sabes una cosa, Johnson? Siempre he querido venir a un lugar como éste como cliente. Te

propongo un trato, Johnson. Cuando esté terminado y tus malditas cataratas estén funcionando,

te invitaré a pasar un fin de semana aquí.

—Hay uno en Tampa que ya está funcionando.

—¿Tiene cataratas?

—No. Una laguna en el centro del vestíbulo.

—Tendría que habérmelo imaginado. Bueno, creo que es mejor que nos vayamos. Aquí no se

ve nada.

—Espera un momento. Tengo una linterna en el coche. Me gustaría asegurarme de que

quien estuvo aquí antes no husmeó donde no debía.

—Muy bien —dijo ella. Bostezó una vez, pero muy ampliamente—. Ya dormiré mañana.

—Volveré enseguida.

Cuando Nate se marchó, Jane decidió que era una pena que tuvieran que demolerlo. Sin

aquel proyecto, tal vez nunca hubiera conocido a Nate. Aquel edificio los había unido y volvería

a hacerlo cuando empezara la reconstrucción. Tal vez iba siendo hora de que dejara de sentarse

ante la mesa de diseño y se ocupara un poco de su propia vida. Posiblemente nunca podría

admitir sus sentimientos ante Nate.

Sabía que sentía algo por ella. Y era posible que se alegrara si le decía que se trasladaría a

Florida para empezar su carrera en solitario. Verían hasta dónde podría llegar su relación hasta

que... No pudo pensar más allá.

No importaba. Ya se ocuparía del “hasta” cuando llegara el momento. De lo único que

estaba segura era de que no iba a dejar que se marchara tan fácilmente.

Miró a su alrededor y se imaginó que algún día regresarían allí, cuando aquel vestíbulo

estuviera lleno de gente. Recordarían entonces cómo había empezado todo...

Sin dejar de soñar despierta, recorrió todo el vestíbulo. De repente, algo le llamó la

atención. Al principio, se preguntó cómo podían haber sido tan descuidados los obreros como

para desperdiciar una carretilla entera de compuesto y, además, no recogerlo. De todos modos, se

agachó para inspeccionarlo. De repente, un rayo de luz cayó sobre el montón. Jane decidió

examinarlo más detenidamente y extendió la mano. En el momento en que lo hizo, sintió que se

le detenía el corazón. Se puso de pie rápidamente y echó a correr hacia la puerta, llamando a

gritos a Nate.

Encontró la linterna en la guantera y apretó el botón para probar que funcionaba.

Seguramente era una tontería mirar en el edificio. ¿Qué importaba que el edificio hubiera

resultado dañado por unos gamberros? No resultaría difícil, aunque sí costoso, cambiar el

tableado, pero, si era cierto que se habían cometido irregularidades también en el acero y en el

hormigón, toda la estructura tendría que demolerse. Se apoderó de él tal ira, que estuvo a punto

de volver a dejar la linterna en el coche. Entonces, recordó que Jane lo había acompañado lo

estaba esperando dentro. Mirarían y se marcharían. Lo que ocurriera a partir del día siguiente

no dependería en absoluto de ellos.

Su pensamiento coincidió con el de Jane. Mientras se dirigía hacia la puerta, llegó a la

conclusión de que, sin aquel edificio, jamás la habría conocido. Por eso, cuando las autoridades

se hicieran cargo del caso, iba a decirle exactamente lo que quería y necesitaba.

No, iba a decírselo en aquel mismo instante, en el lugar en el que había empezado todo.

Resultaba de lo más adecuado que le pidiera matrimonio dentro del edificio que los había

unido. ¿Qué momento ni qué lugar podían ser mejores?

Cuando oyó el grito, sintió que se le helaba la sangre. Echó a correr y oyó que gritaba de

nuevo. Estaba muy cerca cuando la explosión rasgó el silencio. Una pared de aire caliente lo

golpeó como si se tratara de un puño y lo mandó volando entre una lluvia de cristal, rocas y

esquirlas de metal.

La caída lo dejó atontado durante algunos segundos. Entonces, se levantó y echó a correr.

No notó el corte que tenía en la sien, donde algo agudo se le había rasgado la piel. No se dio

cuenta de que la caída y aquellos pocos segundos de aturdimiento le habían salvado la vida.

Lo único que vio en aquellos momentos fue cómo las llamas lamían ávidamente las

ventanas rotas la explosión. Cuando llegó a lo que había sido la puerta, se produjeron otras

explosiones, hasta que el alba empezó a resonar como un campo de batalla.

La llamó a gritos, a pesar de que el miedo lo estrangulaba de tal manera que casi no podía

escuchar su voz. Algo más salió volando. Un enorme trozo de algún material pasó volando a su

lado como una bala. No lo golpeó por centímetros. El calor le hizo echarse hacia atrás en una

ocasión, abrasándole la piel. Tosió repetidamente y, medio asfixiado, se puso de rodillas y entró

arrastrándose al interior del edificio.

A través de la espesa cortina de humo, vio dónde se habían desmoronado las paredes, dónde

habían caído al suelo enormes trozos de techo. Mientras avanzaba hacia el interior, pudo

escuchar el angustioso sonido del acero liberándose y cayendo sobre el suelo.

A ciegas, fue apartando los escombros. Se cortó la palma de una mano en diagonal. La

sangre que le goteaba de la herida de la sien empezó a metérsele en los ojos, que le escocían por el

humo y el miedo.

Entonces, vio la mano de Jane. Sólo la mano, casi cubierta por un montón de escombros.

Con una fuerza que nacía exclusivamente de la desesperación empezó a tirar de ella. El

fuego rugía a su alrededor, abrasándolo y consumiéndolo todo.

Cuando la vio, notó que estaba sangrando. Estaba tan confuso que ni siquiera pudo rezar

para que estuviera viva. Cuando la tomó entre sus brazos, ella permaneció completamente

inmóvil. Durante un instante, Nate perdió el control y se sentó con ella en el regazo,

acunándola. Entonces, el terror se apoderó de él y lo hizo reaccionar. Poco a poco, comenzó a

sacarla hacia el exterior.

A sus espaldas, ardía un infierno de calor insoportable e indescriptible avaricia. Faltaban

pocos minutos, tal vez incluso segundos, para que todo se desmoronara y los enterrara a los dos.

Fue entonces cuando Nate rezó desesperada e incoherentemente, No se dio cuenta de que estaba

fuera del edificio hasta que no hubo avanzado unos tres metros en el exterior. El terreno que los

rodeaba estaba cubierto de trozos de acero, cristal y madera humeante. Cada vez que respiraba,

sentía como si se le abrasaran los pulmones, pero luchó por ponerse de pie, Con Jane en brazos,

consiguió avanzar otros pocos metros antes de desplomarse de nuevo.

Muy suavemente, como si fuera a través de un largo y estrecho túnel, oyó las primeras

sirenas. Había tanta sangre... Jane tenía un brazo y el cabello completamente teñidos de rojo.

Nate no hacía más que llamarla, mientras le limpiaba el rostro de suciedad, de hollín y de

sangre. Cuando extendió la mano para tomarle el pulso, le temblaba sin control. No oyó el

estruendo que provocaba el último derrumbe. Sin embargo, sí notó el leve latido del corazón de

su amada.

12

—Necesita que lo examinemos, señor Johnson.

—Eso puede esperar —replicó él. Sentía un miedo mortal en el centro del estómago—.

Dígame cómo está Jane. ¿Adónde la han llevado?

—La señorita Wilson está en las mejores manos —le contestó el médico—. Si pierde más

sangre, se va a desmayar y nos ahorrará muchos problemas.

Nate lo agarró por las solapas de la bata y lo golpeó contra la pared.

—Dígame dónde está.

—Señor Johnson...

—Dígame dónde está o será usted el que empiece a sangrar.

—La están preparando para llevarla al quirófano. No sé mucho sobre su estado, pero el

doctor Bost es el jefe del equipo que la va a operar y es el mejor.

Lentamente, Nate dejó que el médico se retirara de la pared, aunque no le soltó las solapas.

—Quiero verla.

—Puede golpearme otra vez contra la pared si quiere —replicó el médico—, pero no va a

poder verla. Necesita que la operen. Los dos tienen mucha suerte de estar vivos, señor Johnson.

Sólo estamos tratando de que estén bien.

—Está viva... —susurró Nate. El miedo le abrasaba la garganta con más fuerza que la

inhalación de humo.

—Sí, está viva. Ahora, deje que me ocupe de usted —dijo el médico. Con mucha cautela,

levantó las manos y apartó de sí las de Nate—. En cuanto salga del quirófano, vendré a por

usted.

Nate se miró las manos. La sangre teñía ya la venda que le habían colocado en la

ambulancia.

—Lo siento —musitó.

—No se preocupe. Por lo que me han dicho los de la ambulancia, lo ha pasado usted muy

mal. Tiene una herida en la cabeza, señor Johnson. Déjeme que se la cosa.

En aquel momento, un hombre se acercó a ellos y les mostró una placa.

—Perdonen. Soy el teniente Wellington. Me gustaría hablar con el señor Johnson.

—¿Quiere hablar con él mientras se está desangrando? —le espetó el médico. Entonces,

abrió una cortina e hizo un gesto hacia la sala de curas—. ¿O prefiere esperar hasta que lo haya

curado?

—¿Le importa a usted? —le preguntó Wellington a Nate.

—No —respondió él. Se sentó en una mesa y se quitó lo que le quedaba de camisa. Tenía

tantas heridas y quemaduras en el torso y en la espalda que Wellington no pudo evitar un gesto

de dolor.

—Yo diría que ha estado muy cerca. ¿Le importaría decirme lo que la señorita Wilson y

usted estaban haciendo en la obra al amanecer?

—Estábamos mirando —contestó Nate. Contuvo el aliento al notar el picor del

antiséptico—.

Ella es la ingeniera del proyecto y yo el arquitecto.

—Eso ya lo sé. ¿Es que no ven ustedes ese lugar lo suficiente a lo largo de la semana?

—Teníamos nuestras razones para acudir allí anoche.

—Voy a ponerle una inyección para que no le duela tanto —lo informó el médico.

Nate simplemente asintió.

—A primera hora de la tarde de ayer nos informaron de que había habido ciertas

discrepancias en el trabajo. Se han utilizado materiales de calidad inferior.

—Entiendo. ¿Los informaron, dice?

—Así es —respondió Nate. Trató de separar cuerpo y mente mientras el doctor le cosía

muy competentemente la herida—. No voy a nombrar a la persona que nos informó por el

momento, pero le diré lo que sé.

—Se lo agradecería mucho —dijo Wellington.

Nate se lo explicó todo, el descubrimiento, el enfrentamiento con Thornway y la confesión

de éste. Ya no sentía dolor alguno. Lo único que ocupaba su mente en aquellos momentos era

Jane. Explicó también que habían visto un coche abandonando el lugar, pero que habían

pensado que eran sólo adolescentes aprovechándose de un lugar solitario.

—¿Sigue usted pensando eso?

—No. Creo que alguien colocó explosivos en todos los edificios de la obra y los hizo saltar

en pedazos. Va resultar muy difícil identificar, cuando no queda mucho, que los materiales no se

corresponden con la memoria de calidades.

—¿Está usted realizando una acusación, señor Johnson?

—Estoy afirmando un hecho, teniente. El pánico se apoderó de Thornway e hizo que

alguien lo destruyera todo. Sabía que Jane y yo íbamos a acudir hoy al comisionado de obras si él

no lo hacía. Ahora, podemos olvidarnos de eso.

—¿Cómo es eso?

—Porque, tan pronto como Jane salga del quirófano, voy a matarlo. ¿Ha terminado ya,

doctor?

—Casi —dijo el médico—. Tiene cristal en la espalda y unas bonitas quemaduras de tercer

grado.

—Es una historia muy interesante, señor Johnson —comentó el detective—. Voy a hacer

que la comprueben. ¿Quiere que le dé un consejo? Debería tener mucho cuidado sobre lo de

realizar amenazas delante de un policía.

—No es una amenaza. En un quirófano hay una mujer que significa para mí más que nada

en el mundo. Usted no vio el aspecto que tenía cuando llegamos aquí. ¿Sabe cuál es su único

delito, teniente? Que se apiadó de ese canalla lo suficiente dándole unas horas para que le

explicara todo a su esposa. Él, por su parte, podría haberla matado.

—Una pregunta más. ¿Sabía Thornway que iban ustedes a visitar la obra?

—¿Y qué importa eso?

—Conteste.

—No lo habíamos planeado. No podía dormir. Quería verlo, tratar de resignarme. Jane me

acompañó.

—Debería usted descansar, señor Johnson —le recomendó el teniente. Se despidió del

médico con una inclinación de cabeza—. Me mantendré en contacto.

—Vamos a ingresarlo durante un día, señor Johnson —lo informó el médico. Vendó la

última quemadura antes de examinarle los ojos con una pequeña luz—. Haré que la enfermera le

dé algo para el dolor.

—No, no necesito que me ingrese, doctor. Necesito saber en qué planta está Jane.

—Usted váyase con la enfermera que yo me ocuparé de ver cómo está la señorita Wilson

—dijo el médico. Al notar cómo lo miraba Nate, el médico levantó una mano con

resignación—.

Como quiera. Tal vez no lo haya notado, pero hay personas por aquí a las que les gusta que

les dedique mi tiempo y mi atención. Sala de espera de la quinta planta. Hágase un favor. Vaya

primero a la farmacia —añadió. Rápidamente, extendió una receta y se la entregó—. Que le den

esto. El hecho de que usted tenga dolor no va a ayudarle a ella.

—Gracias. En serio.

—Diría que aquí estoy para cuando me necesite, pero estaría mintiendo.

Nate no fue a por la receta, no porque no sintiera dolor, sino porque no quería que la

medicina lo hiciera dormir.

La sala de espera era la misma en la que había pasado horas con Jane y la señora Méndez

el día en el que su marido sufrió el accidente. En aquel momento estaba allí por Jane. Recordó lo

amable y lo preocupada que ella se había mostrado con la esposa del accidentado.

Llenó un vaso de plástico de café negro, se quemó la ya abrasada garganta al beberlo y

empezó a pasear de arriba abajo. Si pudiera irse un momento, iría a buscar a Thornway, lo

sacaría de su perfecta casa y le daría una buena paliza sobre su bien cuidado césped.

Jane estaba en la mesa de operaciones, luchando por su vida, sólo por dinero. Aplastó el

vaso y lo lanzó al otro lado de la sala. El dolor le desgarró el hombro y lo llenó de frustración.

No podía dejar de culparse por el hecho de que Jane hubiera estado en el interior del

edificio, esperándolo, cuando dijo que quería marcharse. Jane estaba muy grave y él...

En aquel momento, Jessie entró corriendo en la sala de espera.

—Nate —dijo—. Dios Santo, Nate, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a Jane? Nos

han dicho que hubo un accidente en la obra, pero es domingo por la mañana. ¿Por qué estaba allí

el domingo por la mañana?

—Jessie —susurró Barlow, mientras la acompañaba a una butaca—. Dale una

oportunidad de explicarse. Ya ves que él también está herido.

Jessie estaba temblando. Vio las vendas y las heridas de Nate y sobre todo el gesto de su

rostro, que decía, más claramente que las palabras, el horror que habían pasado.

—Dios Santo, Nate, ¿qué ha pasado? Me han dicho que está en el quirófano.

—Siéntate tú también, Nate —le ordenó Barlow—. Voy a por café para que nos lo

cuentes todo.

—No sé cómo está. No me han dejado verla... —musito—. Lo que sí sé es que está viva.

Cuando la saqué, estaba viva.

—¿Cuándo la sacaste? ¿Cuándo la sacaste de dónde? —preguntó Jessie horrorizada

mientras tomaba el vaso que Barlow le ofrecía.

—Yo estaba fuera. Volvía al interior del edificio. Ella estaba dentro cuando

explotó.

Barlow colocó una mano encima del brazo de su esposa para tratar de tranquilizarla.

—Muy bien, Nate—dijo—. Quiero que te calmes y nos cuentes todo desde el principio.

Todo parecía un sueño. Empezó hablándoles de la llamada de Carmen Méndez y les contó

todo lo pasó la noche anterior hasta el momento en el que los de la ambulancia se llevaron a Jane

en camilla.

—Tendría que haberlo presionada —murmuró—. Debería haber llamado a las autoridades

yo mismo, pero Thornway estaba bebido y nos dio pena. Queríamos darle la oportunidad de

salvar su matrimonio. Además, si hubiera sido porque quise ir a la obra, no estaría herida.

—Entraste en un edificio en llamas para sacarla —susurró Jessie—. Arriesgaste tu vida

para salvar la suya.

—No puedo vivir sin ella.

—¿Sabes una cosa, Nate? —le preguntó Jessie, tomándolo de la mano—. La mayoría de

la gente jamás encuentra a alguien que la ame tanto. Ella siempre necesitó alguien que le diera

amor y le fallé. No vas a perderla.

—Bueno —anunció Barlow—. Tengo que hacer unas cuantas llamadas. No tardaré.

Jessie y Nate esperaron juntos. El tiempo pasaba muy lentamente. Cuando Lewis y Amy

entraron en la sala una hora después, Nate no tenía fuerzas para sorprenderse.

—Cielo —dijo Amy. Se dirigió directamente hacia él—. Nos hemos enterado casi en

cuanto el avión tomó tierra. ¿Qué podemos hacer?

—Nada por el momento. Está en el quirófano.

—Lo sé. Nos hemos encontrado con el señor Barlow en el pasillo y nos ha explicado todo.

No vamos a hablar de nada. Sólo vamos a esperar.

Lewis le dio una palmada en el hombro.

—Ojalá hubiéramos podido llegar antes. Si te sirve de algo, Thornway ya está detenido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nate.

—Barlow ha estado investigando. La policía fue a interrogar a Thornway. Cuando le

dijeron que Jane y tú habíais resultado heridos en la explosión, se desmoronó.

—No importa —susurró él—. Ya no importa...

Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana. Mientras Jane estuviera en el quirófano, no

le importaba nada. Cada segundo era una eternidad.

Lewis hizo un gesto de ir a hablar con su amigo, pero su esposa se lo impidió.

—Déjame a mí —dijo. Se acercó silenciosamente a Nate y esperó a que él recuperara el

control para hablar—. Es la ingeniera, ¿verdad?

—Sí.

—No tengo que preguntarte si la amas.

—Ni siquiera se lo he dicho... Nunca encontraba ni el momento ni el lugar adecuados,

Amy.

Cuando la saqué... cuando la saqué de allí pensé que estaba muerta.

—Ni lo estaba entonces ni lo está ahora. Estoy segura de que no vas a perderla, Nate.

Cuando esté mejor, ¿os vais a casar?

—Sí. Bueno, ella tampoco lo sabe todavía. Tengo que convencerla.

—Se te da muy bien convencer a la gente, Nate. Tienes un aspecto terrible, ¿lo sabías?

¿Cuántos puntos te han dado?

—No los he contado.

—¿Te han dado algo para el dolor?

—Tengo una receta...

—Que, por supuesto, tú no has ido a comprar. Dámela —le ordenó Amy—. Voy a por la

medicina y, cuando vuelva, te tomarás lo que te han recetado.

—No quiero...

—No me vengas con ésas, Nate —le dio un beso en la mejilla antes de salir de la sala de

espera.

Cuando regresó, Nate se tomó las pastillas sólo para que Amy lo dejara en paz. Pasó otra

hora. El dolor disminuyó, pero su miedo se hizo más agudo.

Reconoció al médico. Era el mismo que había operado a Méndez. Bost entró en la sala y

miró al grupo. Se dirigió directamente a Jessie.

—¿Es usted la madre de la señorita Wilson?

—Sí —respondió ella. No pudo levantarse. Colocó una mano sobre la de su marido y otra

sobre la de Nate—. Por favor, dígame cómo está.

—Ha salido del quirófano. Todavía no ha recuperado la consciencia y ha perdido mucha

sangre, aunque hemos conseguido detener la hemorragia. Tiene algunas costillas rotas, pero,

afortunadamente, los pulmones no resultaron dañados. Tiene el brazo roto por dos sitios y una

fisura en la rodilla derecha.

—¿Se recuperará?

—Sí, señora. Vamos a hacerle ahora unas radiografías y un TAC.

—¿Significa eso que tiene daños cerebrales?

—Sufrió un golpe muy fuerte en la cabeza. Estas son pruebas rutinarias.

—¿Cuándo tendrá los resultados?

—A primera hora de la tarde. Tardaremos un par de horas.

—Quiero verla —dijo Nate levantándose rápidamente—. Tengo que verla —añadió,

mirando a Jessie disculpándose con la mirada.

—Lo sé.

—No está despierta —explicó el médico—. Además, tendrá que ser muy brevemente.

—Sólo quiero que me deje verla.

Nate no sabía lo que era peor, si todas las horas de espera o verla allí, tumbada en la cama,

pálida, con los hematomas resaltándole cruelmente en las mejillas y enganchada a un montón de

máquinas.

Le tomó la mano. La tenía muy fría, pero notó el pulso latiéndole en la muñeca, del que se

hacían eco los monitores que tenía a su lado.

Estaba tan pálida... La observó atentamente y se preguntó dónde estaría. No quería que se

fuera demasiado lejos. No sabía qué hacer para que volviera.

—No dejan que me quede contigo, pelirroja, pero estaré en la sala hasta que te despiertes

—dijo mientras le tomaba la mano a través de las barras de la cama—. No tardes mucho.

Todo ha salido bien. Te tienen que hacer algunas pruebas, pero no será nada. Tienes un

golpe en la cabeza, eso es todo.

“Por favor, Dios mío, que eso sea todo”, rezó. Guardó silencio de nuevo. Se contentó con

contar los monótonos latidos de los monitores.

—Creo que podríamos ir al este cuando salgas de aquí y conseguir, mientras me regañas

sobre los puntos de apoyo, un buen bronceado —susurró. Agarró los dedos con fuerza, casi

incontrolablemente—. Por el amor de Dios, Jane, no me dejes...

Le pareció, aunque tal vez sólo porque lo deseaba, que le apretaba la mano tan sólo durante

un instante.

—Tienes que descansar, Nate

—¿Qué haces aquí otra vez? —preguntó, al ver que Lewis estaba de pie a su lado.

—Enfadándome contigo —replicó su amigo. Se sentó al lado de Nate en el sofá—. He

dejado a Amy en el hotel. Si vuelvo y le digo que no he podido convencerte para que descanses,

vendrá ella misma.

—Estoy mejor de lo parece.

—Tendrías que estarlo para seguir consciente.

—Por favor, Lewis. No me presiones...

—Recuerdo haberte dicho casi lo mismo en una ocasión cuando yo estaba confuso y

disgustado —repuso Lewis—. Tú tampoco me escuchaste.

—No querías admitir tus propios sentimientos —dijo Nate—. Yo sé perfectamente lo que

siento.

—Déjame comprarte algo de comer.

—Quiero estar aquí cuando venga Bost.

—¿Qué te parece si te digo lo que está pasando con Thornway?

—Bueno.

—Ha realizado una confesión completa —le contó Lewis mientras Nate encendía otro

cigarrillo. Ya tenía el cenicero lleno de colillas—. Ha admitido todo. La sustitución de

materiales, los sobornos, el dinero extra para los obreros. Afirma que estaba borracho y en estado

de pánico después del enfrentamiento que tuvo con vosotros. Hizo la llamada

para organizar el

incendio, con la loca idea de que no se pudiera demostrar nada contra él si se destruía el proyecto

entero.

—¿No pensó que habría una investigación de todos modos? ¿Creía acaso que todos

guardaríamos silencio?

—Evidentemente, no pensó en nada de eso.

—No, y precisamente por eso, Jane ha estado a punto de morir. Incluso ahora podría

estar... —susurró. No podía decirlo. Ni siquiera podía pensarlo.

—Se va a pasar muchos años en la cárcel.

—No me importa. Por muchos que sean, jamás será suficiente.

—¿Aún sigue aquí, señor Johnson?

El médico joven que lo había atendido al llegar al hospital entró en la sala.

—Soy el doctor Mitchell —le explicó a Lewis—. Yo curé a su amigo hace... Dios mío, casi

ocho horas —añadió, tras mirar el reloj—. ¿Todavía no lo ha encadenado nadie a una cama?

—No.

Mitchell se sentó y estiró las piernas.

—Yo he hecho un turno doble, pero no me siento tan mal como usted parece estar.

—Gracias.

—Esa opinión médica ha sido completamente gratuita. Por cierto, he venido a decirle que

me encontré en el laboratorio con el doctor Bost. Estaba terminando de sacar los resultados de

las pruebas de la señorita Wilson. Todo parece estar bien, señor Johnson.

—¿Me está diciendo que se encuentra bien? —preguntó él, atónito.

—Su condición ha pasado de ser crítica para convertirse en grave. Ni el escáner ni las

radiografías indican que se haya producido daño cerebral. Tiene una buena conmoción cerebral,

si me perdonan una manera tan poco profesional de decirlo. Bost bajará dentro de unos minutos

para darles los detalles, pero pensé que le vendría bien escuchar buenas noticias. Además,

recuperó brevemente la consciencia. Dijo su nombre, su dirección, recordó el nombre del

presidente y preguntó por usted.

—¿Dónde está?

—Va a pasar algún tiempo antes de que pueda verla. Está sedada.

—Ésa es su madre —dijo Nate, señalando el lugar en el que estaba sentado Jessie—. ¿Le

importaría decírselo también a ella? Yo tengo que ir a dar un paseo.

—Tengo una cama con su nombre —le recordó Mitchell, poniéndose de pie a

la vez que

Nate—. La mejor manera de permanecer cerca de su dama es registrarse en nuestro pequeño

hotel. Le recomiendo el pollo.

—Lo tendré en cuenta.

Con eso, Nate salió de la sala y fue a tomar un poco de aire fresco.

Jane quería abrir los ojos. Oía ruidos, pero no parecía identificar ninguno de ellos. No

sentía dolor alguno, sino más bien como si estuviera flotando varios centímetros por encima del

suelo.

De repente, lo recordó todo. Primero el sol entrando a raudales por la cúpula. El

sentimiento de felicidad, de alegría. Luego el miedo.

Le parecía haber gritado llamando a Nate, pero eso había sido antes del terrible ruido.

Había salido volando... Algo parecido a una mano invisible la había levantado y arrojado

por el aire. A continuación, nada.

¿Dónde estaba él? Estaba segura de que había estado a su lado. ¿Había hablado con él o

eso era también un sueño? Le parecía que había abierto los ojos y lo había visto sentado a su

lado. Tenía una venda sobre la cabeza y su rostro estaba cansado y pálido.

Habían estado

hablando... ¿O no?

Los medicamentos le impedían acordarse.

Su madre también había estado allí. Había estado llorando. Además, había visto rostros de

muchos extraños que la examinaban constantemente, preguntándole cosas sin sentido.

Tal vez estaba muerta.

Había perdido completamente el sentido del tiempo, igual que Nate. Él se había pasado

todos los minutos que se lo permitieron a su lado. Habían pasado dos días. Había recuperado la

consciencia de vez en cuando, pero la medicación le mantuvo adormilada la mayor parte del

tiempo. Al tercer día, Nate vio que a ella le costaba centrarse.

—No puedo permanecer despierta —dijo—. ¿Qué me están dando?

—Algo para ayudarte a descansar.

—No quiero que me den más... Diles que no me den más...

—Necesitas descansar.

—Necesito pensar —dijo. Trató de moverse. Vio la escayola que tenía en el brazo y se

esforzó por recordar. Le habían dicho que estaba roto. También tenía una escayola en la pierna.

Al principio, había creído que se había visto implicada en un accidente de tráfico. Poco a poco, le

estaba resultando más fácil recordar.

—Los edificios... Ya no están.

—No importa —repuso Nate. Le besó dulcemente los dedos—. Me has dado un buen

susto, pelirroja.

—Lo sé. Tú también estás herido... —susurró. Estaba empezando a sentir. Cuando estaba

despierta durante algún tiempo empezaba a sentir. El dolor la tranquilizaba.

—Sólo son un par de arañazos. Te duele. Voy a por la enfermera.

—No quiero que me den más medicinas. Pacientemente, Nate se inclinó sobre ella y la besó

en la mejilla.

—Cielo, no puedo soportar verte sufrir...

—Bésame otra vez —musitó ella—. Me siento mejor cuando lo haces.

—Perdón —dijo la enfermera, tras entrar en la habitación—. Es hora de que el médico la

examine, señorita Wilson. Usted tendrá que esperar fuera.

—Por supuesto.

—No piensen que voy a tomar más medicación —oyó que decía Jane—. Si tiene más

agujas por ahí, es mejor que las pierda.

Por primera vez en muchos días, Nate se echó a reír. Jane estaba mejorando.

Al cabo de una semana, Jane estaba deseando marcharse del hospital. Se sentía atrapada.

Había pasado por fases de autocompasión e ira. En aquellos momentos simplemente estaba

aburrida.

Cuando se despertó de una de sus muchas siestas, vio a una mujer en su habitación. Era

muy menuda y estaba embarazada. Estaba arreglando las plantas y las flores.

—Hola.

—Hola —dijo Amy, con una radiante sonrisa—. Por fin te veo despierta. Ahora Nate va

a regañarme porque lo he mandado a la cafetería. Ha pasado de estar esbelto a escuchimizado en

una semana. Bueno, ¿cómo te sientes?

—Bastante bien. ¿Quién eres?

—Oh, lo siento. Soy Amy, la esposa de Lewis. Aun con las flores, los hospitales resultan

deprimentes, ¿verdad? ¿Estás muy aburrida?

—No sabes cuánto. Gracias por venir a verme.

—Nate es como si fuera de la familia para mí. Eso también te convierte a ti en familia.

—¿Cómo está él?

—Mejora a medida que tú mejoras. Estuvimos muy preocupados por los dos durante un tiempo.

—¿Te importaría decirme una cosa con sinceridad?

—Lo intentaré —prometió Amy.

—¿Quieres decirme lo que ocurrió? Cada vez que trato de hablar con Nate al respecto,

cambia de tema o se enfada conmigo. Me acuerdo de casi todo, pero a trozos.

Amy trató también de cambiar de tema, pero, cuando la miró a los ojos, decidió que merecía

saber la verdad.

—¿Por qué no me dices de lo que te acuerdas?

—Habíamos ido a la obra y entramos en el edificio principal. Todo estaba muy oscuro, por

lo que Nate fue a por una linterna. Yo estaba mirando el vestíbulo. ¿Sabes lo que hizo

Thornway con los materiales de construcción?

—Sí.

—Cuando estaba sola, vi lo que al principio pensé que era un montón de compuesto. Era

explosivo plástico. Eché a correr hacia la puerta. No llegué.

—Nate estaba fuera del edificio cuando ocurrió la explosión —dijo Amy—. Consiguió

entrar y encontrarte. No sé muy bien los detalles, porque él no ha querido hablar al respecto, pero

debió de ser aterrador. Consiguió sacarte. Me dijo que había creído que estabas muerta.

—Debió de ser horrible —murmuró Jane—. Horrible para él.

—Se culpa por lo que te ocurrió, Jane.

—¿Cómo dices? ¿Por qué?

—Cree que si hubiera dejado caer la espada sobre Thornway inmediatamente... que si no

hubiera querido ir a la obra aquella noche... que si no te hubiera dejado sola en el edificio...

Si... si... si...

—Eso es estúpido.

—¿El qué?

Amy levantó la mirada y vio que Nate acababa de entrar. Se levantó y le golpeó

suavemente la mejilla.

—Creo que tú, cielo —le dijo—. Os dejo a solas. ¿Dónde está Lewis?

—Ha ido a ver el nido de los bebés.

Amy se acarició el vientre y se echó a reír.

—Creo que me reuniré con él comentó, antes de marcharse.

—Me cae muy bien —dijo Jane, cuando estuvieron a solas,

—Resulta difícil no sentir simpatía por Amy —observó él. Le entregó una rosa con mucho

cuidado de no tocarla—. Tienes la habitación llena de flores, pero pensé que te gustaría tener

una en la mano.

—Gracias.

—¿Ocurre algo?

—Sí.

—Voy a por la enfermera.

—Siéntate —le ordenó ella—. Me gustaría que dejaras de tratarme como si fuera una

inválida.

—Muy bien —respondió él, pero no se sentó. Recorrió la habitación examinando las flores

—.Tienes algunas nuevas.

—Son de Swaggart y Rodríguez. Decidieron convocar una tregua para poder traerme unos

claveles, pero cuando se marcharon ya se iban discutiendo.

—Algunas cosas no cambian nunca.

—Y algunas sí. Antes hablabas mucho, mirándome cuando lo hacías.

Nate se dio la vuelta.

—Te estoy hablando y te estoy mirando. También te digo que te vas a casar conmigo. No

hay más que decir.

—Pero...

—Calla. No me contradigas.

—Nate, yo...

—Cállate, ¿quieres? No quería que fuera así, entre gritos y enfados, contigo postrada en

una cama. Parece que las cosas nunca salen como las planeamos, así que aquí está.

Pelirroja... Sin planes ni acuerdos. Te necesito. Quiero que te cases conmigo y que te vengas

al este para vivir juntos.

Jane lo miró y respiró profundamente.

—Está bien.

—¿Qué está bien? —preguntó Nate, completamente incrédulo—. ¿Ya está?

—No exactamente. Ven aquí, dijo. Extendió el brazo y lo rodeó con él. Por primera vez en

muchos días, Nate la correspondió como si realmente deseara tener contacto físico con ella—.

Probablemente has oído lo que te dije antes de que estaba enamorada de ti.

—No lo dijiste. Lo gritaste.

—Cierto. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haberte hecho pasar por todo esto.

—No ha sido culpa tuya —afirmó Nate.

—Tienes razón, pero tampoco lo fue tuya. No quiero volver a comentar esto, pero quiero

saber lo que te empujó a pedirme que me casara contigo.

—Creo que lo habría hecho de todos modos... Tal vez... —añadió, con una sonrisa.

Jane frunció el ceño. Habían aplastado la rosa entre los dos. Con mucho cuidado, Jane

trató de alisarle los pétalos.

—Tengo una confesión que hacerte. Iba a irme al este tanto si lo querías como si no.

—¿De verdad?

—Pensé que, si me veías lo suficiente, te acostumbrarías a mí. La cabeza me decía que te

dejara marchar, pero mi corazón... No iba a darte ninguna oportunidad.

Nate se inclinó sobre ella para besarla.

—Ni yo iba a irme a ninguna parte.

Epílogo

Nate rellenó el formulario de registro. Al otro lado del mostrador, las rocas estaban

cubiertas de cactus que empezaba a florecer. La luz entraba a raudales por el arco de cristal.

El encargado de recepción le dedicó una radiante sonrisa.

Espero que disfruten de su estancia en nuestro hotel, señor Johnson.

—Tenemos la intención de hacerlo —repuso él, tras meterse la llave en el bolsillo.

La gente entraba y salía del vestíbulo. Unos bajaban o subían por la amplia escalera en

curva y otros lo hacían en los silenciosos ascensores. Sobre sus cabezas, la cúpula dejaba entrar

el sol formando una fantasía de color. La cascada caía musicalmente sobre el pequeño estanque

de piedras. Con una sonrisa, se acercó a él y a la mujer que estaba a su lado, observando el agua.

¿Alguna queja?

Jane se dio la vuelta e inclinó la cabeza.

—Aún recuerdo los metros de tubería que necesitamos para dar forma a tu pequeño

capricho. En cualquier caso, gracias a mí, es funcional —bromeó. Apoyó la cabeza sobre el

hombro de Nate y se volvió de nuevo para observar el agua.

—¿Qué ocurre?

—Vas a pensar que soy una estúpida, pero echo de menos a los niños.

—No es ninguna estupidez, pero seguro que, cuando lleguemos a la cabaña, te los quitaré

de la cabeza durante un rato.

—Tal vez... si te esfuerzas de verdad —dijo ella, a modo de desafío.

—Supongo que una segunda luna de miel debería ser incluso mejor que la primera.

—En ese caso —susurró ella—, vamos a empezar.

—Dentro de un momento —repuso Nate—. Hace cinco años, estuvimos aquí al amanecer.

Todo estaba vacío y no estábamos seguros de verlo finalizado en el futuro.

—Nate, no sirve de nada recordar todo esto.

—Yo nunca lo olvidaré —musitó él. Entonces, se llevó las manos de su esposa a los labios

—. Hay algo que jamás te he dicho. Aquella mañana, iba a pedirte que te casaras conmigo

aquí mismo.

Jane se quedó muy sorprendida, incluso después de cinco años de matrimonio y

compañerismo.

—Supongo que ya es demasiado tarde. Ya no puedes librarte de mí.

—Sí, es demasiado tarde para eso —musitó él. Sin prestar atención a las personas que los

rodeaban, la tomó entre sus brazos. Para ellos, estaban a solas.

Document Outline